

AQUÍ VENEZUELA CUENTA

JULIO GARMENDIA
ARTURO USLAR PIETRI
GUILLERMO MENESES
ANTONIO MARQUEZ SALA
GUSTAVO DIAZ SOLIS
ALFREDO ARMAS ALFONSO
OSWALDO TREJO
SALVADOR GARMENDIA
HERNANDO TRACK
ADRIANO GONZALEZ LEON

ARCA

NL

AQUÍ
VENEZUELA
CUENTA

J. GARMENDIA / USLAR PIETRI
MENESES / MARQUEZ SALA
DIAZ SOLIS / ARMAS ALFONSO
TREJO / S. GARMENDIA
TRACK / GONZALEZ LEON

ARCA/Montevideo

AQUÍ VENEZUELA CUENTA

SELECCIÓN: EDMUNDO ARAY
PRÓLOGO: ANGEL RAMA

Carátula: Homero Martínez
Foto de contracarátula: Adriano González León

Colonia 1263 / Montevideo
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Uruguay - Printed in Uruguay

LA LUCHA CON LO REAL

Leer una selección cuentística de una literatura moderna implica, obviamente, encontrar valores artísticos individuales, establecer contacto con experiencias personales de un ámbito nacional, con específicas notas de la sensibilidad y de la invención estética. En ese plano podría intentar una enumeración de tonalidades, refiriéndome al vórtice alucinante de Salvador Garmendia por obra de la controlada intensidad con que maneja lo abyecto, o a la sutileza con que Uslar recorre espacio y ticmpo para desentrañar indirectamente a una criatura novelesca, o al lirismo atormentado de Márquez Salas que cuando llegamos a Hernando Track deviene siniestramente envenenado.

Sin embargo, más aleccionante que una recorrida de las creaciones independientes del volumen, me resulta la atención por el fraseo cronológico de una literatura: csa modulación de las letras narrativas venezolanas a lo largo de los cuarenta años bien contados que en este volumen se trata de apresar (1927-1967). Utilizar cada cuento por su función de eslabón de una cadena que, a la fuerza, es la dc una creatividad innovadora y simultáneamente la de una tradición fatal, en cuanto ella es más que el mero reflejo de una socicdad: es su construcción en tanto orden cultural.

Claro está que como no existen las antologías objetivas, mucho menos cuando de la contemporaneidad se trata, esta que firma Edmundo Aray pucdo sospechar que responde a la voluntariedad reconstructora de su pasado y su presente que anima al escritor, buscando, como es habitual cn todo artista, la justificación de su visión del arte y de la vida. Esc componcnte subjetivo del volumen quizás pueda scr compensado, sin excesivo riesgo, con otro subrepticio que rije al antó-

logo sin que a veces éste lo perciba claramente, y que es, ese sí, general y compartible: aquel que manifiesta el ángulo de entendimiento de una época, la mirada con que ella se contempla y se juzga.

La moderna mirada venezolana sobre sí misma, resulta más desalentada que optimista. Nadie se atrevería hoy a hacer suyas las orgullosas afirmaciones que Uslar Pietri formulara hace justamente veinte años en Nueva York, poniendo la narrativa venezolana a la cabeza de todo el orbe de la lengua española. Al contrario, el presente gran momento de eclosión de la novela hispanoamericana no ha hecho sino patentizar el encierro que ha venido ahogando la narrativa venezolana y que no se ha extendido a otros géneros, como lo demuestra su notable contribución poética. El legítimo intento de respaldar la rica, vivaz, beligerante sociedad aluvional de la Venezuela contemporánea con una creación narrativa de primer orden no ha encontrado suficientes apoyos. Creo que esa frustración ha de ser beneficiosa, en cuanto imponga una sana tarea de desmitificación y de autocrítica, rompiendo con los moldes, prestigiosos pero caducos, que la han embretado largos años.

Aquí Venezuela cuenta recoge la producción de tres generaciones literarias, comenzando por aquella vanguardista que a mediados de los años veinte intentó modernizar las letras venezolanas con una incorporación violenta de los ismos europeos y una negativa, que no fue demasiado categórica, al realismo enunciativo y esquemático que había dominado en la época del regionalismo y que tuviera su mejor exponente en la obra de Rómulo Gallegos. Incluso el merecido respeto por un creador de la importancia del autor de *Cantaclaro* resultó paralizante para la empresa, atroz y necesaria, que debe acometer todo creador cabal: destruir a su progenitor. De los escritores que en ese período crucial intentan dar un cambio de rumbo a la narrativa venezolana —entre los que cabe recordar a Carlos Frías, a Arturo Uslar, a Enrique Bernardo Núñez, a

Antonio Arráiz más tardíamente— creo que fue Julio Garmendia quien más clara visión tuvo del extremo al que debía llegarse para comenzar un nuevo tiempo, ya que estos no se fundan sino en grandes y hasta desesperados intentos transformadores. Sin que esto signifique establecer precedencias estrictamente artísticas, donde creo que sería discutible la ubicación de Julio Garmendia, es evidente que él no se limita a una incorporación de elementos poéticos procedentes del ultraísmo y de las escuelas poéticas francesas, como harán los otros dentro de esa zona literaria que, en el Río de la Plata cultivó Ricardo Güiraldes, adelgazando el realismo y ornamentándolo de poesía sin quebrar su estructura mental, sino que ambicionó una trasposición total a un universo imaginario, con leyes propias, fluidas y cambiantes, donde la psicología ya no tenía cabida ni tampoco la materialidad compacta de las cosas. En sus dos solitarios volúmenes, *La tienda de muñecos* (1927) y *La tuna de oro* (1951) traza a su manera un camino que con más honda dramaticidad y humor recorrió Felisberto Hernández en el Uruguay.

El movimiento vanguardista fue definido así por Uslar Pietri: "Lo que vino a predominar en el cuento y a marcar su huella de una manera perdurable fue la consideración del hombre como misterio en medio de los datos realistas. Una adivinación poética o una negación poética de la realidad. Lo que a falta de otra palabra podría llamarse un realismo mágico". Es, en los hechos, ese realismo poético donde la función timorata y adventicia de la poesía ha motivado la crítica severa de Cortázar, por tratarse de una solución híbrida y externa, ya que en ella la realidad misma no deviene una experiencia poética. En uno de los cuentos de *La tienda de muñecos*, Julio Garmendia hizo esta reflexión que me parece definitoria de su propósito y a la vez del más alto horizonte al que apuntaba: "Hubo un tiempo en que los héroes de historia éramos todos perfectos y felices al extremo de ser completamente in-

verosímiles. Un día vino en que quisimos correr tierras, buscar las aventuras y tentar la fortuna, y andando y desandando de entonces acá, así hemos venido a ser los descompuestos sujetos que ahora somos, que hemos dado en el absurdo de no ser absolutamente ficticios, y de extraordinarios y sobrenaturales que éramos nos hemos vuelto verosímiles, y aun verídicos, y hasta reales".

Esta paradójica y no obstante justísima rememoración de lo que fueron los personajes de "cuento" y de lo que terminaron siendo por obra de la modificación radical que imprimió la literatura burguesa del XIX al género, avizoraba en 1927 una posibilidad catártica que la narrativa venezolana no hizo suya como intentaron otras literaturas latinoamericanas, especialmente la de modernización más vertiginosa que fue la bonaerense, merced a Borges. La narrativa venezolana, en su línea dominante y ortodoxa, siguió fiel al realismo que heredara de sus mayores y la historia que esta antología nos cuenta pormenorizadamente es la de las vicisitudes de esa orientación: los tratos, destratos, deterioros, disoluciones y reconstrucciones del realismo a lo largo de cuarenta años, en un manejo esforzado de lo real que concluirá por dejar en manos de los escritores jirones sangrientos de una materia informe devenida alucinante y aterradora. Pocas ocasiones para ver con más nitidez el descenso en un magma pantanoso que concluye generando un clima fantasmagórico gracias a la perversión de las formas y al fracaso de los antiguos órdenes intelectuales que no encuentran nuevos sustituyentes.

Aunque el Uslar de "*Simeón Calamaris*" no sea el prístino de *Treinta hombres y sus sombras* y aunque esta verdadera "nouvelle" resulte contaminada por un clima muy reciente de pesadilla corporal, su manejo diáfano del material, su destreza para mover las situaciones y desplazarse entre ellas está apuntando a la claridad interior que preside el planteo, por misterioso

que pretenda ser, al sistema mental que impone un orden, a saber, una jerarquía, una calificación, un régimen de dependencia subordinante de los elementos. Todavía presenciamos la obra literaria como esa leonardiana "cosa mentale" que ambicionaba Valéry. El cuento de Meneses tampoco es enteramente representativo, al menos de los modelos fijados por *La balandra Isabel llegó esta tarde*, pero en cambio resulta revelador de la apelación lírica para componer clima y tono y resolver, en esos pedales que aspiran a disolver la rígida perfilación de los seres y las cosas, una situación que se presenta como irreductible a las estructuras cognoscitivas de la realidad. Puede emparentarse con el cuento de Márquez Salas, ese sí prototípico de su cuentística regida por el faulknerismo y por su manera de compensar realísticamente, de un modo subrepticio, las desarticulaciones del relato absurdo. La envolvente lírica que muchas veces se pegotea al relato como una hiedra ajena, otras veces encarna vivamente en el cuento y adquiere, al modo rulfiano, verdad sobrecogedora que el autor rebaja y mocha buscando deslizarle al lector algún secreto de la cocina realista. La ambigüedad vacilante de este doble juego es la que determina la excesiva morosidad del relato, como en el de Gustavo Díaz Solís que en definitiva cuenta tres veces la misma "sensación" que hace el fondo temático de su relato: primero mediante el uso de la "extrañeza" ante la realidad que evoca el viajero sobre la tierra o el enigmático extranjero de Camus; luego mediante la relación amorosa distante y contenida; por último a través de figuraciones atormentadas que lindan en el simbolismo.

De paso, esos dos cuentos, donde los autores apelan al "tempo" lento y a la alternancia para captar una realidad que se les escurre y cuya disolución no se arriesgan a decretar, permiten sospechar, por las distinciones obtenidas en los concursos anuales de "El Nacional", el peso que estos certámenes han tenido en el mantenimiento de una orientación literaria y en la

consolidación del uso de formas poéticas para merodear planteos realistas. Al margen de los propósitos de jurados y organizadores, la función rectora de "El Nacional" en la vida cultural venezolana y los productos que entregaba al mercado en sus concursos deben haber establecido una línea valorativa a la que se plegaron sumisamente muchos creadores.

Con Oswaldo Trejo, Salvador Garmendia, Hernando Track y Adriano González León estamos en las distintas variantes que aporta el surrealismo para mantener, ya en el borde de la extinción, bajo visión desordenada y erizada, un *ersatz* de realidad. O si se lo quiere decir de otro modo, esa realidad que empecinadamente tratan de captar los cuentistas venezolanos actuales no puede ser rodeada y recreada si no es a través de su desorden, su abyección, su decrepitud, su gratuita contingencia. En ninguno se lo ve con mayor audacia de planteo que en el más joven y promisorio de los narradores: González León. El cuento contado por un idiota, eso era la vida para el Macbeth que había navegado todo el río de sangre; la historia dirigida casualmente por un idiota es la realidad para Adriano González León en su "*Ruido de tablas*" cuando está tratando de encontrar la forma literaria que exprese lo trágico del funcionamiento de la violencia en su país. Por su parte Hernando Track, cuando aspira a contar la historia del fratricidio, partiendo de los golpeantes versículos en que se revelan los designios contra José de sus hermanos, sólo puede rodear su atroz verdad mediante un pasmoso lirismo de lo decrépito, rebajando toda la realidad al nivel de una eterna lluvia que pudre y enmohece la vida entera, dentro de la cual las criaturas son fatalizadas y deambulan como fantasmas incapaces de acción.

Esa acción, en uno de los cuentos antológicos de las letras venezolanas modernas, "*Muñecas de placer*", de Salvador Garmendia, revierte al universo de los imaginarios, a una soñada captura del deseo que entonces

se transforma en monstruo devorante de los valores estatuidos (religión, moral). El descenso al detalle físico que en Garmendia adquiere una tensa violencia y opera como una distorsión aberrante de la realidad, aunque partiendo de ella y no alejándose un instante de su inmediatez, revela un modo riguroso, calculado y siniestro de burlar lo real con sus propias armas.

En cuanto a Oswaldo Trejo, que está colocado en los comienzos de la evolución de la actual prosa narrativa venezolana, él evade por el lado del lirismo y de la congelación de imágenes sueltas que aporta la memoria de la infancia, el orden oficial de la realidad. De algún modo despedaza el juguete empleando sus partes sueltas en un juego de prestidigitación; es el despilfarro lúdico y desaprensivo de las estructuras enunciativas del realismo, pero en vez de aportarnos un puro mundo de sensaciones coloristas, como ocurriera en otras literaturas con los descendientes de la prosa poética, nos hace entrar a lo deforme, única pervivencia cierta en un universo desarticulado.

Hace veinte años concluía Uslar Pietri (en *Letras y hombres de Venezuela*) su exaltación del cuento, diciendo que "acaso sean los cuentistas venezolanos los que mejor puedan reflejar, en su obra breve e intuitiva, esa realidad fluida, atormentada y contradictoria. Sin ellos el rostro de Venezuela estaría incompleto y mucho de su misterio no habría empezado a expresarse". Si de acuerdo con esa premisa consultamos estos cuentos, el rostro de Venezuela que se nos ofrece aparece increíblemente lacerado y poco tendría que ver con la orgullosa imagen de la Venezuela moderna, rica, dinámica y cuatricentenaria. Los responsables de la *res* pública deberían citar urgentemente a sus intérpretes de sueños para que develaran el significado de estas confusas y atormentadas visiones. Los críticos literarios tenemos que limitarnos a comprobar en ellas el asedio de la realidad vivido como padecimiento y el ahogo que esa concentración obsesiva y desgarrada ha impreso a los creadores cuentísticos del país. No han buscado ex-

plicaciones ni han encontrado nuevos órdenes intelectuales que los sitúen: se han limitado a *sentir* y en la operación de insertarse en el mundo exterior, que eso es su creación literaria, sólo han hallado, por ser veraces, la posibilidad de un incómodo desasosiego que afecta todos los aspectos de la vida y en primer término la sustentación orgánica que en ellos ha adquirido máxima y desbordada principalía.

ANGEL RAMA

JULIO GARMENDIA

Julio Garmendia *nació en Barquisimeto en 1898, y entró en la literatura venezolana en pleno surgimiento del nacionalismo narrativo. De fino humor, de inspiración imaginativa, encauzó sus mejores dotes de cuentista en dos únicos libros:* La tienda de muñecos (1927) *y* La tuna de oro (1931).

LA TIENDA DE MUNECOS

No sé cuándo, dónde ni por quién fue escrito el rclato titulado "La Tienda de Muñecos". Tampoco sé si es simple fantasía o si es el relato de cosas y sucesos reales, como afirma el autor anónimo; pero, en suma, poco importa que sea incierta o verídica la pequeña historicta que se desarrolla en un tenducho. La casualidad pone estas páginas al alcance de mis manos, y yo me apresuro a apoderarme de ellas. Helas aquí:

LA TIENDA DE MUÑECOS

"No tengo suficiente filosofía para remontarme a las especulaciones elevadas del pensamiento. Esto explica mis asuntos banales y por qué trato ahora de encerrar en breves líneas la historia —si así puede llamarse— de la vieja Tienda de Muñecos de mi abuelo, que después pasó a manos de mi padrino, y de las de éste a las mías. A mis ojos posee esta tienda el encanto de los recuerdos de familia; y así como otros conservan los retratos de sus antepasados, a mi me basta, para acordarme de los míos, pasear la mirada por los estantes donde están alineados los viejos muñecos, con los cuales nunca jugué. Desde pequeño se me acostumbró a mirarlos con seriedad. Mi abuelo, y después mi padrino, solían decir, refiriéndose a ellos:

—¡Les debemos la vida!

No era posible que yo, quc les amé entrañablemente a ambos, considerara con ligereza a aquellos a quienes adeudaban el precioso don de la existencia.

Muerto mi abuelo, mi padrino tampoco me permitió jugar con los muñecos, que permanecieron en los estantes de la tienda, clasificados en orden riguroso, sometidos a una estricta jerarquía, y sin que jamás pudieran codearse un instante los ejemplares de diferentes condiciones; ni los plebeyos andarines que tenían

cuerda suficiente para caminar durante el espacio de un metro y medio de superficie plana, con los lujosos y aristocráticos muñecos de chistera y levita que apenas si sabían levantar con mucha gracia la punta del pie elegantemente calzado. A unos y otros mi padrino no les dispensaba más trato que el indispensable para mantener la limpieza en los estantes donde estaban ahilerados. No se tomaba ninguna familiaridad ni se permitía la menor chanza con ellos. Había instaurado en la pequeña tienda un régimen que habría de entrar en decadencia cuando entrara yo en posesión del establecimiento, porque mi alma no tendría ya el mismo temple de la suya y se resentiría visiblemente de las ideas y tendencias libertarias que prosperaban en el ambiente de los nuevos días.

Por sobre todas las cosas, él imponía a los muñecos el principio de autoridad y el respeto supersticioso al orden y las costumbres establecidas desde antaño en la tienda. Juzgaba que era conveniente inspirarles temor y tratarlos con dureza a fin de evitar la confusión, el desorden, la anarquía, portadores de ruina así en los humildes tenduchos como en los grandes imperios. Hallábase imbuído de aquellos erróneos principios en que se había educado y que procuró inculcarme por todos los medios: viendo en mi persona el heredero que le sucedería en el gobierno de la tienda, me enseñaba los austeros procederes de un hombre de mando. En cuanto a Heriberto, el mozo que desde tiempo atrás servía en el negocio, mi padrino le equiparaba a los peores muñecos de cuerda y le traba al igual que los maromeros de madera y los payasos de serrín, muy en boga entonces. A su modo de ver, Heriberto no tenía más seso que los muñecos en cuyo constante comercio había concluído por adquirir costumbres frívolas y afeminadas, y a tal punto subían en este particular sus escrúpulos, que desconfiaba de aquellos muñecos que habían salido de la tienda alguna vez, llevados por Heriberto, sin ser vendidos en definitiva. A estos desdichados acababa por separarlos de los de-

más, sospechando tal vez que habían adquirido hábitos perniciosos en las manos de Heriberto.

Así transcurrieron largos años, hasta que yo vine a ser un hombre maduro y mi padrino un anciano idéntico al abuelo que conocí en mi niñez. Habitábamos aun la trastienda, donde apenas si con mucha dificultad podíamos movernos entre los muñecos. Allí había nacido yo, que así, aunque hijo legítimo de honestos padres, podía considerarme fruto de amores de trastienda, como suelen ser los héroes de cuentos picarescos.

Un día mi padrino se sintió mal.

—Se me nublan los ojos —me dijo— y confundo los abogados con las pelotas de goma, que en realidad están muy por encima.

—Me flaquean las piernas —continuó tomándome afectuosamente la mano— y no puedo ya recorrer sin fatiga la corta distancia que te separa de los bandidos. Por estos síntomas conozco que voy a morir, no me prometo muchas horas de vida y desde ahora heredas la Tienda de Muñecos.

Mi padrino pasó a hacerme extensas recomendaciones acerca del negocio. Hizo luego una pausa durante la cual le vi pasear por la tienda y la trastienda su mirada ya próxima a extinguirse. Abarcaba así, sin duda, el vasto panorama del presente y del pasado, dentro de los estrechos muros tapizados de figurillas que hacían sus gestos acostumbrados y se mostraban en sus habituales posturas. De pronto, fijándose en los soldados, que ocupaban un compartimiento entero en los estantes, reflexionó:

—A estos guerreros les debemos largas horas de paz. Nos han dado buenas utilidades. Vender ejércitos es un negocio pingüe.

Yo insistía cerca de él a fin de que consintiera en llamar médicos que lo vieran. Pero se limitó a mostrarme una gran caja que había en un rincón.

—Encierra precisamente cantidad de sabios, profesores, doctores y otras eminencias de cartón y profun-

didades de serrín que ahí se han quedado sin venta y permanecen en la oscuridad que les conviene.

No cifres, pues, mayores esperanzas en la utilidad de tal renglón. En cambio son deseables las muñecas de porcelana, que se colocan siempre con provecho; también las de pasta y celuloide suelen ser solicitadas, y hasta las de trapo encuentran salida. Y entre los animales —no los olvides—, en especial te recomiendo a los asnos y los osos, que en todo tiempo fueron sostenes de nuestra casa.

Después de estas palabras mi padrino se sintió peor todavía y me hizo traer a toda prisa un sacerdote y dos religiosas. Alargando el brazo, los tomé en el estante vecino al lecho.

—Hace ya tiempo —dijo palpándolos con suavidad—, hace ya tiempo que conservo aquí estos muñecos, que difícilmente se venden. Puedes ofrecerlos con el diez por ciento de descuento, lo cual equivaldrá a los diezmos en lo tocante a los curas. En cuanto a las religiosas, hazte el cargo que es una limosna que les das.

En este momento mi padrino fue interrumpido por el llanto de Heriberto, que se hallaba en un rincón de la trastienda, la cabeza cogida entre las manos, y no podía escuchar sin pena los últimos acentos del dueño de la Tienda de Muñecos.

—Heriberto —dijo éste dirigiéndose a él—: no tengo más que repetirte lo que tantas veces antes te he dicho: que no atiples la voz ni manosees los muñecos.

Nada contestó Heriberto, pero sus sollozos resonaron de nuevo, cada vez más altos y más destemplados.

Sin duda, esta contrariedad apresuró el fin de mi padrino, que expiró poco después de pronunciar aquellas palabras. Cerré piadosamente sus ojos y enjugué en silencio una lágrima. Me mortificaba, sin embargo, que Heriberto diera mayores muestras de dolor que yo. Sollozaba ahogado en llanto, mesábase los cabellos, corría desolado de uno a otro extremo de la trastienda. Al fin me estrechó en sus brazos:

—¡Estamos solos! ¡Estamos solos! —gritó.

Me desasí de él sin violencia, y señalándole con el dedo el sacerdote, el feo doctor, las blancas enfermeras, muñccos en desordcn junto al lecho, le hice señas de que los pusicra otra vez en sus puestos..."

ARTURO USLAR PIETRI

Arturo Uslar Pietri *nació en Caracas en* 1906. *Publicó su primer libro en* 1928: Barrabás y otros relatos *y se dedicó, a través de una actividad multifacética, al cuento, a la novela, al teatro, al ensayo crítico y a la investigación económica. De su copiosa bigliografía se destaca una novela de género histórico:* Las lanzas coloradas (1931) *y otros de sus libros de narrativa*: Red (1936), El camino de El Dorado (1947), Treinta hombres y sus sombras (1949), La mosca azul (1952), Tiempos de contar (1954), Un retrato en la geografía (1963), *etc.*

Era su primer cadáver.

Casi no podía ver otra cosa que aquella estrecha mesa de disección sobre la que la lona que cubría el cuerpo formaba una pelada cordillera, como las de los paisajes de la luna. Era como si no hubiera más nadie en la espaciosa sala. Ni siquiera el compañero de trabajo había llegado. No había. No había para él sino aquella rugosa e informe masa blanca de la tela. Debajo estaba el cadáver. También era blanca su bata de estudiante y estaban blancas y frías sus manos debajo de los guantes de caucho transparente. Levantó lentamente el borde superior y apareció la cabeza del muerto. Era un hombre. Una piel mate y quemada de intemperie; una fuerte quijada huesuda. Los ojos abiertos eran grises. Tenía canas en el pelo y en la barba reciente. Una barba rala y dispersa de enfermo o de vagabundo. Tenía una buena dentadura. Unos dientes fuertes, cuadrados, duros, como granos de maíz. Dientes buenos para morder y para reírse.

Era un hombre maduro. Tal vez prematuramente envejecido. Tenía marcas y arrugas en el rostro. Cerca de los ojos, en las comisuras de los labios, bajo las alas de la nariz y a lo ancho de la frente. Fuertes estrías o surcos como se les forma a las gentes que viven al sol o al viento. Podía ser un marinero, o un campesino, o un peón de albañilería. Gente de andamio en pleno sol. O un mendigo. Calle arriba y calle abajo, jornada tras jornada.

Si estuviera vivo hubiera sido fácil saberlo. Simplemente se lo hubiera preguntado: "Dígame, amigo, ¿cuál es su trabajo? No hubiera podido decirle amigo a aquel muerto silencioso y lejano. Tal vez le hubiera dicho "señor". Pero qué significaba decirle amigo o decirle señor a un muerto desconocido. Lo más seguro es

que en vida nunca se lo hubiera topado. Y si se lo hubiera topado lo más probable es que no hubiera tenido interés en detenerse a hablarle. No le habla uno a toda la gente que tropieza en la calle. La verdad es que, a las más, ni siquiera las ve. Como no ve el pez al agua. Pasa por entre ellas. Tal vez hubiera podido ser él quien se hubiera detenido a hablarle. Con aquella cara fatigada y dura, seguramente le hubiera dicho "señor". Para preguntarle una dirección, o la hora, o para pedirle un fósforo. O, a lo mejor, para pedirle dinero. Lo más probable es que él hubiera contestado de mal modo, y ni siquiera hubiera vuelto los ojos para verle la cara. ¿Qué tenía él que ver con el primer desconocido que quisiera pedirle algo en la calle? Evidentemente nada. Y si hubiera sido ese mismo hombre, tampoco hubiera podido distinguirlo y sentir la extraordinaria premonición de que algún tiempo después le iban a adjudicar su cadáver en la mesa de disección de anatomía.

Ahora era distinto. Le habían adjudicado ese cadáver. Así como le habían entregado una bata y unos guantes y un equipo de pinzas, sierras y cuchillas, le habían dado también aquel cadáver. Estaba allí entregado a él, venido a él, arribado a él. Como el cuerpo de un ahogado llega a la orilla del mar.

Podían haber sido cuarenta o cuarenta y cinco o cincuenta años que aquel hombre había andado en la vida. En grandes intemperies que le habían marcado el rostro. Para llegar allí a sus manos, sin resistencia, sin historia, sin camino. Había andado con unas necesidades y unos amigos y unos enemigos y un hombre.

De todo lo que había pasado por aquel cuerpo no quedaban sino vagos indicios. Era una historia tenuemente tatuada en una anatomía.

Con lentitud levantó la lona y lo descubrió hasta medio cuerpo. Sintió el pudor desnudarlo por entero. Tenía el pecho ancho y poderoso y fuertes brazos. Una estructura de luchador y de faenero. No se le veía huella de herida ni de golpe. Había que verle las manos. Pero antes miró con temor una placa de plástico, que atada

a una cuerda le pendía de la muñeca izquierda. Escrito a mano con torcidas letras de imprenta está el nombre: "Simeón Calamaris".

Era su nombre. Lo tenía escrito en aquella lámina turbia, como un perro lleva el suyo en el collar. O como un fardo lleva el nombre del dueño.

Con voz queda, inclinándose hacia el oído del muerto, dijo como llamando:

—Simeón Calamaris.

No pasó nada. En vida se hubiera sacudido. Hubiera vuelto el rostro con sorpresa y hasta con agrado. Alguien lo conocía y lo llamaba. Pero ahora era como si nadie lo llamara. Aquel pabellón auditivo que había sido tan extraordinariamente sensible a aquellas dos palabras las dejaba pasar como si no las conociera. Era menos que un perro con el nombre en el collar. Un perro habría correspondido con un movimiento del rabo. Era más bien como un fardo con un marbete mal puesto, de prisa.

—No eres muy grande, Simeón Calamaris.

Era un espontánco impulso de tutearlo. Como se tutea a los niños y a los animales. No hubiera podido decirle "usted". Estaba todo entero, desnudo, sin reserva ante él. Era en cierto modo de él. Como un animal suyo. Un animal grande, quieto, frío, sin movimiento.

Le examinó la mano del brazaletc. Era una mano larga y huesuda. Observó que las manos de los muertos pesan más que las de los vivos. Debían pesar menos, porque algún peso debe tener la vida o el aliento o el alma. Todo aquello que había estado en aquel cuerpo y que ya no estaba. Todo aquello que lo había hecho un hombre y cuya ausencia lo hacía ahora menos que un animal. Era una mano fuerte pero no ruda. No era mano de martillar o de picar, o de golpear. Tenía cierta fineza. Podía haber sido de pintor o de amanuense, o de músico. No de cantero, ni de herrero, ni siquiera de jardinero.

Podía también ser la mano de un ladrón. Fucrte, fino, ágil, curtido de nochcs y de prisiones. Un falsi-

ficador de billetes, un falsificador de firmas, un escalador de paredes y ventanas, un silencioso visitante nocturno, un burlador de aduanas y de policía, un falsario de nombres. Acaso ese mismo nombre que estaba en la pulsera no era sino el último que inventó para burlar a sus perseguidores.

No era un nombre común en el país. Sonaba a cosa lejana y desconocida. Podía ser un nombre de griego o de sefardita, de Corfú o de Salónica, o de gente de Alejandría, de Beirut o de Estambul. Viejos nombres griegos, latinos, árabes y bíblicos. Conocía algunos en las novelas, en las películas, en las poesías románticas. Lo más viejo, rico y mezclado de un Mediterráneo de imaginación. Con aquel nombre tan incitante y rico había venido aquel hombre de alguna ciudad con minaretes y ruinas griegas e iglesias bizantinas. De una ciudad blanca y rosa, con finas torres, poblada de turistas, prostitutas y contrabandistas. Con mar, olivares, pinos parasoles, cedros y velas.

¿Cual sería la lengua de Simeón Calamaris? Ni siquiera una lengua establecida, sino algún dialeeto de ensenada del Mediterráneo oriental. Era lo que llamaba en los viejos libros uno del Levante. Un levantino.

Debió ser larga y tortuosa la peregrinación que trajo el cuerpo de Simeón Calamaris de aquel puerto de pasas, aceite y vino, al través de las penínsulas dentadas de Europa, y más allá del Atlántico norte y de las Antillas hasta aquella mesa de disección anatómica de la Escuela de Medicina, para entregárselo a él. Era como una lenta, divagante y retardada entrega. El cumplimiento final de una misión que acaba de llegar a su término cuando él había levantado la lona y descubierto la faz del cadáver.

Volvió a observar que no tenía ni herida, ni golpe visible. Debió morir repentinamente. Un dolor brusco y sordo en el corazón, la ruptura de unas venas y se había quedado en el suelo de la calle, o en la cama de la posada con la frase sin terminar, con la diligencia

sin hacer, con el recado sin dar, con la promesa sin cumplir, con la espera sin llegar.

—Aquí está este hombre muerto, habría dicho el que lo tropezó.

—¿Muerto?

—¡Muerto!

El nombre lo hallarían en el registro de la posada, o en un papel en el bolsillo, o en la dirección de una vieja carta. O alguien que lo había conocido últimamente lo diría.

—Me dijo que se llamaba Simeón Calamaris.

—¿Lo conocía usted desde hacía mucho tiempo?

—No. El otro día que me puse a hablar con él y me dijo su nombre.

De cualquier modo era con ese nombre en el brazalete de cordel como había llegado hasta allí. Una manija de cuerda sucia con una lámina de plástico.

Ahora estaba allí para él. Era como suyo. Le había sido dado y entregado. Era curioso lo que sentía. Nada ni nadie habíale sido dado tan totalmente como aquel cuerpo. Le pertenecía de un modo más completo y final que sus padres, que su hermana, que su casa, que sus amigos. Simeón Calamaris era sólo suyo. Sintió, con la sorpresa de quien despierta, que había llegado el compañero de estudios. Lo vio como si fuera la primera vez. Era una cara que se movía y hablaba y un cuerpo que gesticulaba. Y se dio cuenta de que en la gran sala había otras mesas de disección y que hombres vestidos de blanco se afanaban en torno a ellas.

El compañero había terminado de escoger instrumentos en la mesa. Ahora le hablaba:

—Vamos a empezar por el cráneo. Coge la sierra.

Después de la comida el padre se sentó con su periódico, en su sillón habitual, junto a la lámpara; la madre se puso a tejer, con la pelota de estambre rosada sobre la falda y el perro, oscuro y orejón, echado a los pies. La hermana se soltó el pelo frente al espejo y comenzó a arreglarse un lento y elaborado peinado, sosteniendo entre los dientes los menudos ganchos y

hablando a ratos con una voz cecesante, nasal y entrecortada.

El se sentó aparte, silencioso, a pensar en Simeón Calamaris.

—Estás muy callado, hijo, comentó la madre.

Respondió apenas con un gruñido.

La hermana medio articuló, con la boca llena de ganchos:

—Él es así. Tan antipático. No quiere hablarnos porque nos considera estúpidos.

Tampoco replicó nada. Miró hacia su padre que parecía no oir, ni prestar atención absorbido en su lectura. Era como si estuviera detrás de una jaula hecha con aquellas ringleras de letras negras. Le veía el canoso bigote recortado con cierta coquetería, el brillo muerto de la cabeza calva, la mano gruesa que en el meñique mostraba una joroba de rubí en una sortija de oro. Más ordinarias parecían las manos de su padre que las de Simeón Calamaris. Y había más nobleza en el rostro curtido de Simeón. Un rostro que evocaba muchas cosas sin necesidad de palabras.

Si él hubiera traído a Simeón con él, hubiera sido un curioso encuentro. No al muerto, sino al Simeón vivo que existió antes de que él lo encontrara. Todos hubieran puesto mala cara de ver entrar aquel desconocido. Con aquella cara de pirata o de mendigo. Su padre hubiera pensado o hubiera dicho: "¿Cómo te has atrevido a traer una persona así a la casa?" La madre lo hubiera visto con sorpresa y hasta con un poco de piedad por aquel hombre que mostraba no haber sido muy venturoso en la vida. Su hermana le habría visto el raído traje, y los años marcados en el rostro y se habría vuelto a su peinado con indiferencia. Simeón habría saludado con soltura. Seguramente habría besado la mano de su madre, como solían hacer algunos extranjeros de muy refinada cortesía. Se le habría quedado mirando con afectuosa sorpresa. Acaso le habría dicho:

—Al través de su hijo la conozco. Se ve bien a las

claras que es usted una señora de gran dulzura y bondad.

Ella habría sonreído complacida.

Y al saludar a su hermana habría dicho que la encontraba bella y atractiva. Pero no habría dicho: "Bella muchacha". En lugar de eso habría dicho una palabra extranjera; quizá "jeune fille", o tal vez "girl", o acaso, más seguramente, lo que hubiera dicho habría sido "ragazza".

Su padre, en cambio, contestaría secamente el saludo y, sin invitarlo a sentarse, le habría soltado una pregunta desagradable:

—¿De qué se ocupa usted?

Simeón habría contestado largamente, de un modo divagante y gracioso:

—No me atrevo a decirle a usted que de nada, porque lo alarmaría innecesariamente y no es cierto. La verdad es que estoy recién llegado a esta ciudad. Tengo algunos proyectos interesantes pero debo primero reconocer el terreno y estudiar la situación.

Y hubiera comenzado a hablar de los curiosos aspectos de la ciudad, de sus contrastes, las viejas calles, estrechas con sus casas de zaguán y reja y las modernas urbanizaciones con sus quintas recientes de todos los colores y formas, como pasteles en la vitrina de una confitería. Y los cerros con su costra de chozas de cartón y de lata. Habría dicho que por la noche, cuando comienzan a encenderse las luces en los caseríos de las vertientes, la ciudad le recordaba la visión de algún puerto del Mediterráneo. Tal vez habría nombrado a Tánger, o a Argel. En Argel estaba la alcazaba, que aparecía en algunas películas de bajos fondos. O Nauplía. En un libro alemán de fotografías del Mediterráneo había encontrado la vista de Nauplía. Una estrecha lengua de tierra, poblada de cipreses y de olivos, que cierra con sus casas de blancas paredes y abiertas "loggias" un manso golfo con una menuda isla en medio.

La conversación empezaba a hacerse interesante. El padre dejaba el periódico de lado, la madre olvidaba el tejido, la hermana se acercaba para sentarse junto

al visitante. Había una luz de simpatía en los ojos de la madre. Ya no era un extraño el que estaba allí, sino el amigo de su hijo.

Sabía lo que su padre había pensado al oir el nombre, Simeón Calamaris. Era nombre de organillero con mono. El organillo que muele "O sole mío", y el mono que hace piruetas con su pantalón de húsar para que los curiosos arrojen alguna moneda en el sombrero puesto en el suelo. Sin embargo, en su lejano país no era un nombre extraño. Nadie se hubiera asombrado de oírlo. Era un nombre conocido y hasta respetado. Aquí sonaba a nombre de aventurero o de contrabandista, pero allá era el de un navegante o el de un mercader, o el de un funcionario que saludaba a la esposa del Gobernador de la ciudad, a la salida de la sinagoga, o de la iglesia copta o del monasterio bizantino.

En alguna forma la palabra aventurero o contrabandista, vino a entrar en la conversación. Simeón, sin inmutarse, habría comenzado a hablar de cómo, de pronto, las gentes más sedentarias del mundo tuvieron que convertirse en fugitivos, en forajidos o en aventureros. La guerra y la crueldad de las persecuciones obligaban a las gentes a lanzarse al escondite, a la ilegalidad y al contrabando. Vivir era una acción peligrosa. Había que sortear peligros enormes para conseguir el pan de un día o para poner a salvo un ser querido. O para pasar una información preciosa a los amigos que estaban del otro lado. Un mundo poblado de espías y de verdugos, donde de pronto todo lo que había sido lícito resultaba delito.

Habría dicho Simeón, con toda naturalidad:

—Llega un momento en que ya uno no sabe si lo que hace es lícito o es ilícito. Es una terrible prueba por la que es mejor no pasar. Sabía que aquello era anatema y abominación para su padre. Nunca había habido dificultad para él en distinguir lo lícito de lo ilícito. Con una seguridad imperturbable decidía lo que era bueno y lo que era malo. Era un juez supremo y seguro. Las raras veces en que él se atrevía a oponerle

algún caso de difícil solución para un juicio moral, su padre se exasperaba. "Tan sólo los débiles y los mal formados vacilan". Pensaba, pero no se atrevía a decírselo, que Francisco y Pedro, y todos los santos vacilaban y no estaban seguros de obrar el bien. Pero aquello hubiera traído un estallido incontenible.

Como en cierta forma lo traía la palabra de Simeón Calamaris.

—Podrá usted dudar de lo que es lícito en algún momento, no yo. Tal vez Simeón se hubiera atrevido a decir: "Todo depende de las circunstancias". Eso hubiera ocasionado una réplica tajante de su padre. Su padre era absoluto e inflexible, por lo menos en la manera de expresarse. Y particularmente en la manera de expresarse ante la gente que le desagradaba.

—Alto allí, señor mío. Bonita moral es esa que depende de las circunstancias. De esa manera todo estaría permitido. Cualquier pretexto sería bueno para excusarse. Sepa usted que quien se excusa se acusa.

El hubiera tenido que intervenir en defensa de su amigo. No podía permitir que su padre lo maltratara de palabra. Lo iba a defender con calor. No se debe juzgar de gentes a la ligera. Aunque después, cuando Simeón se hubiera marchado, pudiera su padre preguntarle con sorna:

—¿Y qué sabes tú de ese hombre que acabas de encontrar? ¿Dónde lo has encontrado? Seguramente que en ningún lugar recomendable. ¿Dónde lo había encontrado? Hubiera tenido que inventar una patraña. Decir que se lo presentó un amigo común. Que era amigo de un profesor de la Escuela de Medicina. Porque hubiera sido absurdo decir otra cosa. No es un amigo. Me lo han dado, Me pertenece, por lo menos por un tiempo. Es necesario que yo lo recobre y lo salve.

Era mayor que él, fácilmente veinte años mayor que él. Hubiera parecido una amistad rara la de aquel estudiante con aquel hombre extraño, envejecido y llegado de Dios sabe dónde. La verdad era que no era él quien lo había buscado, ni quien lo había escogido. Había

oído decir muchas veces que no escoge uno a sus padres, ni a sus hermanos, ni a sus hijos. Los encuentra, los recibe. Les son dados.

—A mí me ha sido dado Simeón Calamaris.

Creía que lo había dicho entredientes pero se le había escapado en voz alta. En el silencio de la sala había resonado el nombre. Su hermana volvió la cara, su madre interrumpió el tejido, su padre bajó el periódico que leía.

—¿Qué dices?

Todos convergían sobre él con miradas inquisidoras.

—Nada.

Su padre insistía:

—Sí. Dijiste un nombre. ¿Qué nombre?

Trató de parecer indiferente.

—¿Un nombre? Ah, sí, Simeón Calamaris.

Volvió a resonar en la sala. Nunca lo habían oído y nada parecía significar para ellos.

Sin embargo, su padre dijo aquella misma frase:

—¿Simeón Calamaris? Ese es nombre de organillero con mono.

Fue larga la búsqueda para dar con aquella casa. Como desandar un camino vagamente entrevisto o seguir la pista de un animal en un bosque. De la escuela de anatomía al hospital de emergencia. Preguntaba a los empleados, hacía buscar en los registros. Eran ringleras de nombres enrevesados y las más de las veces mal escritos con el lápiz torpe del guardián adormilado.

—¿Caramali?

—No, Calamaris.

—¿Simón?

—No, Simeón.

—¿Hace muchos días?

—Hace tres o cuatro días.

Lenta y vagamente iba reconstruyendo la etapa final del muerto. Había caído en la calle víctima de un ataque. Lo había recogido la policía y lo había llevado al hospital de emergencia. Había muerto, sin recobrar el conocimiento, a las pocas horas de su ingreso. No llevaba

encima sino unos papeles insignificantes. Se los mostraron en la policía. Una vieja carta dirigida a Simeón Calamaris escrita en griego. No la habían traducido. Vio el tejido incomprensible de aquellas letras extrañas. Estaba firmada por una solo palabra. Un nombre. Tal vez un nombre de mujer. Tampoco tenía fecha, pero estaba arrugada y sucia de tiempo. Debió llevarla encima por meses o años Simeón, como un último recuerdo. Había también una vieja fracción de billete de la lotería. Y un viejo horóscopo de periódico sobre el signo de Sagitario. Allí decía —que él recordara—, benevolencia, serenidad en el riesgo, rey sacerdote, ardor sin llama. Metal, el estaño; piedra, la turquesa y el carbunclo.

Lo más reciente que había era una papeleta de empeño, fechada dos semanas atrás. En el Monte de Piedad tenían el objeto: una sortija de oro con una Gorgona grabada, lisa de uso, y una dirección en la papeleta. Donde ya no vivía en el momento de desaparecer. Era una modesta pensión de inmigrantes, bulliciosa, desordenada y sucia, en un barrio pobre de la vieja ciudad. No sabían para dónde se había mudado y el recuerdo que guardaban de él era muy impreciso. Un día entero lo dedicó a recorrer pensiones de inmigrantes. Era una búsqueda sin tregua y casi sin esperanza. Cuando el nombre no evocaba nada recurría a la descripción física. Eran imprecisas y hasta confusas las respuestas, que no pocas veces lo inducían a seguir una pista falsa.

Fue casi por azar que llegó a aquella casa. Estuvo a punto de pasar de largo. Ya había recorrido muchas pensiones, ya había hecho las mismas preguntas infinitas veces, sin ningún resultado. Aquella casucha quedaba en una callejuela cerca de la vieja estación del ferrocarril. Estaba cansado y había decidido volver a su casa, de donde faltaba desde la mañana. Al pasar lanzó una mirada por el zaguán adentro. Se veía un sofá de hule en el corredor, unas palmeras raquíticas sembradas en latas de manteca pintadas de verde y, más allá, algunas mesas de comer con manteles y botellas. Y un

radio a todo volumen que atronaba con una canción bailable. Ya había pasado cuando decidió devolverse y entrar a preguntar. La misma pregunta, repetida tantas veces, a una patrona parecida a las otras; gorda, mal peinada, con un sucio delantal a cuadros.

—Sí, vive aquí, pero no ha vuelto hace días. ¿Usted lo conoce?

—Sí, lo conozco.

Contestó sin vacilar. Estuvo a punto de decir que eran amigos, pero se contuvo.

—¿Y qué se ha hecho? Hace más de una semana que no ha vuelto y me está debiendo dos semanas de cuarto. No me gusta eso.

—No se preocupe que todo eso se va a arreglar. Calamaris tuvo que hacer un viaje corto. Tuvo que salir de repente, sabc, para el interior.

La patrona cstaba de mal humor. Hablaba con un acento extranjero, comiéndose el final de las palabras. No era correcto lo que había hecho Simeón. Antes de irse ha debido arrcglar sus cuentas. La culpa era de ella. Ha debido cobrarle la habitación por adelantado. Pero era simpático y no parecía mala persona. Nombraba una insignificante suma de dinero. Era la deuda de Simeón. Dos semanas de pensión.

—Irse así, sin avisar nada. Eso es muy mal hecho.

Era muy poco dinero. Debía comerse muy mal cn aquella pensión. Casa de gente de tránsito, de inmigrantes en busca de trabajo, de pasajeros de dos noches, de bolsillos vacíos y conversación en el zaguán mirando la noche. El podría, tal vez, pagar por Simeón, era tan pequeña la suma, y decir que su amigo le había encargado arreglar esa cuenta. Pero pensó que aquello podría prcstarse a sospechas y prefirió callar.

—Venga a ver lo único que dejó. Porquerías.

Estaba solitaria la casucha. Era hora en que los huéspedes no habían vuelto todavía. Pasaron al segundo patio. Llegaron a una habitación grande, subdividida en pequeños cuartos, por medio de tabiques de coleta cubiertos de papel, periódicos y revistas. Abrieron la

puerta de uno de los cuartos. Había dos estrechas camas de metal tendidas, un aguamanil de peltre y dos mesas de noche.

La patrona se agachó y sacó debajo de una de las camas una desvencijada maleta de cuero, manchada y descosida en las esquinas.

La arrojó sobre una cama y la abrió bruscamente.

—Vea usted. Eso es todo lo que ha dejado.

Hurgaba con ira y sacaba las pocas cosas que había lanzándolas a la cama y al suelo.

—Vea usted.

El miraba sin hablar. Un viejo sweter azul que cayó sobre el piso con los brazos abiertos. Tenía la forma del tórax de Simeón Calamaris. Unos pantalones grises que cayeron entrecruzados, como en una genuflexión. Un lío de camisas y calcetines sucios. Unos zapatos, arqueados de uso.

—Esto es lo único que puede valer algo.

Era un pequeño marco de plata ovalado con una fotografía desvaída y amarillosa. Era el retrato de una mujer muy joven, acaso una niña, con largas crinejas trenzadas con cintas y una especie de traje regional. La otra cosa era un pequeño icono de cobre y madera. La Virgen con el niño y unos ángeles. La corona estaba repujada en el metal. Las tomó de las manos de la patrona y las colocó con cuidado sobre la mesa. Se quedó viendo el otro lecho tendido.

—Y aquí, ¿quién vive?

Podía ser la persona que había compartido por dos semanas la habitación con Simeón. Algo debía saber de él. Algo le habría oído.

—Era un italiano. Ya se fue de aquí. ¿Por qué? ¿Quería algo?

—No, nada. Por curiosidad.

Volvía a desbordarse la patrona en sus improperios. Hablaba de estafa, culpaba sus buenos sentimientos.

—No se preocupe que se le va a pagar todo. Yo tengo encargo de Simeón de pagarle todo.

Era una voz nueva que había resonado en la puerta del cuarto.

—¿Se ha sabido algo de Simeón?

Era una mujer que acababa de asomar. El la miró a contraluz. Era joven, de grandes ojos y fina nariz, con el pelo dcscolorido, casi blanco, recogido en cola de caballo. Un traje estrecho le modelaba el cuerpo, llevaba zapatillas sin talón de altos taconcs gruesos.

La patrona se volvió a verla con disgusto.

—Él es el que sabe.

Ahora se dirigía a él. Había penetrado en el cuarto y se había scntado en la cama libre. Había cruzado las piernas desnudas hasta un pedazo de muslo. No pudo evitar la atracción de mirarla. Era una piel blanea y suave. Pensaba en todo el abismo que había de una piel viva y joven a una piel muerta y vieja. Había visto la piel de las muchachas amigas. Hasta los muslos, en el traje dc baño, hasta el nacimiento del seno cn los grandes escotes de las fiestas. Se había apoyado hacia atrás sobre los brazos y componía una sinuosa figura, llena en las caderas y abultadas en el pecho, hasta la cabeza con su cabello incoloro y su desdcñosa mirada oblicua.

—¿Qué le ha pasado a Simeón?

Tenía también un acento extranjero. Un tono inseguro y una "erre" rodada. Pensó, de pronto, que debió ser la mujer de Simeón Calamaris. Simeón Calamaris dcbió mirarla con deseo. En aquella casa sórdida, cn el euartucho miserable, aquella mujcr sc desnudaba en todo su esplendor para él. Tan csplendorosa como la reina de Saba. El esplendor de una mujer desnuda se libera de todo el ambiente. Se debían encender los ojos de Simeón Calamaris de deseo. Debía secársele la garganta y temblarle ligeramente las manos sobre aquella piel tibia y suave. Y con su boca dura y amarga debía buscar aquella boca risueña y frutal.

Algo lc miró la patrona en la cara que le hizo retirarse discretamente.

Vino a sentarse al lado de ella. Enfrente, sobre la

otra cama y en el suelo estaban las ropas de Simeón Calamaris.

Le dijo que Simeón le había encargado hacía días, el retardo había sido culpa suya, de venir a arreglar la cuenta de la pensión. Había salido para un viaje. No muy lejos. No debía tardar mucho.

—No te dijo nada para mí.

No acertaba a responder. ¿Qué hubiera podido decirle Simeón a aquel joven amigo antes de salir para el viaje? Le habría dicho que fuera a la casa de pensión a arreglar su cuenta. Que recogiera sus cosas para guardarlas. Y, quizá, le habría dicho:

—Allá te vas a encontrar, tal vez, con una mujer que te preguntará por mí. No tuvimos mayor cosa, pero se portó bien conmigo. Pasamos buenos ratos. Dale mi recuerdo y no le digas más nada.

—¿Cómo te llamas tú?

—Madó.

—¿Eres francesa?

—Sí. ¿Me lo conociste?

Sí, le había hablado de Madó. La recordaba mucho. Cuando se tomaba algunas cervezas empezaba a hablar de ella. Con ternura, con sinceridad. Decía que habían pasado muy buenos ratos juntos. Le miraba la cara de reojo y la veía sonreír complacida. Hablaba mucho.

—Es raro.

—Es raro, ¿qué?

—Que hablara tanto. Conmigo era más bien muy callado. Eso era lo que más me gustaba de él. Parecía que podía contar muchas cosas y no las contaba. Y me enfadaba a veces por eso.

Dijo y sonrió:

—Pero era bueno.

—Claro que era bueno.

Se dio cuenta de que hablaban en pasado como de un muerto.

—¿Por qué dices que era? —le preguntó a ella.

—¿Te importaría que no volviera?

Sentía la necesidad de penetrar en ella en busca de Simeón.

Algo de él había quedado en ella en pedazos de momentos vivos. Él continuaba vivo en todos esos recuerdos.

—¿Te interesa a ti saberlo?

Él insistía:

—¿Por qué te gustaba?

La mujer lo miraba curiosa y risueña.

—Por muchas cosas.

—Dímelas.

—No te las puedo decir todas.

Hablaba febrilmente.

—Dime alguna.

—Hablábamos francés.

Entre sus lenguas, Simeón Calamaris hablaba francés. ¿De qué le servía o de qué le había servido? Le servía para que lo recordara aquella mujer por la que tantos hombres habían pasado. Hablaban en francés en el cuartucho de la pensión. Simeón le hablaba en francés a la mujer desnuda.

Él se levantó de la cama y fue hasta la mesa de noche donde la patrona había dejado el icono y la fotografía con el marco de plata ovalado. Los tomó y se los tendió a la mujer. ¿A quién más hubiera podido Simeón dejar, en aquella hora, aquellas cosas?

Se había sentado de nuevo al lado de ella. Ya oscurecía en el cuarto y se sentían las voces de los huéspedes que habían comenzado a regresar. Fuertes voces gruesas y risas.

—¿Son para mí?

Asintió con la cabeza.

—¿Te dijo él que me dieras esto?

Volvió a asentir con la cabeza.

La mujer observó los dos objetos y se volvió hacia él con los ojos iluminados de gratitud y hasta de emoción.

—Es muy gentil haber hecho eso. Muy gentil. Y de ti también es muy gentil haber venido a entregarme estas cosas.

Ella lo veía con una intensidad que lo desazonaba. Toda la sombra los juntaba.

—Bésame, ¿no quieres?

La besó en el cuello, en las mejillas, en los ojos y por último en la boca. Sabía a sed. Con gestos torpes se quitó el saco y lo arrojó al suelo. Mientras la abrazaba se deshizo la corbata, casi se arraneó la camisa. Era como si cayeran juntos de una altura sin fondo. Sus manos resbalaban sobre la piel. Ya no hablaban palabras coordinadas, sino tartamudeos, mugidos, estertores. Iba en un descenso de sueño de niño por entre unas sombras pobladas de sombras, donde sin embargo se sentía arder un fuego sin llamas. Era como una búsqueda ansiosa. Con las ropas iban cayendo los tiempos y los lugares. Huía por hondonadas y valles. Era como si abriera puertas blandas y pasara pasadizos húmedos y tropezara monstruosos animales. Lomos de nonatos, nidos de pichones, bocas de fetos. Pozos y montículos. Pedazos suyos iban siendo devorados por aquellas fauces y picos. Daba en belfos, hocicos, papos, buches y crestas. Hasta el oscuro buitre agazapado de oscura pluma de rojizo reflejo. Bajaba sin término y sin sosiego. ¿En busca de qué? ¿En busca de quién?

Cuando se alzó del lecho fue recogiendo en la penumbra su ropa. Estaba mezclada en el suelo con la de Simeón Calamaris. Las mangas de su saco estaban con los brazos de su sweter. Su camisa frente al pantalón genuflexo. Era como si se arrancara y se despidiera de él.

—¿Vas a volver? —le preguntó la mujer.

No respondió. Sentía que estaba empezando a regresar. Abrió la puerta y apareció en medio de las tertulias y las voces de los huéspedes.

Al entrar en su casa tropezó con su padre. Apenas lo sintió entrar salió a su encuentro como si lo aguardara con impaciencia.

—¿Qué horas son estas de llegar? No se te ha visto la cara desde la mañana y lo mismo ha sido en los últimos días. ¿Qué es lo que pasa?

Aquel encuentro hubiera sido temible para él antes, pero ahora sentía, sin saber por qué, que no lo era. Podía responder con frialdad y casi con indiferencia. Hasta podía no responder.

O podía simplemente decir, como estaba diciendo:

—No pasa nada.

Pero no era aquella la respuesta que su padre podía esperar de él. La había recibido con asombro y desconcierto.

—¿Cómo que no pasa nada? —La voz de su padre se había hecho cortante y dura—. ¿Cómo que no pasa nada? No vienes a tu casa y tampoco vas a la Escuela de Medicina. ¿Crees que no lo sé? En los últimos días no has asistido a las clases. Me he informado en la Universidad.

—He podido ir, pero no he ido.

—¿Y por qué no has ido?

—Tenía otras cosas que hacer.

Sentía la mirada de ira de su padre, pero no la temía. La hubiera temido antes, pero no ahora.

Mientras lo oía, casi ajeno, le venía a la mente la tenue memoria de algo imaginado o leído Dios sabe dónde o cuándo. Los niños que iban a la guerra regresaban convertidos en hombres. Regresaban iguales y hasta superiores a sus padres. Y el muchacho que se iba solo a la aventura del mar regresaba como si en meses o días hubieran pasado muchos años sobre él. Y en la tradición de los milagros los adolescentes que resucitaban, resucitaban como viejos.

Había cambiado la voz de su padre, se había hecho suave y conciliadora.

—Tal vez lo que te pasa es lo mismo que les ha pasado a muchos estudiantes de medicina. El primer trabajo con el cadáver les produce un horrible choque. Le cogen repugnancia a todo. No pueden ni siquiera comer.

Ha podido decir que era eso, pero sentía una curiosa necesidad de no recurrir a una evasiva.

—No, no es eso. Es otra cosa. Otras muchas cosas.

El padre se quedó a la espera de la confidencia que pareeía anunciarse.

—¿Cuáles cosas, hijo?

—Muchas. Todas.

El padre sospechó que debía estar bajo la influencia de una mala compañía.

—Tú no pensabas así antes. Esa manera de pensar te la ha metido en la cabeza alguien. ¿Con quién andabas en estos días?

Sonrió sin responder.

—¿Con quién?

Iba a decir la verdad, por lo menos la verdad que podía ser dicha y recibida.

—Andaba con Simeón Calamaris.

—¿Y quién es ése?

Ahora resultaba más difícil traducir en palabras comprensibles para su padre aquella verdad.

—Es un nombre.

—No lo dudo.

—¿Por qué no lo dudas? Podía haber sido un hombre y no serlo ya.

Su padre volvía a perder la paciencia.

—¿Quieres hacerme el favor de hablar conmigo en un lenguaje más claro? ¿Quién es ese hombre que yo no conozco?

—La verdad es que yo tampoco lo conozco mucho, pero en estos días he estado aprendiendo con él.

—¿Y qué estudia él?

—Ya no estudia. Ha podido estudiar o no estudiar, pero en todo caso aprendió mucho.

—¿Y qué te enseña? A vivir como un vagabundo, sin horas y sin obligaciones.

—Es inútil que te diga, yo sé que a ti no te gusta, no te puede gustar. En realidad no te gustó.

—¿No me gustó cuando? Si no lo conozco ni lo quiero conocer.

—Para mí lo conociste. Lo puse en presencia tuya y no fue bueno el encuentro para ti.

—Habría que ver, con el tiempo.

El padre lo cortó bruseamente:

—No hables más disparates. Desde mañana vas a volver puntualmente a tus clases.

Tomó el tono más severo que pudo hallar en su voz:

—Voy a volver, por complacerte, pero te advierto que ahora podría no volver.

—Además. No irás más a la casa de ese hombre.

—Eso va a ser más difícil, porque, entre otras cosas, no tiene casa.

Ha podido decir:

—He estado buscando a un ser perdido, hasta lograr encontrarlo.

Y haber añadido, sin mentir.

—Era una cuestión de vida y muerte.

Hubiera podido creer que era un capricho o una imaginación.

—Es un destino.

No había palabra que pudiera molestar más a su padre, y había el peligro de que la pudiera decir.

Dio unos pasos más, casa adentro, y se eneontró con su madre. Lo miraba con una encendida y melosa alegría de animal encontrado.

—Te ves fatigado. ¿Quieres comer algo?

No, no quería nada y sobre todo no quería hablar.

—Has tenido mucho que hacer.

Asintió con la cabeza. Era cierto que había estado atareado en buscar y en encontrar.

De pronto se le ocurrió preguntarle y su madre recibió la pregunta con asombro:

—Si yo hubiera sido un cxpósito, uno de esos niños que dejan abandonados a la pucrta de una casa, ¿tú me habrías criado y querido lo mismo?

—Que ocurrencias las tuyas.

—Contéstame lo que te pregunto.

Puso la cara seria para responder:

—Tal vez sí.

Era lo que necesitaba:

—Tú ves, hubiera bastado que alguien dejara un

niño desconocido en la puerta de tu casa, para que tú hubieras tenido que empezar una nueva vida.

—Es cierto. ¿Pero por qué me preguntas eso? ¿Le ha pasado eso a alguien que tú conozcas?

No iba a decirle que habían abandonado una criatura a la puerta de una casa de gente conocida, pero tampoco le iba a decir lo otro.

Sin embargo, pensaba que Simeón Calamaris no era exactamente un expósito. No llegaba en limpio y en blanco para comenzar una vida. Era más bien puro y turbio pasado. Si ahora estuviera allí con él, ¿qué haría?

Hubiera tenido que entrar disimuladamente, sin dejarse ver. Hubiera tenido que evitar encontrarse con el padre y con la madre en aquella indefensa soledad de su presencia. Hubiera entrado oculto como un espía o como un ladrón. Le hubiera interesado más, seguramente, asomarse al cuarto de la hermana. Un cuarto que no se parecía a los cuartos de mujer a los que había penetrado Simeón. No estaba allí la joven, pero estaban todas las huellas de su presencia. Tules, sedas, cortinas, edredones floridos, espejos, frascos de perfumería, zapatillas volcadas, un traje sobre un sillón, un armario abierto por donde asomaban telas de todos los colores, unas medias transparentes y vacías, torcidas en el suelo, como la piel de una serpiente de gasa, y sobre un pequeño tocador muchas menudas cosas de cristal y de porcelana, en desorden, y entre ellas un brillo dorado que refulgía bajo un rayo de luz.

Simeón hubiera entrado a husmear, a buscar, a conocer, con su instinto de vagabundo. Hubiera tenido una mano metida en el bolsillo del raído saco tocando el viejo billete de lotería y la arrugada papeleta de empeño. Lo que brillaba en la mesa era una moneda de oro labrada en forma de dije. En el resplandor amarillo con que esparcía la luz se hacía borroso el perfil grabado en el anverso. Simeón Calamaris sabía muy bien lo que podía valer una de esas monedas. ¿Cuánto tiempo tendría Simeón Calamaris sin sentir en la mano el peso frío y duro de una moneda de oro? La hubiera

aeariciado con un tacto de ciego que reconoce con la yema de los dedos. Un tacto voluptuoso sobre el labrado firme que se va entibiando al contacto de la mano. La habría eehado distraídamente a su bolsillo. ¿Distraídamente? Y habría sentido, ciertamente, un eontacto, una alegría de hallazgo, el prodigioso descorrer callado de una cortina sobre una inesperada perspectiva de plaeer y de posesiones.

Se daba cuenta de que se había acostado en una vasta sala, llena de estrcchas camas blancas y rígidas. No a dormir sino a yacer. No era su cuarto, ni su easa, ni le parecía lugar conocido. Y como estaba dormido habría visto levantarse de otra de las camas a otro yacente y acerearse a hablarle.

Venía envuelto en una sueia sábana que lo cubría en parte y se le veían heridas frescas en la carne. Terriblemente pálido y duro. Era Simeón Calamaris.

Hubiera preferido no eneontrársclo ahora. Traía en la mano una moneda de oro y la eolocaba en la pequeña mesa que estaba junto al camastro.

—¿Para qué es eso?

Era easi inaudible la voz de Simcón. Ahora se daba eucnta de que era como si no la hubiera oído nunca antes. Simeón hablaba de pie y él permanecía inerte e inmóvil en el camastro. Resultaba confuso lo que decía. Debía mucho, pero otros debían mucho también por él. Había que pagar por él y por los otros. Con el dinero ganado. Había que pagar a las patronas y a los boticarios. Había que pagar a las mujeres que esperan. Con el dinero ganado. Pensaba que era aquella moneda, la que usaba su hermana como un dije. La moneda que brillaba en la mesa de su tocador. La había cogido Simeón Calamaris. Su padre diría: "No hay que traer gente así a la easa". Su hermana haría un gran alboroto de protestas y sollozos. Pero Simeón insistía en deeir: "Con el dinero ganado". Con aquella cara mareada y sufrida, sin color, con aquellas heridas abiertas, eon aquella voz inolvidable.

Simeón decía, de pie, junto al camastro, que eon

el dinero ganado había que pagar. Ciertamente había que pagar a la patrona de la pensión para que no dijera las horribles cosas que podía decir, del desaparecido. Era lo que hacían los herederos. Hubiera sido necesario pagar todas las deudas menudas y dispersas. La caja de cigarrillos que le debía al pulpero. El remiendo de zapatos que le debía al remendón. El quinto de lotería que le debía al billetero. No conocía él todo lo que habría que hacer por tenduchos y vericuetos de la ciudad para recoger las deudas de Simeón con aquella moneda de oro. Que Simeón había ganado. Pero sabía, en cambio, y no quería que se hablara de eso, que algo habría que darle a la francesa de la pensión. Habría que ser generoso por Simeón y por él.

Para que Simeón quedara bien. O para quc él quedara bien con Simeón. Hubiera tenido que decirle, pero no se atrevía, que le debía mucho y que, además, no había sido enteramente leal en los encuentros que había tenido buscando su camino.

Si lo hubiera dicho tal vez Simeón hubiera sonreído con aquella cara dura y fría. No lo tomaba así. Todo eso no era sino lo que le estaba enseñando. Era su manera de enseñar. Todo lo que había tenido que hacer.

Simeón Calamaris estaba exangüe y yerto por todo lo que había tenido que hacer. Y era mucho para que él lo aprendiera o lo recibiera en dádiva como aquella moneda de oro que ahora no se atrevía a negar que Simeón Calamaris había ganado.

Hubiera tenido que decirle, con toda aquella angustia que lo paralizaba, alguna palabra de ternura o de gratitud. Pero cómo decirle nada tierno a aquel ser duro que cobraba y pagaba. No se podía ser amigo de él. "Aunque lo quisiera no podría ser tu amigo. Simeón. Das miedo". Era como un padre terrible o como un hijo terrible. No un amigo de la intimidad, del sentimiento. Más valía no acercársele.

Podría prometerle muchas cosas, tal vez para apa-

ciguarlo, tal vez para alejarlo, con la secreta esperanza de no cumplir, de olvidar.

"Iré por ti a pagar a la patrona del hospedaje". No hacía ningún gesto de aquiescencia.

"Iré por ti a la casa de la mujer a llevarle tu recuerdo". No se le miraba sonreír.

Buscaré en todas las cuevas y en todos los tenduchos para reparar tu camino". Permanecía inexpresivo.

"Iré a pagar con la moneda que has ganado". Mejor hubiera debido decir: "que es tuya". O tal vez: "que te debía".

Pero ¿por qué estaba él tendido en aquel camastro blanco, que era su cama, y en aquella fría sala sin fondo que no era su cuarto? ¿Dónde estaba él?

Llamó a un muchacho callejero y le entregó el sobre con la moneda para que lo llevara a la patrona de la pensión.

—Yo te espero aquí en la esquina. Dile que te firme el sobre.

Al despertar de la agitada noche, con toda premura, había escrito el papel y lo había metido en el sobre con la moneda:

"Señora: No fue mi intención marcharme sin pagarle. Me ha juzgado usted mal. Con esa moneda de oro que le mando cóbrese usted lo que le debo y el resto se lo entrega, de mi parte, a Madó la francesa. Guarde mis cosas, para mi regreso. Dentro de una o dos semanas".

Firmó: "Simeón", sin apellido, con una letra que no parecía suya.

No había puesto ni fecha, ni lugar.

Al rato vio salir al muchacho de la pensión. Traía el sobre firmado con un garabato nervioso. Debió ser grande la sorpresa de la patrona al recibir la moneda y la carta.

—¿Qué te dijo?

—Nada. Leyó el papel como tres veces, y la moneda la vio y la mordió. Parecía que iba a gritar. En lo que me firmó el sobre salí corriendo.

No necesitaba saber más. Dio una propina al muchacho y se marchó. Ya había cumplido. Nada quedaba por hacer. La boca de la patrona, la pensión entera, las voces de los huéspedes, los ojos blanqueados como en espasmo de la mujer, todo en la sucia casa partida en cuartuchos de papel y trapo estaría lleno del nombre de Simeón Calamaris. Como si resonara con el resonar inesperado de la moneda de oro.

Iba hacia la Facultad de Medicina.

Era como si regresara de un largo y oscuro viaje. Como si regresara a la luz y a la vida reencontrada. Las calles parecían animadas, alegres y coloridas. Pasaba por entre las mujeres lentas, por entre los pregoneros erizados, por entre los vendedores ambulantes, por entre el debate de los hombres detenidos, sin parar, ni mirar, ni oir.

Tal vez su hermana en su casa se habría dado cuenta de la desaparición del dije. Tal vez ni se habría dado cuenta. Tal vez, si se habría dado cuenta, no recordaría dónde lo habría podido perder, y procuraría no decir nada para que no la regañaran sus padres. Después de todo, ¿quién podía saber lo que había pasado con aquella moneda?

Había llegado a la Facultad. Le parecía que llegaba ahora por primera vez. Que por primera vez veía los patios, y las arcadas y los corredores, y el calco y descalco continuo de las batas blancas entre sí y sobre los muros. Se quitó el saco, se deshizo la corbata y se puso la bata de gruesa tela blanca. Podía ahora su silueta fundirse y perderse entre las otras.

Entró a la sala de anatomía, sin ninguna vacilación. No fue a su mesa. De lejos, casi de reojo, vio al compañero que laboraba sobre el cadáver. Carnes pálidas y cortes rojizos y azulosos. Se dirigió al profesor. Le dio una difícil explicación de su ausencia y le pidió que

lo pusiera a trabajar en otro cadáver. No hallaba ningún motivo el profesor para ello. Hubo que insistir y casi suplicar.

—La verdad es que se trata del cadáver de un hombre que he conocido. Fuimos amigos.

—Si es así.

Era así, asentía con la cabeza con firme convicción. Con una convicción que no hubiera tenido antes para afirmar o para negar.

Lo asignaron a otra mesa. Llegó casi con alegría. Sin ninguna vacilación tomó el bisturí y comenzó a practicar la incisión que le indicaron en el tórax. Con seguridad, con firmeza. Aquéllos, ahora, no eran sino tejidos, músculos y huesos de un cuerpo sin historia y sin nombre.

GUILLERMO MENESES

Guillermo Meneses *nació en Caracas en* 1911. *En sus libros logró expresar la vida de negros y mestizos, particularmente en sus tres primeras obras de cuentos:* La balandra Isabel llegó esta tarde (1934), Canción de negros (1934) *y* Campeones (1938). *Luego publicó dos nuevos títulos en el género breve:* Tres cuentos venezolanos (1938), La mano junto al muro *(con cuyo cuento homónimo ganara el premio anual 1951 de "El Nacional"), y tres novelas:* El mestizo José Vargas (1942), El falso cuaderno de Narciso Espejo (1952) *y* La misa de Arlequín (1965).

La noche porteña se desgarró en relámpagos, en fogonazos. Voces de miedo y de pasión alzaron su llama hacia las estrellas. Un chillido ("¡naciste hoy!") tembló en el aire caliente mientras la mano de la mujer se sostuvo sobre el muro. Ascendía el escándalo sobre el cielo del trópico cuando el hombre dijo (o pensó): "Hay aquí un camino de historias enrollado sobre sí mismo como una serpiente que se muerde la cola. Falta saber si fueron tres los marineros. Tal vez soy yo el que parecía un verde lagarto; pero, ¿cómo hay dos gorras en el espejo del cuarto de Bull Shit?... La vida de ella podría pescarse en ese espejo... O su muerte..."

La mano de la mujer se apoyaba en la vieja pared; su mano de uñas pintadas descansaba sobre la piedra carcomida: una mano pequeña, ancha, vulgar, en contacto con el frío muro robusto, enorme, viejo de siglos, fabricado en épocas antiguas para que resistiese el roce del tiempo y, sin embargo, ya destrozado, roto en su vejez. Por mirar el muro, el hombre pensó (o dijo): "Hay en esta pared un camino de historias que se enrolla sobre sí mismo, como la serpiente que se muerde la cola".

El hombre hablaba muchas cosas. Antes —cuando entraron en el cuarto, cuando encontró en el espejo los blancos redondeles que eran las gorras de los marineros— murmuró: "En ese espejo se podía pescar tu vida. O tu muerte".

Hablaba mucho el hombre. Decía sus palabras ante el espejo, ante la pared, ante el maduro cielo nocturno, como si alguien pudiese entenderlo. (Acaso el único que lo entendió en el momento oportuno fue el pequeño individuo del sombrerito ladeado, el que intervino en la historia de los marineros, el que podía ser con-

siderado —a un tiempo mismo— como detective o como marinero).

Cuando miraba a la pared, el hombre hizo serias explicaciones. Dijo: "Trajeron estas piedras hasta aquí desde el mar; las apretaron en argamasa duradera; ahora, los elementos minerales que formaban el muro van regresando en lento desmoronamiento hacia sus formas primitivas: un camino de historias que se enrolla sobre sí mismo y hace círculo como una serpiente que se muerde la cola". Hablaba mucho el hombre. Dijo: "Hay en esa pared enfermedad de lo que pierde cohesión: lepra de los ladrillos, de la cal, de la arena. Reciedumbre corroída por la angustia de lo que va siendo".

La mano de la mujer se apoyaba sobre el muro. Sus dedos, extendidos sobre las rugosidades de la piedra, sintieron la fría dureza de la pared. Las uñas tamborilearon en movimiento que decía "aquí, aquí". O, tal vez, "adiós, adiós, adiós".

El hombre respondió (con palabras o con pensamientos): "La piedra y tu mano forman el equilibrio entre lo deleznable y lo duradero, entre la apresurada fuga de los instantes y el lento desaparecer de lo que pretende resistir el paso del tiempo".

El hombre dijo: "Una mano es, apenas, más firme que una flor; apenas menos efímera que los pétalos; semejante también a una mariposa. Si una mariposa detuviera su aletear en un segundo de descanso sobre la rugosa pared, sus patas podrían moverse en gesto semejante al de tu mano, diciendo "aquí, aquí". O, acaso, "adiós, adiós, adiós".

El hombre dijo: "Lo que podría separar una cosa de otra en el mundo del tiempo sería, apenas una delgada lámina de humana intención, matiz que el hombre inventa; porque, al fin, lo que ha de morir es todo uno y sólo se diferencia de lo eterno".

Eso dijo el hombre. Y añadió: "Entre tu mano y esa piedra está sujeta la historia del barrio: el camino

de historias enrollado sobre sí mismo como una serpiente que se muerde la cola. Aquí está la lenta decadencia del muro y de la vida que el muro limitaba. Tu mano dice qué sucede cuando un castillo frente al mar cambia su destino y se hace casa de mercaderes; cuando, entre las paredes de una fortaleza defensiva, se confunde el metal de las armas con el de las monedas.

Rió el hombre: "¿Sabes qué sucede?"... Se cae, simplemente, en el comercio porteño por excelencia: se llega al tráfico de los coitos". Cerró su risa y concluyó, severo: "Pero tú nada tienes que ver con esto; porque, cuando tú llegaste, ya estaba hecha la serie de las trasmutaciones. El castillo defensivo ya había pasado por casa de mercaderes y era ya lupanar".

Cierto. Cuando ella llegó, el comercio de los labios, de las sonrisas, de los vientres, de las caderas, de las vaginas, tenía ya sentido tradicional. Se nombraba al barrio como el centro comercial de los coitos en el puerto. Cuando ella llegó ya esto era —entre las gruesas paredes de lo que fue fortaleza— el inmenso panal formado por mínimas celdas fabricadas para la actividad sexual y el tiempo estaba también dividido en partícula de aetivos minutos.

(—Tú ahora. Ya. Adiós. Tú ahora. Ya. Adiós. Tú ahora. Ya. Adiós.) y las monedas tenían sentido de reloj. Como las espadas, cuyo sitio habían tomado dentro de los muros del antiguo castillo, podían cortar la vida, el deseo, el amor. (Se dice a eso amor, ¿no es cierto?).

Pero cuando ella llegó ya existía esto. No tenía por qué conocer el camino de historias que, al decir del hombre, se podía leer en la pared. No tenía por qué saber cómo se había formado el muro con orgullosa intención defensiva de castillo frente al mar, para terminar en centro comercial de coitos luego de haber sido casa de mercaderes. Cuando ella llegó ya existían los calabozos del panal, limitados por tabiques de cartón.

Inició su lucha a rastras, decidida y aprovechadora,

segura de ir recogiendo las migajas que abandona alguien, ansiosa de monedas. Con las uñas —esas mismas uñas gruesas y mordisqueadas que descansaban ahora sobre la rugosa pared— arrancaba monedas: monedas que valían un pedazo de tiempo y se guardaban como quien guarda la vida. Angustiosamente aprovechadora, ella. El gesto de morderse las uñas, sólo angustia: nada más que la inquieta carcoma, la lluvia menuda de la angustia, dentro de su vida.

Ahora, su mano se apoyaba sobre el muro. Una mano chata, gruesa, con los groseros pétalos roídos de las uñas sobre la piedra antigua, hecha de historias desmoronadas, piedra en regreso a su rota insignificancia, por haber perdido la intención de castillo en mediocre empresa de mercaderes.

Ella nada sabía. Durante muchos años vivió dentro de aquel monstruo que fue fortaleza, almacén, prostíbulo. Ella nada sabía. El barrio estaba clavado en su peso sobre las aristas del cerro, absurdamente amodorrado bajo el sol. Oscuro, pesado, herido por el tiempo. Bajo el sol, bajo el aliento brillante del mar, un monstruo el barrio. Un monstruo viejo y arrugado, con duras arrugas que eran costras, residuos, sucio, oscura piel producida por el agua y la luz, por las mil lenguas de fuego del aire en roce continuo sobre aquel camino de historias que se enrolla en sí mismo —igual que una serpiente— y dice cómo el castillo frente al mar se convirtió en barrio de coitos y cómo la mano de una mujer angustiada puede caer sobre el muro (lo mismo que una flor o una mariposa) y decir en su movimiento "aquí, aquí" o "adiós, adiós, adiós".

Ella nada sabía. Cuando llegó ya existía el presente y lo anterior sólo podía estar en las palabras de un hombre que mirase la pared y decidiese hablar. Ya existía esto. Y ella estuvo en esto. Los hombres jadeaban un poco; echaban dentro de ella su inmundicia. (O su amor). Ella tomaba las monedas: la medida del tiempo. Encerraba en la gaveta de su mesa de noche un pedazo de vida. O de amor. (Porque a eso se llama

amor). Dormía. Despertaba sucia de todos los sucios del mundo, impregnada de sucia miel como el barrio monstruoso bajo el viento del mar. Su cabeza sonaba dolorosamente y ella podía escuchar dentro de sí misma el torpe deslizarse de una frase tenaz. "Te quiero más que a mi vida". (¿Cuándo? ¿Quién?) Uno. Ella piensa que tenía bigotes, que hablaba español como extranjero, que cra moreno. "Te quiero más que a mi vida". ¿Quién podría distinguir en los recuerdos? Un hombre era risa, deseo, gesto, brillo del diente y de la saliva, arabesco del pelo sobre la frente. Luego era una sombra entre muchas. Una sombra en el oscuro túnel cruzado por fogonazos que era la existencia. Una sombra en la negra trampa cruzada por fogonazos, por estallidos relampagueantes, por cohetes y estrellas de encendido color, por las luces del cabaret, por una frase encontrada de improviso: "Te quiero más que a mi vida".

Pero todo era brillo inútil, como la historia enrollada sobre sí misma y ella nada sabía de la piedra, ni de las historias, ni de las luces que rompían la sombra del túnel.

Sólo cuando habló con aquel hombre, cuando lo escuchó hablar la noche del encuentro con los tres marineros (si es que fueron tres los marineros) supo algo de aquello. Ella estaba pegada a su túnel como los moluscos que viven pegados a las rocas de la costa. Ella estaba en el túnel, recibiendo lo que llegaba hasta su calabozo: un envión, una ola sucia de espuma, una palabra, un estallido fulgurante de luces o de estrellas.

Dentro del túnel, moviéndose entre las sombras de la existencia, fabricó muchas veces la pantomima sin palabras de la moza que invita al marinero: la sonrisa sobre el hombro, la falda alzada lentamente hasta el muslo y mirar cómo se forma el roce entre los dedos del marinero.

Así llegó aquél a quien llamaban Dutch. El que ancló en el túnel para mucho tiempo. Dutch, amarrado al túnel por las borracheras. La llamaba Bull Shit. Se-

guramente aquello era una grosería en el idioma de Dutch. (¿Qué importa?) Cuando él decía Bull Shit en un grupo de rubios marinos extranjeros, todos reían. (¿Qué importa?) Ella metía su risa en la risa de todos. (¿Qué importa, pues? ¿qué importa?). Bicn podía Dutch querer burlarse de ella. Nada importaba porque él también estaba hundido en el túnel, amarrado a las entrañas del monstruo que dormía junto al mar. El cambiaba de oficio; fue marino, chofer, oficinista. (O era que todos —choferes, oficinistas o marinos— la llamaban Bull Shit y ella llamaba a todos Dutch). Y si él cambiaba de oficio, ella cambiaba de casa dentro del barrio. Todo era igual. Alrededor de todos, junto a todos, sobre todos —llamáranse Dutch, Bull Shit o Juan de Dios— estaba el barrio, el monstruo rezumante de zumos sombríos bajo la luz, bajo el viento, bajo el brillo del sol y del mar.

Daba igual que Dutch fuera oficinista o chofer. Daba igual que Bull Shit viviese en uno u otro calabozo. Sólo que, desde algunos cuartos, podía mirarse el mundo azul —alto, lejano— del agua y del aire. En esos cuartos los hombres suspiraban; muchos querían quedarse, como Dutch; decían "¡qué bello es esto!"

La noche del encuentro con los tres marineros (si es que fueron tres los marineros) apareció el que decía discursos. Era un hombre raro. (Aunque, en verdad, ella afirmaría que todos son raros). Le habló con cariño. Como amigo. Como novio, podría decirse. Llegó a declarar, con mucha seriedad, que deseaba casarse con ella: "Contraer nupcias, legalizar el amor, contratar matrimonio". Ella rió igual que cuando Dutch le decía Bull Shit. El persistió; dijo: "Te llevaría a mi casa; te presentaría a mis amigos. Entrarías al salón, muy lujosa, muy digna; las señoras te saludarían alargando sus manos enjoyadas; alguno de los hombres insinuaría una reverencia; nadie sabría que tú estás borracha de ron barato y de miseria; pretenderían sorprender en ti cierta forma de rara elegancia; pretenderían que eres distinguida y extraña; tú te reirías

de todos como ríes ahora; de repente, soltarías una redonda palabra obscena. Sería maravilloso".

La miró despacio, como si observase un cuadro antiguo. La mujer apoyaba sobre el muro su gruesa mano chata de mordisqueadas uñas. El continuó: "Te llevaría a la casa de un amigo que colecciona vitrales, porcelanas, pinturas, estatuillas, lindos objetos antiguos, de la época en la que estas piedras fueron unidas con argamasa duradera para formar la pared del castillo frente al mar. El te examinaría como si observase un cuadro antiguo; diría, probablemente, que pareces una virgen flamenca. Y es cierto, ¿sabes? Son casi iguales la castidad y la prostitución. Tú eres, en cierto modo, una virgen: una virgen nacida entre las manos de un fraile atormentado por teóricas visiones de ascética lubricidad. ¡Una virgen flamenca! Si yo te llevara a la casa de ese amigo, él diría que eres igual a una virgen flamenca, pero... Pero nada de eso es posible, porque el amigo que colecciona antigüedades soy yo y hemos peleado hace unos días por una mujer que vive aquí contigo... y que eres tú".

Un hombre raro. Todos raros. Uno se sintió enamorado. ("Te quiero más que a mi vida"). Uno la odió: aquél a quien ella no recordaba la mañana siguiente. ("¿Tú? ¿tú estuviste conmigo anoche?" "¿No recuerdas?", dijo él). Había temblor de rabia en su pregunta; como si estuviese esperando un cambio de monedas y mirase sus manos vacías. Los hombres son raros. Una mujer no puede conocer a un hombre. Y menos, cuando el hombre se ha desnudado y se ha puesto a hacer coito sobre ella: cuando se ha puesto a jadear, a chillar, a gritar sus pensamientos. Algunos gritan "¡madre!" Otros recuerdan nombres de mujeres a las que —dicen ellos— quieren mucho. Como si deseasen que la madre o las otras mujeres estuviesen presentes en su coito. Jadean, gritan, chillan, quieren que ella —la que soporta su peso— les acompañe en su angustia y se desnude en su desnudez. Luego sonríen cariñosos: "¿No recuerdas?".

Todos raros. Ella nunca recuerda nada. Está metida en la sombra del túnel, en las entrañas del monstruo, como un molusco pegado a la roca donde, de vez en cuando, llega la resaca: la sucia resaca del mar, el fogonazo de una palabra, el centelleo de las luces del cabaret o de las estrellas. Ella está aquí, unida al monstruo sin recuerdos. Lejos, el mar. Puede mirarlo en el tembloroso espejo de su cuarto donde, ahora, están dos gorras de marineros.

(Pero, ¿es que no eran tres los marineros?) Hasta parece hermoso el mar a veces. Cargado de sol y de viento. Aunque aquí dentro poco se sepa de ello. Gotas de sucia miel lo han carcomido todo; han intervenido en la historia del muro sobre el cual tamborilean los dedos de la mujer ("aquí, aquí" o "adiós, adiós, adiós") ; han hecho la historia de los elementos minerales que regresan hacia sus formas primitivas después de haber perdido su destino de fortaleza frente al mar; han escrito la historia que se enrolla sobre sí misma y forma círculo como la serpiente que se muerde la cola.

Ella nunca recuerda nada. Nada sabe. Aquí llegó. Había un perro en sus juegos de niña. Juntos, el perro y ella ladraban su hambre por las noches, cuando llegaban en las bocanadas del aire caliente las músicas y las risas y las maldiciones. Ella, desde niña, en aquello oscuro, decidida a arrancar las monedas. Ella en la entraña del monstruo: en la oscura entraña, oscura aunque fuera hubiese viento de sol y de sal. Ella, mojada por sucias resacas, junto al perro. Como, después, junto a los otros grandes perros que ladraban sobre ella su angustia y los nombres de sus sueños. De todos modos, podía asomarse alguna vez a la ventana o al espejo y mirar el mar o las gorras de los marineros. (Dos gorras; tal vez tres los marineros.)

Porque casi es posible afirmar que fueron tres los marineros: el que parecía un verde lagarto, el del ladeado sombrerito, el del cigarrillo azulenco. Si es que un marinero puede dejar olvidada su gorra en el barco

y comprarse un sombrero en los almacenes del puerto, fueron tres los marineros, si no, hay que pensar en otras teorías. Lo cierto es que fue el otro quien tenía entrc los dedos el cigarrillo. (O el puñal).

Ella miraba todo, como desde el fondo del espejo del cielo. Acaso, como dcsde el fondo del espejo de su cuarto, tembloroso como el aletear de una mariposa, como el golpetear de sus dedos sobre la rugosa pared. Si le hubieran preguntado qué pasaba, hubiera callado o, en el mejor de los casos, hubiera respondido con cualquier frase recogida en el lenguaje de las borracheras y de los encucntros de burdel. Hubiera dicho: "¡madre!" o "te quiero más que a mi vida" o, simplemente, "me llamaba Bull Shit". Quien la escuchase reiría pero, si intentaba comprender, enseriaría el semblantc, ya que aquellas expresiones podían significar algo muy gravc en el idioma de los hambrientos animales que viven en la entraña del monstruo, en el habla de las gentes que ponen su mano sobre el muro de lo que fue castillo y mueven sus dedos para tamborilear "aquí, aquí" o "adiós, adiós, adiós".

Lo que le sucedió la noche del encuentro con los tres marineros (digamos que fueron tres los marineros) la conmovió, la hundió en las luces de un espejo relumbrante. Verdad es que ella siempre tuvo un espejo en su cuarto: un espejo tembloroso de vida como una mariposa, movido por la vibración de las sirenas de los barcos o por los pasos de alguien que se acercaba a la cama. En aquel espejo se reflejaban, a veces, el mar o el cielo o la lámpara cubierta con papeles de colores —como un globo de carnaval— o los zapatos del que se había echado a dormir su cansancio en el camastro revuelto. Se movía el espejo, tembloroso de vida como la angustiada mano de una mujer que tamborilea sobre el muro, porque colgaba de una larga cuerda enredada a un clavo que, a su vez, estaba hundido en la madera del pilar que sostenía el techo. Así, el espejo temblaba por los movimientos del cuarto, por el paso del aire, por todo.

Desde mucho tiempo antes, la mujer vivía allí, en aquel cuarto donde los hombres suspiraban al amanecer: "¡Qué bello es esto!" y contaban cuentos de la madre y de otras mujeres a las que —decían ellos— habían querido mucho. Cuando el hombre que decía discursos estaba allí, también estaban los marineros; al menos, el espejo recogía la imagen de dos gorras de marineros, tiradas entre las sábanas, junto al pequeño fonógrafo. (Dos gorras de marineros). La mujer que apoyaba la mano sobre el muro podía mirar los círculos blancos de las gorras en el espejo de su cuarto. Dos círculos: dos gorras. (Lo que podría hacer pensar que fueron dos los marineros, aunque también es posible que otro marino desembarcase sin gorra y se comprase un sombrero en los almacenes del puerto). En el espejo había dos gorras y por ello, acaso, el que hablaba tantas cosas extraordinarias dijo: "En ese espejo se podría pescar tu vida".

A través del espejo se podría llegar, al menos, hasta el encuentro con los dos marineros. (Digamos que fueron dos; que no había uno más del que se dijera que dejó su gorra en el barco y compró un sombrero en los almacenes del puerto). A través del espejo se puede hacer camino hasta el encuentro con los dos marineros, igual que en la piedra donde se apoya el tamborileo de los dedos de la mujer puede leerse la historia de lo que cambió su destino de castillo por empresas de comercio y de lupanar.

Ella estaba en el cabaret cuando los marineros se le acercaron. Uno era moreno, pálido el otro. Había en ellos (¿junto a ellos?) una sombra verde y, a veces, uno de los dos (o, acaso, otra persona) parecía un muñeco de fuego. Una mano de dulzura sombría —morena, con el dorso azulenco— le ofreció el cigarrillo, el blanco cigarrillo encendido en su brasa: "¿Quieres?". Ella miró la candela cercana a sus labios, la sintió, caliente, junto a su sonrisa. (La brasa del cigarrillo o la boca del marinero). Ya desde antes (una hora; tal vez la vida entera) había caído entre neblinas. El humo

del cigarrillo una nube más, una nube que atravesó la mano entre cuyos dedos venía el tubito blanco. Ella lo tomó. Puede recordar su propia mano, con la ancha sortija semejante a un aro de novia. Junto a la sortija estaban la brasa del cigarrillo y la boca del hombre: la saliva en la sonrisa; al lado del que sonreía, el otro —la silueta rojiza— y, también, el que parecía un verde lagarto. No tenía gorra sino sombrerito de fieltro ladeado. (Casi cierto que eran tres, aunque luego se dijera que fueron dos los marineros y esa tercera persona un detective, lo que resultaba posible ya que los detectives, como lo sabe todo el mundo, usan sombrero ladeado, con el ala sobre los ojos).

La cosa comenzó en el cabaret. Ella —la mujer de la mano sobre el muro— vivía en el piso alto. Sobre el salón de baile estaba el cuarto del tembloroso espejo donde se podía mirar el mar o las gorras de los marineros o la vida de la mujer. Treinta mujeres arriba, en treinta calabozos del gran panal; pero sólo desde el cuarto de ella podía mirarse el lejano azul, como también sólo ella tenía el lujo del fonógrafo, a pesar de lo cual era nada más que una de las treinta mujeres que vivían en los treinta cuartuchos de piso alto, lo mismo que, en el cabaret, era una más entre las muchas que bebían cerveza, anís o ron. Una más, aunque sólo ella tenía su ancha sortija, semejante a un aro de novia.

De pronto, las luces del cabaret comenzaron a moverse: caminos azules, puntos amarillos, ruedas azules y la sonrisa de los marineros, la saliva y el humo del cigarrillo entre los labios. Ella sorbió las azules nubes también; pero ya antes había comenzado la danza de las luces en el cabaret. Caminos rojos, verdes, ruedas amarillas, puntos de fuego que repetían la brasa del cigarrillo. Ella reía. Podía oír su propia risa caída de su boca. Las luces daban vueltas, la risa también se desgranaba como las cuentas de un collar encendido y junto con las luces y la risa, se movían las gentes muy despacio, entre círculos de sombra y de misterio. Los hombres —cada uno— con la sonrisa clavada entre los

labios: la silueta rojiza igual que el que semejaba un verde lagarto y el del sombrero ladeado. (El que produjo la duda sobre si fueron tres los marineros). Ella cabeceaba un ademán de danza y sentía cómo su cabeza rozaba luces y risas cuando se encontró frente a un espejo: el tembloroso espejo de su cuarto en cuyo azogue nadaban las dos gorras marineras. Todo ello sucedió como si hubiese ascendido hacia la muerte. Por eso, una voz chilló: "¡naciste hoy!" y el hombre dijo: "En ese espejo se podría pescar tu vida".

Pero, eso fue después. Ciertamente, los marineros se acercaron: una mano, una boca, la sombra verde y el rojizo resplandor. Aquel a quien llamaban Dutch había estado esa noche o, tal vez, otra noche parecida a ésta. (Una noche como tantas de las noches nacidas en el túnel, en la entraña del monstruo, en un instante de la gran oscuridad cruzada por fogonazos que era la vida allí). Estaba Dutch. O, acaso, no. No; ciertamcnte, no. Era el de los discursos, el paciente hablador, quien estaba presente. La mujer alzó su mano en un gesto de danza; sus uñas abrieron cinco pétalos rojos a la luz de las bombillas. Se levantó; sintió en su cuerpo cómo ella tendía a estirarse. Miró (en el espejo de sí misma o en el espejo tembloroso de su cuarto) su cabeza deslizada en ascensión entre las bombillas del cabaret y entre las luces del alto cielo sereno. Se movió —lenta y brillante— sobre bombillas, estrellas, espejos. La voz, la sonrisa, el cigarrillo de los marineros eran palabras, gestos, señales que indicaban el pecho del hombre. (Su cartera o su corazón). Como si atravesara rampas de misterio los pasos de clla la llevaban hacia el que descansaba sobre la mesa del cabaret. Apartó espejos, luces, estrellas; atravesó nubes de humo. Estaba acompañada por los tres marineros (eran tres, entonces): el que parecía un verde lagarto, el del rojizo resplandor y la sombra azulenca en las manos, el del pequeño sombrcro ladeado sobre la sien izquierda. Cuando llegó a la mesa, rozó el pecho del hombre que dormía. "Bull Shit", dijo él. "¡Ah! ¡Eres Dutch! ""¿Dutch? ¿Dutch?

Sacas de tu sombra una palabra y piensas que es un hombre. No, no soy Dutch; tampoco soy el que te dijo te quiero más que a mi vida ni el que te habló de otras mujeres a quienes quiere mucho. Soy otro corazón y otra moneda". Las voces de los dos (¿o tres?) marineros ordenaron: "Sube con él".

Ante el espejo se miraron. Ella diría que no pisó la escalera, que no caminó frente al bar, que caminaron —todos— las rampas del misterio y atravesaron las puertas que hay siempre entre los espejos. Por los caminos del mistcrio, por los caminos que unen un espejo a otro espejo, llegaron (o estaban allí antes) y se miraron desde la puerta del espejo. (Ellos y sus sombras: la mujer, los marineros y el que, antes, dormía sobre la mesa del cabaret mostrando a todos su corazón). El del pequeño sombrero ladeado no estaba en el espejo. El otro, el que dormía cuando estaba abajo, habló; al mirar las gorras de los marineros, dijo a la mujer: "En ese espejo se podía pescar tu vida". (Igual pudo decir "tu muerte").

La mujer estaba fuera del cuarto, apoyada la gruesa mano de roídas uñas sobre la rugosa piedra del muro. A través de la puerta veía las gorras de los marineros en el cristal del espejo. El hombre había echado a andar el fonógrafo, del cual salía la dulce canción. Los marineros se acercaban. Suspendida sobre el negro disco, la aguja brillante afilaba la música; aquella melodía donde nadaban palabras, semejantes a las palabras de Dutch cuando Dutch decía algo más que Bull Shit, semejantes a gorras suspendidas en el reflejo de un vidrio azogado.

El hombre escuchaba tendido hacia el fonógrafo. Hacia él avanzaba uno de los marinos: el que antes había ofrecido el cigarrillo de azulados humos. La mujer miraba la mano del marinero, nerviosa, activa, cargada de deseo. (Si una moneda es la medida del amor, puede alguien desear una moneda como se desea un corazón). Ella lo entendía así: "El gesto de quien toca una moneda puede ser semejante a la frase te quiero

más que a mi vida; acaso, ambos, espejos de una misma tontería o de una misma angustia". La mano —deseosa, inquieta, activa— se dirigía al sitio de la cartera o del corazón. El hombre volvió la cabeza; miró cara a cara al marinero. El que tenía en sí un resplandor de brasa rió con risa hueca como repiqueteo de tambor, como el movimiento de los dedos de la mujer sobre el antiguo muro. El hombre volvió a inclinarse sobre la melodía del fonógrafo. La risa del otro caía sobre el ritmo de la música y el hombre se bañaba en la música y en la risa.

El gesto del marinero amenazó de nuevo cuando la mujer llamó la atención del que escuchaba la música. Quieta —su mano sobre el muro— lo siseó. El fue hasta ella; se quedó mirándola, como un conocedor que mira un cuadro antiguo; fue entonces cuando habló: "Hay en esta pared un camino de historias que se muerde la cola. Trajeron estas piedras desde el mar, las apretaron en argamasa duradera para fabricar el muro de un castillo defensivo; ahora, los elementos que formaban la pared van regresando hacia sus formas primitivas: reciedumbre corroída por la angustia de un destino falseado".

La mujer lo miraba desde el espejo del cielo, alta entre las estrellas su cabeza. Antes de que ello fuera cierto, la mujer miraba cómo entre los dedos del marinero brillaba el cigarrillo: un cigarrillo de metal, envenenado con venenos de luna, brillante de muerte. Los dedos de ella (y sí que resultaba extraordinario que dos manos estuviesen unidas a elementos minerales y significaran a un tiempo mismo, aunque de manera distinta, el lento desmoronamiento de lo que fue hecho para que resistiese el paso del tiempo), los dedos de ella repiquetearon sobre el muro: "No, no, no".

Fue entonces cuando él propuso matrimonio, cuando la comparó a una virgen flamenca, cuando dijo: "Te llevaré a la casa de un amigo que colecciona antigüedades; él diría que eres igual a una virgen flamenca; pero no es posible, porque ese amigo soy yo y hemos

peleado por una mujer que vive en esta casa y que... eres tú".

El gesto dcl marinero con el cnvenenado metal del cigarrillo —o del puñal— era tan lento como si estuviese hecho de humo. Lento, alzaba su llama, su cigarrillo, su puñal, cl enlunado humo encendido de la muerte. Ella movía los dedos sobre el muro; tamborileaba palabras: "No, no, cuidado, aquí, aquí, adiós, adiós, adiós". El hombrc dijo: "Tc quiero más que a mi vida. Pareces una virgen flamenca. Bull Shit".

Ya el marinero bajaba su llama. Ella lo vio. Gritó. La noche se cortó de rclámpagos, de fogonazos. (Tiros o estrellas). El de sombrerito ladeado lanzaba chispazos con su revólver. Alguien saltó hacia la noche. Hubo gritos. Una mujer corrió hasta la que se apoyaba en el muro; chilló: "¡Naciste hoy!" El hombre repetía: "Bull Shit, virgen, te quiero".

La mano de ella resbaló a lo largo del muro; su cuerpo se desprendió; sus dedos rozaron las antiguas piedras hasta caer en el pozo de su sangre; allí, junto al muro, en la sangre quc comcnzaba a enfriarse, dijeron una vez más sus dedos: "Aquí, aquí, cuidado, no, no, adiós, adiós, adiós". Un inútil tamborileo que desfallccía sobre las palabras del hombre: "Te quicro más que a mi vida, Bull Shit, virgen". El del sombrero ladeado afirmó: "Está muerta".

Más tarde el de los discursos comentaba: "Esta es una historia que se enrolla sobre sí misma como una serpiente que se muerde la cola. Falta saber si fueron dos los marineros". El del sombrerito se opuso: "Hay dos gorras en la cama del Bull Shit". "En el espejo", rectificó cl de los discursos; "la vida de ella puede pescarse en ese espejo. O su muerte".

Voces de miedo y de pasión alzaban su llama hacia las estrellas. La mano de la mujer estaba quieta junto al muro, sobre el pozo dc su sangre.

París, 1951.

ANTONIO MARQUEZ SALA

Antonio Márquez Salas *nació en Chiguará, en* 1919, *y llegó a la literatura ganando en 1947 el concurso de "El Nacional". Ese mismo año publicó* El hombre y su verde caballo, *donde las influencias de Faulkner se imbrican a un notorio lirismo imaginativo. Dos libros de cuentos* —Los hombres viajan de noche, 1956, y Cuentos, 1965— *completan su producción.*

¡COMO DIOS!

Tal vez sucede una vez y termina. Quizás el acaecer no es único; sino que, como las ondulaciones del agua cuando se ha hundido la piedra, avanza, se extiende.

W. Faulkner.

Sobre la tierra apareció una mano verde y con sus dedos estirados e innumerables empezó a tejer una líquida alfombra de humo. En el comienzo fue el humo, fueron ojos huyendo como pájaros y sonidos metálicos traídos por el viento. Fue todo lo que se deposita sobre el río, espeso de cochinos y perros ahogados. En el principio fue el campo sembrado de maíz, con sus flores de rabioso plumaje y su amarilla barba flotando despeinada como una nube de ebrias langostas.

Autilo contemplaba la noche que nacía con ojos fijos, más abiertos a medida que la sombra tocaba las estrellas; entretanto debajo de sus pies, o de su pie, o mejor aún de sus dedos, o del único dedo que dejaba huella, la arena, como agua invisible, se iba filtrando, pálida, fina y pálida, como si estuviera tenuemente empapada de sangre.

Sentado solo en el patio, apoyando su cuerpo contra el muro, esperaba que viniera a dar por él los pasos que se le negaban; entretanto se complacía en aspirar el extraño perfume que traía el aire y en comprobar bajo sus piernas el suave escozor de la arena. Desde el fondo del campo, como si atravesara un cuerno, parecía llegarle la voz de Lura Magina, turbia, mezclada con hojas y polvo. La luz y la sombra se mezclaban como una muchedumbre agitada y el aire se tiznaba de sordos ruidos intensos. Autilo desmigajaba entre sus dedos la lívida pulpa de un tallo.

Lura Magina era la equidistante entre Lesubia y su vida. Porque Lesubia, su madre, de no estar muerta ya, pronto habría de morir, y todos, hasta el último de los

seres en la casa de Alceo Jico, deberían pensar en cada uno de los detalles de su muerte, porque el fin de aquella mujer, era como si de repente algo en la familia se rompiera y todos aparecieran desnudos, mostrando por sus cuerpos la medida exacta de sus limitaciones. El pensaba que no era más un hijo de Lesubia, no la volvería a ver. Una madre no es una madre porque conciba al hijo y lo alumbre, si en verdad lo es, ha de concebirlo y alumbrarlo aún después de su muerte y las virtudes o larvas del hijo, serán simples larvas de su ceniza. Por eso si Lesubia muere, la misma que lo concibió y alumbró deforme, él morirá un poco más, se acercará, semejante a la hoja que tiembla suspendida en el aire antes de caer, al desenlace inevitable. Su madre le repitió muchas veces, sin fatiga, como si con eso justifieara su vida: "Te levantarás, no volverás a arrodillarte ni te arrastrarás como ahora lo haces. Nadie más te mirará dormir sobre tus propios orines, sobre tu baba y sobre los sudores que te pudren y entonces te irás y si alguna vez regresas a esta casa buscarás mi recuerdo y lo encontrarás como el de la mujer que te besó por la primera vez sobre la frente. Y cuando el odio te suba por la garganta, te arañe los ojos y sacuda tu pobre cabeza de loco, buscarás mi recuerdo y lo hallarás como el de la mujer que te besó por la primera vez sobre la frente". Autilo piensa que esto se lo dijo o se lo habría dicho o que en este momento lo estaría escuchando de aquellos labios desaparecidos. Pero sea lo que fuere, encontrándose condenado a la inocencia, deseó que el polvo, la ceniza de su madre lo cubriesen como el agua al pez, así por lo menos estaría a salvo de otro semen, de otro vientre y ningún otro parto de mujer lo expondría a la luz como lo que era, una apretada nube oscura, una pequeña y sucia rata que estuviese mudando el pelo.

Caima escupe furiosa cada vez que escucha las locuras de Alceo Jico y expresa en alta voz: "¡Borracho, borracho!" pero recapacita y piensa para sí: "Lesubia no se ha marchado con ningún guardia rubio. Una mujer que tiene tantos años viviendo para su hombre no se

marcha sólo por marcharse. No es fácil irse un día u otro y dejar todo aquello que por nuestros esfuerzos gravita en torno a lo que somos. Porque todo lo que nos rodea es quizás nuestro único, nuestro verdadero placer; y así lo que queremos ser o dejar de ser comienza por la palabra con que nombramos nuestras cosas, y es esto lo que nos halaga más adentro. Por algo han sido los mejores días de una vida, unos tras otro, contados como latigazos, comunicándole a los cacharros y a los muebles, a las paredes y a los pisos, a los árboles y a los animales, a la gente que ha muerto y a la que aún vive, la forma de estos ojos, que es algo más que una simple mirada; en realidad es la mirada de nuestro corazón. Son los deseos y los miedos, chorreando como lodo desde la tibieza de la piel y de los sentidos, llenando de emoción las cosas que terminan por ser ellas mismas el eco y el espejo de nuestra vida. Por eso ella, Lesubia, no se ha marchado con ningún guardia rubio como pregona ese cochino de Alceo Jico. Estoy segura. Pero ¿es que podemos hallarnos seguras de algo? De haberse ido... bueno, de haberse ido es algo que le estaba sucediendo desde que nació. En todo caso lo ha querido. Sencillamente ha hecho su voluntad y una mujer llama a muchas cosas hacer su voluntad. ¿Y si efectivamente ha muerto?

Acaso no la escuchó esa tarde suspirar hondamente y con los ojos acuosos y amarillos decirle: "Tráeme a Antino, pásame el pequeño al Huevito —el niño no tenía pelo ni siquiera sobre las cejas, por eso lo llamaban el Huevito—. Antino el Huevito —quiero mirarle su carita redonda y triste". Y yo misma llevé al niño a su cama y vi cuando los labios hinchados y secos de Lesubia besaban su cabecita monda. También es posible que Lesubia estuviese en el pueblo, o más allá, en la ciudad, o mucho más allá, porque nadie sabe, nadie, ni la propia madre, adónde pueden llevar los pies a una mujer".

Su madre ha de morir y entonces él mismo deberá disponerse a morir. Ya no será más un hijo de Alceo

Jico, no lo volverá a ser. Aquí recomenzaba aquello de "un padre no es un padre porque engendra al hijo una vez, si en verdad lo es, ha de engendrarlo aún hasta después de su muerte. Y cada una de las virtudes o vicios del hijo serán simples engendros de su ceniza". Por eso si Lesubia muere él estará un poco más muerto. Lo que Lesubia le dejó dicho, lo que le repitió sin fatiga, él a su vez se lo repitió a sí mismo incesantemente hasta deformarlo en las palabras y en lo que éstas querían significar. Se preguntaba: "¿Son las mismas o las he cambiado ya? Porque Lesubia siendo su madre a quien él pensaba como "la mujer del cabello negro y brillante", le dijo o le habría dicho... y aquí de nuevo volvía a enredarse la negra malla de sus sueños: "No estarás más acostado, ni arrodillado, ni te arrastrarás más sobre el suelo. Alceo Jico, tu padre no podrá verte sentado como ahora lo haces, sobre tus propios orines, sobre tu baba y sobre las aguas que te pudren". El piensa que se lo dijo o se lo habría dicho.

Eso fue cuando Alceo Jico aquella tarde llegó a la casa con un torete negro. Autilo pudo escuchar las voces de los vecinos que se acercaron a proponerle algún negocio. Alceo Jico sólo decía: "No es para la venta", y movía los ojos como diciendo: "Algún día no será para la venta pero ahora, en este momento, lo es, sí, lo es. Ahora más que nunca lo es. Ahora que precisamente no es nada, este torete es para la venta, ahora en que no sé si realmente es mío, este torete se vende, sólo que cuando me lo preguntan y quiero decir que es para la venta, digo lo contrario, digo que no es para la venta, pero si la gente comprendiera no habría problemas, porque entonces dirían: "Bueno, lo tomamos, es nuestro". Sin embargo, no hubo uno que lo dijera, que dijera simplemente: "Lo tomo, es mío". No hubo uno que se acercara y alzara su dedo para decir: "Ese toro es mío, lo compro, Alceo Jico". Pero ninguno entiende, todos han pensado que mis palabras, dicen lo que en verdad quisiera yo que se supiera y que este torete no es para

la venta, como lo tengo dicho, no es la verdad de lo que yo pienso".

El no pensó que algún día no sería para la venta, como aquel día lo pensaba, porque entonces no sabía, como lo sabe ahora, que una mujer enterrada en una simple caja negra, en una caja que él mismo pudo haber hecho y pintado, pudiera en esta hora de ahora ser un toro, que una familia, no fuera más que eso, un toro y que él mismo se viera un día mirando por los redondos ojos de furia de un toro negro.

Ese día él llegó tan tranquilo, amarró el torete en el algarrobo, le dió de beber y le cortó pasto verde y cuando alguien vino a preguntarle si el torete era para vender, sólo respondió: "Nada de eso, este torete no es para la venta".

Y Caima, la abuela decía: "Ese torete no es un torete sino una caja negra, una larga y fea caja negra, simplemente una caja para enterrar a Lesubia". La abuela decía: Alceo Jico siempre ha tenido la lengua fácil y cuando él dijo que no volvería sin nada, ya sabía que no volvería sin nada, ya sabía que iba a traer la caja de Lesubia, sabía perfectamente que Lesubia iba a tener su caja".

Desde entonces ha transcurrido bastante tiempo, un tiempo largo como un río que no termina de pasar, un tiempo tan extenso y sin medida como el aire. Tiempo que apenas es un segundo, un breve aletazo, un golpe, algo que pasa, cruza, nos humedece por dentro brevemente y luego nos ciega con cien veranos juntos, con cien veranos echados sobre nuestras espaldas, hasta reducirnos a un pedazo de tierra rojiza veteada. Sólo un pedazo de tierra...

Lesubia ya no existía, o mejor dicho, Lesubia pasaba a ser un negro toro que rondaba los campos y por las noches bramaba largamente, arrancando tierra y hierba con sus pezuñas, eso era Lesubia, un negro toro rojo. Rojo en la noche como una estrella cien veces lejos y otras tantas cerca. Un toro rojo bramando y buscando en el suelo un amargo manantial de furia, de venganza.

Un toro de brea y sangre, donde una mujer encerró la honra de una familia, porque ella, Lesubia toro-mujer para siempre, yacía en su propio ataúd, atada así a todos los sucesivos días de los suyos.

Cuando Lesubia, aquel día se tornó más y más pálida, como nunca lo estuvo antes, se estiró sobre el lecho y dijo casi en un grito: "No quiero morir", y todos habían dicho que murió, llegó Fulvio Dínaro, con sus saltos cortos de pájaro y una gran caja negra sobre la cabeza y le había dicho a Alceo Jico, que movía la nuca y saltaba, como si tuviera hipo, alrededor de su mujer-cadáver, mujer-quizás-todavía, y le había dicho poniendo la caja en el corredor, poniéndola en medio del aire como si la caja estuviera hecha de humo negro, colocándola allí entre la gente asombrada, que se preguntaba quién iba a ser puesto allí y enterrado, a pesar de saber que la única que ocuparía esa caja era precisamente Lesubia, y había hablado al oído de Alceo Jico, como si se tratara de un secreto, de un torete, de un toro negro que la gente conocía o decía que conocía; Fulvio Dínaro, con los ojos muy abiertos como si siempre estuviese deslumbrado por algo, hablaba como un secreto, lentamente, como para convencerse a sí mismo de algo de lo cual él mismo no se hallara todavía plenamente convencido. Alceo Jico se había detenido un momento mirándolo de arriba abajo, sin decir nada, y luego había seguido con su hijo, como un repugnante sapo, hipando alrededor de aquel extraño cadáver-mujer, que le había tocado en suerte en el gran reparto de carroña divina.

Alceo Jico comenzó a hacerse estas o parecidos reflexiones: "Es ahora cuando la gente quiere saber lo que aquel toro significaba. Fulvio Dínaro dijo algo relativo al toro, se refirió a su lustroso pelo negro y habló de algún negocio que él había realizado y aunque no me lo dijo, yo pensé que seguramente el negocio tenía que ver conmigo desde luego que yo era el único que en los alrededores poseía un torete de esa edad y ese color y una mujer-cadáver, que era y no era Lesubia, pues es

la única forma de ser y no ser en este mundo, así como para ser puesta, como para ser colocada en aquella caja negra de madera forrada por el más negro betún.

Alceo Jico pensaba que Fulvio Dínaro le había dicho o sugerido algo así como esto: "Aunque nadie sepa realmente de donde salió ese torete y a muchos no les importe, ese torete debería estar encerrado en mi corral, debería comer mi pasto y beber mi agua, y yo podría ahora decir acerca de él algunas palabras que aunque se me ocurren no las sabría decir con propiedad, porque si no, últimamente, usted Alceo Jico, no podría responder una sola de mis preguntas, usted no podría responder si su mujer fue enterrada o no en propia caja. Es casi seguro que usted no podría contestar esto. Por eso digo que algunas palabras podría yo pronunciar sobre ese toro". Alceo Jico pensaba que entonces él miró a Fulvio Dínaro como quien mira desde lejos, a distancia una cosa que no distingue bien, si es un caballo, un árbol o simplemente un golpe de sombra. Y sólo al cabo de un rato fue que contestó: "Yo no soy quién para decir la última palabra acerca de ese torete, aunque en verdad por lo que a mi respecta yo pienso que nunca he comenzado a hacer un trato con usted sobr las palabras que en ciertos casos un hombre puede pronunciar sobre un animal como éste o como cualquier otro, y eso a pesar de que tuve que hacerme cargo de algo que debía ser enterrado en una caja, sepultado para siempre dentro de algo puesto allí por el corazón de los suyos".

Pero aquel día Fulvio Dínaro, vagaba por otros pensamientos. Recordaba que se había acercado hasta la casa y le había dicho a la abuela Caima: "Oiga, yo creía que Alceo Jico había traído el torete para la venta y me hubiera gustado trocárselo por algo, no importa qué". Caima soplando siempre la débil llama del fogón le había respondido: "No entiendo a Alceo Jico, porque antes de irse y traer ese torete, me dijo: 'No estaré de vuelta sin traer nada y espero que Lesubia no haya muerto aún, porque entonces con qué o dónde la en-

tierro? He de traer algo para cambiarlo por un cajón para Lesubia'. Y así fue aunque no sé cómo ni con qué dinero compró ese torete. Quizás se lo dieron fiado, sabe, porque Alceo Jico es hombre de recursos. Puede ser porque Alceo Jico, se lo digo yo, es sabio por la lengua. Y si no ¿cómo se imagina usted que él pudiera en un momento dado tener entre sus manos una muerta, una caja y un toro, tres cosas que nadie más que él en aquel instante pudiese reclamar como suyas?" Fulvio Dínaro la miraba y remiraba desde sus ojos oscuros, desde su rostro lampiño, y desde su incredulidad. A un hombre como Fulvio Dínaro es difícil enterrarlo con un pensamiento semejante. Un hombre que sólo es dueño de una mina de arena abandonada —pensaba Fulvio Dínaro— de pronto y en vistas de que su mujer se muere, sale de su casa, de su tierra, toma el camino y cuando regresa, muy satisfecho trae amarrado a un corto ronzal un torete negro, negro y reluciente como sangre asoleada. Para un hombre como Fulvio Dínaro, estas cosas no tienen más que una respuesta. Alceo Jico no compró ese torete negro, no pudo haberlo comprado, sencillamente lo sustrajo a un vecino, lo sustrajo por no decir llanamente que lo había robado. Porque quizás si Alceo Jico, se hubiera parado en medio del patio de su casa y hubiera gritado, haciendo bocina con las manos, a los cuatro vientos y a todos los circundantes: "He robado un torete, vengan a verlo, lo he robado", nadie, nadie, es seguro que nadie, iba a creerle a Alceo Jico que él había robado el torete. En todo caso la gente se habría dicho: "Este Alceo Jico siempre con sus cosas, para comprar ese torete ha vendido hasta los dijes de los muchachos y ahora sale a gritar que ha robado ese torete... vaya con Alceo Jico".

Era esto lo que Alceo Jico había inventado acerca de su madre —pensaba Autilo— para decir que había muerto, pero nadie, ni él, ni su abuela Caima, ni nadie, podría decir si ella había muerto. Autilo entre tanto se quemaba los ojos mirando hacia afuera, donde la oscuridad se adueñaba de todo.

Desde la cocina le llegaban los olores de las mazorcas tiernas del maíz. Escuchaba el chisporroteo de la leña verde y la columna de humo pegajoso que parecía un brazo sobre el techo. Miraba las brasas relampaguear entre las topias de piedra. De pronto Caima, la abuela, daba un suspiro, se pasaba su vieja mano negra por el pelo y preguntaba algo, preguntaba algo al aire, inquiría nostálgica algo de un ser que no aparecía por ninguna parte, y que sin embargo, se encontraba presente. Aquí se enlazaba para ella toda una espesa conversación familiar donde sobresalían los detalles por los cuales podría reconocerse la fisonomía de todas las personas que de una u otra manera influyeron en la vida de la abuela. Ella lo iba diciendo todo lentamente, entre gruesos resoplidos al fuego, como si temiera que de pronto ya no tuviera nada más que decir.

Autilo desde su catre escuchaba pacientemente todas estas cosas que hablaba la abuela, las vueltas que daba en torno a ellas y cómo al cabo volvía a recomenzar exactamente con las mismas palabras e iguales personajes.

Recordaba ahora, no sabía por qué extraña asociación de ideas, las cosas que una vez dijera Lura Magina acerca del mundo, del mundo que ella siempre se estaba imaginando y donde sobre todo encontraba olores y sabores, que a él le parecía luego de aquella conversación, que nunca más iba a poder apreciar y que sin embargo, de vez en cuando, se le aparecían en los motivos más sencillos e inesperados. Y nada, absolutamente nada tenía que ver todo esto con su madre, con Lesubia, la cual había subido o bajado, y según decían estaba muerta, y la abuela Caima repetía que muerta o no, los pasos de la otra, de lo inevitable, jamás le podrían dar alcance porque Lesubia era eso, el aire, pero eso si en el caso de muerte real, de lo cual según la abuela, era muy posible estar casi segura, ninguno de los vecinos, amigos o enemigos, podrían venir y decirle: "Hay alguien que habla de que la enterraron así, de noche, borrando la luna con un trapo negro, para que nadie pudiera enterarse de su entierro fuera de una caja, lan-

zada al hueco como un envoltorio de trapos viejos". Porque si todo puede ser o no cierto, en el caso de Lesubia, Alceo Jico había previsto aquel torete negro, aquel negro-torete-caja, el cual salvaba a la familia de ser vista como se mira a los desechos, pues nadie, nadie, durante esa noche, y durante las siguientes noches en el mundo, nadie podía dejar de oir bramar a aquella negra caja hirviente, que rompía la tierra con su furia de cuernos y grababa su presencia para siempre en la garganta, en los ojos y en la angustia de todos, a fin de publicar que Lesubia yacía bajo las estrellas, bajo la tierra en su propia caja y de esta manera nada había deshonrado a la familia de los Jico. Por eso, esto que Autilo recordaba nada tenía que ver con Lesubia, su madre y sí con Lura Magina quien era algo nuevo y diferente, quien era para él lo más extraño entre lo simple y sencillo de su vida.

En los días de Lura, aquella tarde de suave luz crepuscular, campo amarillo y chispas verdi-negras en la vieja cocina. Lura Magina sentada en aquel pequeño taburete iba comentando mientras con un peine de madera escarbaba su pelo sucio, algo referente a los campos recién brotados, a los campos donde los frijoles crecían parecidos a culebras y donde los frijoles llovían empapando de savia el lomo peludo de las vacas rojas, las cuales no eran propiamente vacas sino becerras que pasaban por allí bramando y sacudiendo alegremente los cuernos todavía no desarrollados. Ella decía que podían vérseles a todas los rabos levantados, y las ubres todavía sin leche y entonces empezó a oler a boñiga, como si los frijoles se hubieran todos convertido en boñiga fresca. Esto lo decía así, sentada y con su voz sentada casi a sus pies, pasando el peine una y otra vez y oyendo caer sobre su falda, lo que parecían ser finos granos de arroz, sin levantar los ojos, sin levantar la vista, sin levantar nada que realmente ella pudiera levantar. Y luego contó que lo que ella nunca iba a olvidar fácilmente era aquel solar que estaba detrás de la casa de Fulvio Dínaro, donde parecía estar lloviendo

todo el año y donde crecían como salvajes muñones los apios más negros y amarillos jamás vistos por ella. Y que ella observó eomo aquella manada de cochinos se internó en el solar y comenzó a escarbar allí hasta que todos aquellos muñones fueron volteados sobre la tierra todavía llenos de sangre, todavía cubiertos de tierra agria y olorosa. Y fue entonees cuando escuchó a Fulvio Dínaro deeir que todas las mujcres olían a apio recién arrancado, y a ella le parcció que quizás era verdad porque aquellos apios, arrancados por los cochinos, despedían un violento olor que quemaba como brasa. Y continuó dicicndo Lura Magina que a ella le parecía que nunca iba a comprender ciertas palabras, pero que francamente algunas veces le daban ganas de ir a ese eampo de apio y orinar. Autilo en aquellos días encontraba bastante raro cl modo de pensar de Lura Magina, porque clla siempre parecía estar dando traspiés con las cosas que lc eran propias, ya que nunca estas cosas concordaban con las que hacía, las cuales generalmente eran bien distintas y puesto que a él por ahora lo tenían sin cuidado, ella con algún oculto propósito o con ninguno quería aparecer dándoles importancia y trayéndolas a euento cuando menos Autilo se lo imaginaba, aunque él las dejaba pasar y las escuchaba como si estuviera oyendo narrar cosas distintas. Pero si Lura Magina insistía él se daba cuenta de que poeo a poco iba cogicndo el sentido de todo aquello y se iba formando su propia imagen, una imagen de lo que sucedía, probablemente diferente a lo sentido por ella, por Lura Magina, o no tan diferente, pero en fin, de todas maneras particular. Lura Magina insistía frecuentemente en aquellas faenas conocidas por ella cuando era mucho más niña. Decía recordar las tablas con ruedas de madera que los muchachos fabricaban poniendo en cada una de ellas una vela y todas aquellas velas caminando en la oscuridad le daban tristeza y le parecían ser los movimientos misteriosos de las personas dentro de sus casas, que no se atrevían a salir en la noche, porque los que parecían hallarse libres de miedo, lanzaban lar-

gos, prolongados silbidos más allá de los barbechos, o por entre las angostas calles de la aldea, oyéndose estos silbidos más libres que todos los que pudieran escucharse por labios de ninguno en cualquier otra hora y eran como si alguien se quedara silbando y escuchándose a sí mismo este silbido. Lo mismo dijo de aquellos que trabajaban cosiendo sacos de café, con largas agujas parecidas a dientes, en medio del tibio olor del café. Ella entraba y miraba la curtiembre y se iba por entre las tapias en ruinas y veía por entre algunas tablas el reservado de los hombres y se encuclillaba a mirar la corriente de agua donde todo se confundía con el color de la sangre. Y esto lo narraba Lura Magina, para ella misma, como si con ello tratara de estimularse un secreto conocimiento, algún misterio de su cuerpo que aún no había logrado develar.

Entretanto Autilo se envolvía lentamente en una malla de sueño y como si saliera de un túnel iban apareciendo ante él nuevas cosas y otros inesperados sucesos, donde no brillaba por ningún sitio la luz despedida por la sucia y hedionda cabellera de Lura Magina, y donde Lura con sus cejas altas y pobladas y la boca siempre temblorosa como un farol acabado de apagar, sumergíase en los lugares más empapados de sombra y desde los cuales sólo salía a tomar el aire, como un animal solitario y salvaje. Para Autilo, cada vez que salía de ese túnel, era como si renaciera y entonces se miraba a sí mismo lleno de claridad, como el sol, bañando de luz y calor todos los objetos que lo rodeaban.

Nadie muere cuando debe morir. Todos dejan algo inconcluso detrás de sí, y algunos mueren sin siquiera haber comenzado nada. Autilo pensaba en esto o en algo semejante; porque él dentro de sí oía el rumor de algo que lentamente se diluía, se desataba. Pero ahora en que ya apenas se movía, en que todo se le aparecía horizontal como su propio cuerpo, sólo sentía dentro de sí aquellos recuerdos donde Lura Magina, echada sobre un petate dejaba ver su pierna hasta el pubis.

Pero era que a él ya no le importaba porque había

iniciado el desprendimiento de todo aquello que de alguna manera hubiera podido interesarle, retenerle. Si Lesubia su madre había muerto, si todo lo que lo rodeaba iba a desaparecer nada significaba que él mismo, que apenas había tenido tiempo de hacerse presente entre los suyos, huyera, se perdiera para siempre bajo un poco de tierra lanzada como al azar sobre un hueco abierto quizás por accidente. Lamentablemente todo era así. Esta era la verdad de lo que lo esperaba y aún más él no podría preguntarse ni nadie, ni siquiera su abuela Caima, si él, Autilo, el hijo mayor de Alceo Jico, iba a tener su caja negra, su barnizada caja en la misma forma en que su padre pregonaba el entierro que se había dado a Lesubia, su madre; pues quien la vio morir dijo luego que aquella mujer había recibido sepultura en su propia caja, siendo la caja llevada a un hueco vacío con su cuerpo, y que el hombre dueño de ese cadáver podía hallarse seguro de que la que había sido, se sentiría en medio de la tierra dueña de su propia ceniza.

Esto lo pensaba Autilo en los últimos días, cuando ya los ojos no veían por sí mismos sino con mucho esfuerzo. Si Alceo Jico se hubiera presentado con un toro negro como en el caso de Lesubia, si hubiera traído amarrado a un corto ronzal otro animal como aquel, de brillante y lustroso pelambre, es muy posible que los vecinos se hubieran levantado de sus camas y lo hubieran rodeado nuevamente preguntando algo que no les importaba y meditando fantásticos proyectos acerca de un animal que jamás podrían tener como realmente propio y que nadie ni el mismo Alceo Jico se iba a atrever a utilizar más que como enviado de los poderes que se ocultan en la noche y que aquel toro-mujer representaba con la fuerza tremenda de su presencia. Pero si Autilo moría, su cuerpo después de amortajado en las sábanas que su madre había reservado desde tanto tiempo, para el caso, sería enviado a la tierra sin otra ceremonia.

Esto era en la última noche de Autilo, casi al alba,

cuando la muerte como un gavilán de hielo voló sobre su frente. La sombra de Alceo Jico se proyectaba siniestra contra los muros. En medio de su agitación se le veía caminar encuclillado o dando pequeños saltos. De vez en cuando gemía y recogido sobre sí mismo, se volvía un ovillo en el suelo.

La luna como fruto de cristal caía desdc lo alto del bucare celeste y así cl patio parccía todo enharinado. Un gallo amarrado a un horcón sacudió las alas y comenzó a lanzar sonoros clarinazos. Alceo Jico se incorporó de un salto, corrió hasta el gallo y lo tomó entre sus manos, acariciando la cabeza dcl animal con amoroso abandono. El gallo tenía la cabeza roja y desnuda y como una anguila buscaba alterado una salida entre los dedos roñosos de Alceo Jico.

Entonces se asomó la abuela Caima, a la puerta del cuarto de Autilo y dijo lentamente, con un sonido de boca sufrida y maternal, permanecicndo tranquila con las manos secas sobre el pecho: "Ha mucrto". No fue sino eso, pero bastó para que Alceo Jico, sintiera en torno suyo un vacío, y lentamente hiciera presión sobre la rojiza cabeza dcl gallo que con un breve alarido estalló entre sus dedos cubriéndole la mano de sangre fresca. Alceo Jico pensó entonccs y dijo en voz alta: "No se murió todavía". Pero ya el aire sonaba con sus miles de pájaros y el sol desde el Este parecía un tierno hongo silvestre.

GUSTAVO DIAZ SOLIS

Gustavo Díaz Solís *nació en Güiria en* 1920. *Su primer cuento se titula "Llueve sobre el mar", concursó triunfante en un concurso organizado por la revista "Fantoches" en 1943. Ha publicado en libro siete títulos del género breve:* Marejada (1941), Llueve sobre el mar (1942), La efigie (1948), Cuento de dos tiempos (1950), Detrás del muro está el campo (1951), Cinco cuentos (1963).

La habitación estaría a oscuras si no fuera por esas verdes cuchillas de luz que agita el viento nocturno. Haee calor. El calor vive en la sombra como presencia metálica y humana. David reposa en la cama dcsnudo, febril. Quisiera dormir, pero está seco de sueño. En sus sienes golpea la imagen de aquel hombre repulsivo. La almohada sofoca. Bruscamente, la tira al suelo. Se oye un sonido aplastado y, después, la almohada brota, blanca, en la sombra baja. Ahora de costado toma un cigarrillo. La luz de la cerilla hace oscurísima la habitación. Pasa suavemente el humo sobre la brasa que late viva y roja en el humo. Caen como súbitas cortinas las paredes amarillas y las eosas emergen lentamente en la sombra, como si miraran.

El cuerpo destaca, casi negro, sobre la cama, y en el silencio parecen abolidas las cosas de afuera.

Ahora él recuerda. Recuerda que cuando llcgó a este campamento petrolero, pensó que su estada no dejaría huella. Sería libre, verdaderamente libre, porque no dejaría huella. Sin embargo, la experiencia de aquellos meses recurre en golpetazos a las sienes. Encuentra difícil detener las imágenes que pasan resbalando, superponiéndose, revocándose, multiplicándose en la fuga infinita de cierta estructura absurda de pulpa entre espejos.

Ahora recuerda. Era la media tarde de un día de marzo y por la ancha vcntana él se había asomado al nuevo paisaje. Afuera, la luz, toda la luz en el caliente día de verano. Y en la luz, bajo el cielo exaltado, las casitas rojas, verdes, blancas. Y una calle-carretera entrelazando las casitas; y una muralla obscura de selva, allá en la lejanía zarca. Sùs ojos abiertos a la luz coruscante y, en lo hondo, vagas, imprecisas sensaciones. Pero más adentro, en el secreto de la sangre, los impulsos tcndían, seguros, sus arcos innumerables.

Apartándose de la ventana, había entrado al dormitorio. Se quitó los zapatos y la camisa blanda de sudor. Terminó de desnudarse y se metió, tibio elástico bajo la ducha. Abrió el grifo y el agua de transparencia plomiza salió violenta, grucsa de frescura. Saltó el agua en la cabeza y los hombros; le azotó las espaldas que brillaron con luz de cobre. El pelo vino sobre la frente. Los músculos del abdomen levantaban suaves colinitas de cobre y sombra. Y el agua fresca que lo cubría todo, abajo, sobre los pies amarillos, caía ruidosamente.

Después vistió de limpio y salió. Caminó hacia el Este, hacia el Club de los empleados. La casa del Club —amplia, verde y blanca— estaba desierta durante aquella hora. Sólo detrás del bar, un mozo de scrvicio leía en un diario, completamente desprevenido de su oficio. Él se proveyó de un magazine grande y brillante que estaba sobre una mesa de mimbre y fue a sentarsc a un corredor abierto al aire. Llegaba desde el Oeste un vago trepidar de maquinarias. A poco descansó en las piernas lo que leía y miró al frente, lejos, las casitas alineadas de los obreros. Más acá, contrastaban las casas de los empleados. A su derecha pendía hacia el Sur un pedazo de carretera polvorienta, por el que a ratos pasaba algún camión ruidoso; algún oscuro, silencioso caminante. Aquí, en un plano inferior, la piscina verde, pulida y honda de nubes altas. Detrás de la piscina, una alargada caseta de madera —la cancha de bowling—. A su izquierda, al fondo de una hondonada pequeña alinderada por grandes árboles, dos canchas de tennis. Y rodeándolo todo bajo un sol de fuego, los verdes courts de golf, esponjosos, ondulantes.

Quieto frente al paisaje, se había sentido solo, separado, concreto en el aire. Allí terminaban veinticinco años urgentes: la Universidad, los amigos, los libros, alguna mujer, los viajes. Y él constataba que cada experiencia de aquellos años se manifestaba en la manera como estaba allí, aparentemente quieto frente al paisaje. Él era lo que había sido.

De pronto, por una puertecilla lateral asomó el

mozo del servicio. Él percibió agudamente la presencia extraña del muchacho que sonreía. Le ordenó un refresco y a poco el muchacho volvió con una bandejita sobre la que tintineaba un vaso pesado, alto y frígido.

Entonces por allí cruzó un lagarto verde y oro. Vibraba, como untado de colibrí. Inquieto, el lagarto se detuvo sobre el piso blanco que espejeaba de sol. De ninguna parte apareció, suave, un gato negro, lustroso. El gato miró al lagarto verde y oro bajo el sol. Agudo de sigilo, el gato comenzó a encogerse, encogerse. Así debió estar suceptible a las más sutiles impresiones, porque volvió la cabeza hacia arriba, donde él estaba, y lo miró con el fuego frío de dos almendras de azufre. Luego volvió a concentrarse sobre el lagarto que vibraba desapercibido en el sol. Así estuvo el gato durante varios segundos, tenso, vigilante. De pronto estaba sobre el lagarto. Se le vio ondular, negrísimo, redondo de brillos y de eléctrica armonía. Debajo la cabeza asomó la cola del lagarto, agotada, como la punta de un látigo. La cola del gato ondulaba elásticamente, viva de una certeza escondida en lo secreto de la sangre.

En el silencio sonó, agudísima, una sirena. El gato huyó, ágil. Llevaba el lagarto atravesado, convulso, en la boca delicada.

Todavía la sirena gemía hondamente cuando él se puso de pie, conmovido. El aire comenzó a llenarse de un ruido numeroso. El ruido despertaba, crecía en la luz, se desplazaba sobre las cosas, como derramándose. Después, un gran silencio se hizo en la fuga del eco clamoroso que se perdía más allá de las últimas casas.

Llegaba gente al Club. Adentro la casa sonó música estridente. Sobre los courts aparecieron pequeños grupos. Algunas parejas bajaban en silencio hacia las canchas.

Él se había sentido casi molesto ante todo aquel movimiento inesperado. Por la puertecilla lateral salieron animadamente una mujer y un hombre. Ella, de pelo rojizo recogido y oscuros ojos grises. El hombre, rubicundo, pesado. Le saludaron con breves inclinacio-

nes de cabeza y en una mesa verde y ancha comenzaron a jugar al ping-pong. Él, desde su asiento, aparte, miraba cómo la pelotica blanca saltaba nerviosamente del hombre a la mujer, de la mujer al hombre. Inesperadamente, desde la caseta del bowling llegó un estrépito formidable. El se sintió como electrizado. Sudó rápidamente. Aún tenía el vaso helado en la mano. Succionó entonces con fuerza y produjo un ruido indiscreto. La pelotica cayó al suelo en ese momento, brincando. La mujer —de pronto sola, única— sonrió con benevolencia. Él vió extraviadamente las grandes nalgas del hombre agachado, y se encaminó a la cancha del bowling.

Allí había alguna gente que jugaba y al cabo de las pistas pulidas, dos muchachos borrosos. Miró tan ávidamente el juego, que le invitaron a participar. Tomó tiza en los dedos y atrajo una pesada bola, negra y brillante. Juntó las cejas y miró finalmente hacia el fondo. Se irguió en equilibrio sobre la tensión de sus músculos, luego inclinó el tronco y partió, suave. La bola se fue velozmente por el brillo de la pista y al fondo explotó en los bolos que fueron aventados. Detrás, hubo un ruido sordo en el cojinete y se vió al muchacho saltar para no ser alcanzado.

Ante el elogio de los otros, sus ojos flameaban. Tenía las cejas abiertas, sonreía. Sentíase descargado, corporalmente feliz.

Aquella noche comió en el mess-hall, que era un salón-comedor muy iluminado, lleno del olor de guisos vagos y donde unos mesoneritos cetrinos servían entre comensales rubicundos. Cuando salió afuera, respiró el aire húmedo de la noche. Sentíase la presencia oscura de la selva. Las casas, las luces, las instalaciones, todo aparecía transitorio en oposición de aquel mundo vegetal que emergía de la noche. Un silencio vivo, formidable, burbujeaba entre los árboles.

Él se encontraba ligero y apto, seguro en su contenida, separada humanidad. Por eso aceptó lo que le sugiriera el compañero de mesa —uno de esos indivi-

duos anónimos, nacidos con vocación de acompañantes—. Tomaron una camioneta y por un brazo muy pendiente de la carretera, bajaron al poblado criollo, húmedo y triste en sus luces mortecinas. El vehículo trepó las jibosas callejas agrietadas que oleaban frente a la luz de los faros. Pasó umbrales foscos, hombres y mujeres hieráticos, vestidos de telas claras. Él, aparte, ignoraba al otro, oscuramente, y experimentaba una compasión violenta, un disgusto avergonzado ante aquella sordidez inexplicable pero real, aquella miseria. El automóvil dobló una esquina ruidosa que obstaculizaban agrios olores de borrachos. Por último, se detuvo bruscamente frente a una casita torcida.

La patrona les dio la bienvenida que pretendió ser malhumorada. El compañero se introdujo con soltura de parroquiano, pero él quedó a la zaga, sofrenado de cautela, de secreta voluntad de distinguirse. En el recibo penumbroso estaban varias muchachas hacinadas promiscuamente en un diván destartalado. El vio con sorpresa una vieja mecedora que allí había y tomó asiento en ella, inexplicablemente. Todavía estaba honda y tibia de contacto humano. Entonces comenzó a mecerse frente a las muchachas y a la patrona que sonaba plata entre las manos gordas. Sintió como su presencia les era impertinente, les molestaba, les desnudaba tristes vivencias sepultadas bajo costra, como llagas. Continuó meciéndose, sin embargo. Su figura destacaba totalmente extraña en la habitación un poco amorfa; y él sentíase separado de los otros, distinto, intocado por aquella sordidez. Las muchachas pintarrajeadas le miraban desde la sombra con ojos amarillos, vítreos de frustación y de vergüenza. Entre ellas y él se estableció un antagonismo que parecía revivir remotas jerarquías, remotos yugos de bota imperativa y látigo arbitrario. Él sentía todo esto, aparte, en la penumbra, y continuaba meciéndose petulantemente, con petulancia que no era, sin embargo, sino lealtad inconsciente a su linaje. Ellas lo miraban con ojos tristes de bestias vergonzantes.

De pronto él paró de mecerse y preguntó con voz pulcra, extraordinaria:

—¿Hay cerveza aquí?

Y una de las muchachas, halada de su fascinación, respondió desde la sombra:

—¿Señor?

II

Al día siguiente había ingresado al Departamento de Cartografía, cuyo jefe levantó la vista de unos mapas al sentirlo frente al escritorio y produjo un gruñido interrogativo. Él lo reconoció al instante y presentó sus credenciales. Era en efecto el mismo que había visto la noche anterior en el mess-hall y que le había producido impresión repulsiva. Allá lo había advertido por el ruido que producía cuando masticaba. Entonces le había observado con asco la boca por cuyo canto chorreaba grasa y en la que faltaba un canino; y el mirar tardo; y el movimiento flácido del cuello que abultaba el paso laborioso de los bocados. Recordaba que, por último, el otro se había retirado después de ensuciar el mantel al limpiarse la boca y las manos, y ya sobre el umbral había producido un eructo agrio y profundo que sobresaltó a los comensales.

Y él había tenido que estar de pie frente al escritorio, mientras el otro decía su plática inaugural, a la que no prestaba atención, por tenerla puesta en el recuerdo de lo que viera la noche pasada en el comedor. Y por momentos, ya insoportable la voz y el gesto y la figura toda, él había bajado los ojos hasta los zapatos puntiagudos que destacaban bajo el escritorio. Terminó por fin de hablar y entre gruñidos se echaba de nuevo sobre los mapas, cuando él se retiró, tomado de una total y concreta oposición al otro.

En aquella obligada subordinación, algo fundamental se rebelaba en él. Se exaltaba en él un sentimiento del que no podía saberse dónde terminaba lo personal y comenzaba lo colectivo. A poco fue una profunda

sensación de desagrado la que experimentaba en presencia de aquel hombre que sutilmente trataba a su vez de sojuzgarlo, de ratificar su jerarquía. Aquella aversión se diseminaba sin posible detenimiento. No era una localización racional, era la sensación total de una antipatía de sangre, una oposición inconsciente, medular, que demandaba liberación. Frente a aquel hombre grasiento, frente a aquel patán que pretendía encubrir con lentitud de gesto y de palabra la evidente condición de advenedizo, él afirmaba la vida, clara y sincera como un cuchillo.

Pasaban los días y él constataba cómo en el otro se manifestaba cada vez más la posibilidad inmanente de ser el objeto de un desahogo violento, de una suprema instancia de liberación. Sin embargo, los empleados del Departamento nada de esto percibían. Nada podían percibir de este secreto proceso. Por las mañanas, por las tardes, él se ocupaba en sus trabajos de cartografía. Pero sentía que a través de los compartimientos de la oficina, desde el escritorio del otro hasta su mesa de dibujo, estaba tendida —conectándolos— una corriente de repulsión cada vez más alta. Preimaginaba entonces tantas escenas, que el proceso le parecía fatal, determinado. En parajes absurdos, anulada toda circunstancia, él se veía frente a la figura repugnante: la cara grasienta, la camisa blanca de mangas largas, los pantalones grises, los zapatos puntiagudos —los ojos—. Sin armas, en el sitio irreal sólo las dos fuerzas contradictorias. Y él que de pronto saltaba sobre el otro, y las manos duras como garfios que volaban al cuello blanduzco y apretaban, apretaban, hasta el límite, hasta la pesada inercia de la carne.

Había huído de estas prefiguraciones mortales; había huído hacia la vida, hacia la luz, hacia los abiertos caminos del verano. Se extenuaba en los deportes. Fue de cacería con otros, varias veces. Jugaba al tennis, casi todas las tardes, hasta que comenzaba el rumoreo de los mosquitos que proliferaban en los pantanos escondidos detrás de los árboles. Pero aún en la cancha, mientras

jugaba, sentía que desde arriba el otro, en otro sitio, seguía sus movimientos, vigilaba. El regresaba entonces a la casa del Club, alegremente iluminada, y en un banquillo alto se sentaba al bar, abrigado en su grueso sweater de lana.

Seguramente la necesitaba tanto que ella estaba allí, esperándolo. El se apartaba del bar y tomaba asiento frente a la mesa de mimbre donde había revistas y periódicos. Desde allí la miraba. Mirándola, recordaba su sonrisa benévola cuando la tarde en que él había llegado, ella se entretenía al ping-pong. Separada de sus ojos por la pista de baile, ella jugaba a las cartas. El, desde la mesa, no cansaba de mirarla. Y aunque él leyera, sentía que no dejaba de estar comunicado con ella, que en realidad no estaban separados. La miraba jugar con los otros: oía su voz precisa y fuerte. Pero él a esa distancia no entendía lo que ella hablaba. Cuánta compensación recibía, sin embargo, cuando ella al salir lo miraba, siempre tan desocupado de su lectura, y sonreía.

Una tarde él había subido de la cancha. Llegó arriba cansado, duro, un poco frío, pálido. Ella estaba allí con los otros, como siempre, cejijunta frente a los naipes. Esta vez él pasó de largo. Saludó a unos conocidos, rehusó sentarse y salió. Salió al atardecer grave, en el que también había estrellas. Sintióse solo, segregado, sutil en la dimensión vasta, la sangre replegada en reductos invisibles. De pronto oyó que la puerta a su espalda había sido abierta. Oyó la voz de ella, cordial, enaltecida. Ella venía acompañada. Los otros eran una pareja que partió en un automóvil, casi sin ruidos. Ella le pasó cerca y saludó sin coquetería, con abierta amabilidad que parecía personal. El la miró caminar. Miró sus hombros anchos, casi varoniles, bajo la tela liviana; su pelo rojo, su cuello descubierto, su andar sencillo, sin voluptuosidad. Ella tomó un automóvil negro, polvoriento, y cuando él comenzaba a moverse, le hizo señas, trató de expresar que le invitaba. El se acercó y agradeció en una manera pobre y difícil que

le produjo disgusto. Ella insistió, tibiamente. El temió denunciarse y entró. Cerró con cuidado y energía la portezuela y cuando ella presionó el botón de arranque con el pie izquierdo, él le había mirado gravemente el muslo sólido, redondo bajo la falda clara, y la pierna larga y blanca, brillante como mica.

Sostuvieron un diálogo intrascendente y hasta penoso. El hablaba poco inglés y ella, según le confesó excusándose, sólo sabía del castellano lo que exigían compras elementales. El dio su nombre y ella el suyo. Ella había venido de Tulsa, Oklahoma, con su marido, quien era experto en sismógrafos. No tenía hijos. Actualmente, él estaba en Caracas, gestionando trabajo. Todo lo expresó precisamente, imitando con gracia un informe de identificación.

El automóvil corría hacia el Sur. Ya era noche. Atrás habían dejado las luces del campamento. A ambos lados de la carretera se alzaba la profunda muralla de los árboles y se oía un croar apresurado y numeroso. El miraba con vaguedad hacia el lado derecho del camino. Ella parecía atender sólo a la conducción del automóvil. Pero en la luz que difundía el tablero, en el calor monótono que exhalaba el motor, él sentía su presencia inminente, actuante sobre su piel y sus sentidos.

De pronto ella dijo, sin dejar de mirar hacia adelante:

—Usted pensará que yo trato de enamorarlo.

Él se replegó desde la médula, casi visiblemente, mientras preparaba una respuesta en inglés.

—Esa es una preocupación muy femenina —afirmó, abstractamente.

Ella sonrió sin desatender el camino. Después no había dicho más. El motor se oía ronco. El automóvil corría, tableteando un poco en la oscuridad. Pero él la percibía viva de espera, tensa y emocionante como una intriga. Ella lo percibía varonil y alerta, tendido en la sombra como un esbelto arco.

Desde un sitio ancho de la carretera, regresaron.

Regresaron al campamento donde todo se veía limpio y verde, reciente bajo la noche. Entraron por el portalón de la cerca, donde había una garita que tenía adentro un borroso vigilante. El la guió, y a poco ella detuvo el automóvil, sin apagar el motor. Entonces se habían mirado a los ojos, serios, extranjeros, pero algo interno en común, un poco abochornados de que se les viera tanto en ellos. El dió las gracias y trató de abrir la portezuela, pero sin lograrlo. Ella entonces atrajo con destreza el freno de mano y se inclinó un poco sobre él para abrirla. Súbitamente, su mano había saltado cobre el cuello descubierto, se aferraba con delicada seguridad sobre la piel sudada. Ella levantó la cabeza y lo miró sin sorpresa en los ojos negrísimos, profundos de concreta hombría. El le miró los ojos ensombrecidos, abiertos de voluntad corporal. Por un momento no existió circunstancia. Ella lo apretaba crecientemente, le acariciaba las espaldas con lenta franqueza. Él tenía un hombro tibio y redondo en la mano tensa, leve y tensa como una garra. De pronto ella lo apartó blandamente, con seguridad.

—Aquí no. Mejor entremos —musitó.

Y entraron.

Aquellos días que siguieron habían sido luminosos. Cálidos días de luz azul, alta sobre los árboles vivos en el viento que arrastraba las nubes. Detrás de la muralla de árboles proliferaba la muerte en los tibios pantanos escondidos. Mas para ellos sólo habían horas cálidas y luminosas, los ojos a la zaga de las nubes, hechizados en el vórtice lento de la entrega verdadera.

Sin embargo, las prefiguraciones recurrieron en la calma que advenía después de aquellas horas plenas. La aversión ya estaba en el tuétano, en la sangre, alerta, vigilante, lista para el asalto hacia la liberación.

Ah, pero aquéllas habían sido noches tibias. Tibias, silenciosas noches, en el refugio de la habitación íntima como una sola estrella en el oscuro azul que no movía el viento. Ellos allí tan silenciosos, tan puros, dormi-

dos a veccs en desnuda confianza. Sileneiosos, puros, eada uno aparte sin unión de amor que fuera infortunado. Cada uno aparte y perfecto eomo olvidada llama, sólo eoexistiendo en un mismo heehizo de líneas singulares. Ella a su lado. En la penumbra, viva su earne donde la luz se detenía eomo en la carne de las peras. Él a su lado, dorado y tibio eomo ciervo deseansando. No había palabras. Sólo los gestos fundamentales. No había antes, ni después. No había palabras. Sólo la plenitud del momento suspendido eomo una sola estrella en el oscuro azul que no movía el viento.

Pero las lluvias que a su llegada habían sido rápidas, atravesadas de sol ealiente, eomenzaron a eaer casi sin interrupeiones. La humedad invadía, ablandaba la luz y eubría las eosas eon un peludo moho grisazul. La vegetaeión había eobrado exuberaneia que oprimía, que derramaba una vasta tristeza en el paisaje.

Con el regreso de su marido, ella tuvo que volver a su anterior realidad, al quehaeer de las angostas eosas diarias. También él volvía a sus eáleulos y sus mapas, a la inevitable preseneia del otro que apareeía saber de su mutilación y la reavivaba con saña sutil, inadvertida para los otros. Pero ellos retornaban a lo eotidiano eon una especial sabiduría. Por entonees llovía copiosamente, eerrando los eaminos. La oseuridad venía pronto en las tardes húmedas, a menudo frías. Venía sobre la muralla de los árboles que eereaba el eampamento, entre nubarrones y humo bajo de niebla. Anoeheeía sin estrellas. El miraba eaer la lluvia frente a la aneha ventana, miraba llegar la noehe. Caía el agua vertiealmente, como para siempre, y se iba fragorosamente por las torrenteras de las ealles negrísimas, mojadas de brillos planos.

III

Ahora el viento noeturno mueve la seda del silencio. El ealor se deposita eomo caueho, blandamente sobre las eosas. Las eosas de David desde la sombra mi-

ran, David apaga el cigarrillo. La brasa chilla débilmente en el vidrio del cenicero y en el silencio que se rehace el reloj destila el tiempo. Late adentro el duro corazón oscuro y vivo. El viento afuera hace rumor de agua. Las imágenes se desplazan, lentas. Pasan gelatinosas figuras, sombras alargadas, revientan burbujas de lenta gelatina. Suenan cobres violentos y un pulpo sordo se traga toda el agua de los espejos verdes y el silencio se estira pulido y fino como piel de pozo en la noche. El sueño nace en los huesos, como humo. Como humo se abre paso entre la carne sólida y se esparce, como humo. Desde el horario quieto de la sombra un gato de azufre mira.

De pronto un blando aire gris pasa sobre el cuerpo secretamente vivo en el humo del sueño. Desaparece ligero por la puerta de la habitación. Pero en la puerta reaparece, vuelve, vuelve. Desaparece de nuevo, vuelve. Aire negro de sombra alada y loca pasa sobre el cuerpo secretamente vivo en el humo del sueño. Silencio — en el reloj galopa un caballo de plata, pequeñito. Vuelve el rápido ruido de seda y sombra negra y hielo negro por el aire. Pasa; pasa y choca duramente contra la tela metálica que cubre la ventana. Los ojos del hombre se abren, emergen, disipan el humo del sueño. La punta de una aguja de lumbre de vida horada la sombra y busca el ruido cálido y negro que vuelve por el aire y pasa. El viento llega cargado de nocturno ruido de agua, lejos. Desaparece el cuerpo negro de hielo y se oye chocar duramente en la otra habitación. Las cosas se repliegan ciegas y duras. La sombra se agita de láminas verdes. Viene ruido de viento y de agua cerca, crece, crece, y entonces se oye la lluvia caer — totalmente. El hombre se incorpora, se alza desnudo como viva llama. Viene de nuevo el cuerpo negro, viene frente a él por el aire — y pasa. Y el aire golpea hielo en el rostro y en la sangre donde aún hay burbujas de humo de sueño. El hombre salta a un lado. Pasa el cuerpo negro y choca pesadamente contra la tela metálica de la ventana. Salta el hombre a otro lado, abre el closet y palpa y toma

la raqueta de tennis. Salta luego dentro de la sombra verde llena de ruido de lluvia el cuerpo vivo como llama de cobre ágil. Vuelve el cuerpo negro, alado y negro, desplazando aire de hielo en el aire. El hombre cruza un raquetazo en la sombra y no tiene resistencia. Desaparece el cuerpo negro, alado. La lluvia cae sin prisa, rumorosa, afuera. Vuelve el cuerpo negro, vuelve. Otro raquetazo en la sombra, y otro, y otro. Desaparece por la puerta el cuerpo negro de muerte. Viene de nuevo, viene, pasa. Choca con ruido pesado. Vuelve, vuelve, pasa. Desaparece — se oye desde el corredor el ruido gris que va, ciego en el aire. Salta al corredor. Gira el cuerpo pulido de brillos móviles. Viene por el aire verde el negro cuerpo alado. Pasa. Otro raquetazo cruza. La tela metálica suena con estruendo corto. Cae una cosa negra y agitada en un rincón amarillo en sombra. Aletea, rasguña la pared, con las alas negras de seda tensa. El hombre salta y se encorva y oprime al marco de la raqueta contra el animal oscuro que aletea en el rincón. El animal de negra seda aletea fuerte, más fuerte. El hombre deja la raqueta sobre el animal y vuelve a la habitación. Mira dentro del closet con los dedos finos de instinto que palpan las repisas. Los dedos encuentran un largo cuchillo enfundado. El hombre desenvaina el cuchillo y regresa con la hoja que fluye de la mano como una cosa viva que acompaña. En el rincón la raqueta tabletea sobre el animal torpe y negro caído del tiempo. Las alas rasguñan la pared amarilla en sombra. Ya no hay obscuridad para los ojos del hombre. El hombre acerca la punta del cuchillo al aleteo del animal. Toca el cuerpo blanduzco y revienta burbujas de hielo en la sangre que pesa en los brazos y corre por la espalda. Entra la punta en la carne escondida bajo la piel de urna, repulsiva. El animal chilla, lastimeramente. El brazo del hombre hunde más el cuchillo en el cuerpo repugnante. El animal chilla. Voltea la cabeza a un lado, la cabeza de perro pequeñito. Ya no hay sombra para los ojos del hombre. La cabeza del animal, agobiada, voltea a un lado y a otro, brusca. El animal abre los

ojos de rata, de ojos de pájaros, de ojos de semilla de papaya. Se queja y muestra los dientecillos de pez y se queja, lastimeramente. El brazo levanta el cuchillo y lo hunde otra vez, otra vez en el cuerpo de seda blanduzco. Chilla el animal y muestra sangre en los dientecillos de pez tragado por una rata. Aletea brusco y por debajo del ala ancha y negra saca una garra pequeña de ave abortada. Afuera suena la lluvia, pausada, rumorosa. El hombre respira anhelosamente, caliente en la sombra, como viva llama de cobre verde. El animal gime, convulso, agobiado. La punta del cuchillo se hunde otra vez, otra vez. El hombre suda, perfectamente solo. Hunde el filo, toca hueso, hace girar el mango del cuchillo en la mano dura como garra. El aleteo en el rincón es ahora epiléptico, irregular. Sale debajo del ala de seda la garra pequeña de ave abortada, fría y violácea de muerte. Entonces se hace un silencio grave donde sólo se oye la respiración llena del hombre y el ruido de la lluvia que afuera cae, como para siempre. Las alas negras del animal se derraman sobre el suelo, anchas de entrega y de muerte. David se estira como lenta llama de aceite, sólo y único como un antiguo ídolo vuelto a la vida en otro tiempo. El brazo cae al flanco del hermoso muslo de cobre y ceniza. Se apaga la hoja del cuchillo. La cabeza de David se inclina sobre el pecho que brilla verde y todo el ruido de la lluvia y del viento se esconde en el pelo negrísimo.

ALFREDO ARMAS ALFONSO

Alfredo Armas Alfonso *nació en Clarines en 1921. A los treinta años dio a conocer sus cuentos reunidos en libro:* La cresta del cangrejo, *y hasta 1967 publicó todavía otros cinco libros de cuentos:* Los cielos de la muerte (1952), Tramojo (1953), Los lamederos del diablo (1956), Como el polvo (1967), P. T.C. Pto Sucre. Vía Cristóbal (1967).

I

—¿Entonces usted cree, Pacheco, que me salga?

Los dedos largos, de uñas romas, del platero, extendían sobre la palma de la mano pedacitos de oro.

Se quitó el cigarrillo de la boca y abrió una gaveta de la mesa, esterada de ruedas y piezas de un viejo reloj que, más allá, en el rincón de la derecha, junto a una vieja lámpara de bronce, con la figura de un cupido gordiflón en actitud de danzar sosteniendo una lámpara con la visera quebrada, y entre tablas y peroles viejos, mostraba a través del cristal redondo, lleno de lamparones, una hora irremediablemente caduca.

—Ahí hay unos treinta gramos —se atrevió a aclarar la mujer.

—Eso es lo que voy a ver —repuso él. Extrajo un peso pequeño de la gaveta y lo acomodó en la mesa. Después, con una gran tranquilidad, depositó el oro en uno de los platillos, haciendo que el otro subiera bruscamente. Logró el equilibrio del fiel poniendo uno tras otro pedacitos de plomo en el platillo vacío. El cigarrillo casi se le caía de los labios.

Bueno —dijo, mientras el humo le rastreaba la cara—. No hay ni veinte gramos. La robó el que le vendió este oro.

—Yo lo tenía guardado desde hace años. Se lo cambié a un quincallero por seis gallinas. Entonces tenía un patio lleno de gallinas. Pero de esto hace mucho tiempo. Tuve que salir de ellas porque me acababan las matas. Me dijo que había veinticinco gramos justos. El resto era de una orificación que se me cayó. —La mujer hablaba despacio y parecía complacida con la explicación.

—De todos modos le sale la pulserita. —El oro había vuelto a la mano apuñada del platero y los dedos

de su diestra, hundidos en el cuenco, se ponían aún más amarillos—. ¿Quiere que le grabe su nombre? Es más trabajo, pero le quedará más bonita. Y, total, como no le va a costar más. Eso sí, le advierto que le va a quedar muy delgadita.

Diciendo esto miró la muñeca de la mujer y demoró un rato en hablar, como si no atinara con lo que quería decir.

—Usted tiene unas manos bonitas, Débora. Le va a lucir mucho la pulserita.

—No es para mí —rebatió ella, escondiendo las manos tras la espalda, repentinamente apenada—. Es para un regalo.

El hombre se levantó y caminó hasta el otro rincón. Agarró una pimpina pintada de azul que estaba sobre una repisa, y la inclinó sobre un vaso.

La mujer no le quitaba la vista de encima. Tenía una nuca flaca y un cuello demasiado largo. Las orejas eran largas y el pelo le caía sobre la camisa. Los brazos también los tenía largos. Se veía a leguas que él mismo tenía que arreglarse su ropa. Ese feo remiendo en la camisa no había sido cosido por ninguna mujer. Parecía sediento y bebía agua a grandes tragos, haciendo mucho ruido.

—Yo siempre creí que usted era una mujer sola.— Seguía de espaldas toda y ella no hacía sino mirarlo, de pies a cabeza. La cabeza era lisa y aplanada por detrás. Tenía un lomo en la espalda.

—¿En qué piensa, Débora? —El hombre estaba de frente a ella, y la contemplaba a su vez.

—Le pregunté si usted vivía sola —y arrugaba los labios, en una sonrisa forzada.

—Tanto como sola, no —por la manera de hablar parecía confundida—. Me acompañan dos mujeres que crió mamá en casa, desde chiquitas—. Le habían dejado de temblar las manos.

—No. Yo no me refería a ellas. Yo me refería a otra cosa —y caminaba hacia la mesa.

—Ah, ¿ya usted se entero de esto?

—Uno sabe la vida ajena sin estarla preguntando. ¿Qué es lo que no se sabe en un pueblo? —al inclinarse para tomar asiento, ella sintió la respiración de él en el brazo.

—Apuesto a que usted también conoce la mía —y subía una mirada risueña hasta la cara de la mujer. Así sentado, con una pierna montada sobre la otra, se veía pequeño y ridículo.

—Bueno... Tanto como saberla de un todo, no. Lo que si sé, porque anda en boca de todo el mundo, es que usted está... ¿cómo diría yo? —y vacilaba, turbada hasta la exageración— bueno, separado de su mujer, por decirlo de algún modo, usted me entiende... —Evidentemente, le había costado un trabajo inmenso salir del paso y a él le había causado mucha gracia, tanto que se puso a reir mirando el suelo.

Ahí se pelaron —y todavía se reía, con una risita gutural que le abultaba la manzana del cuello, encarnada como la piel de un gallo de pelea—: Ni pasé nunca por ante un cura ni tuve... ¿cómo fue que usted dijo?... una mujer. Nunca fui hombre de hogar y nunca calenté silla. Ahora, usted ve, ya es distinto... Me están pegando los años y siento más que nunca la necesidad de una compañera que me haga más llevaderos estos últimos años de mi vida.

Ella, al principio, había querido tomar todo esto a broma y hasta celebrarle la ocurrencia, como él lo había hecho hacía un rato. Pero la intención se la frustró un nuevo acaloramiento que le puso tensas las orejas y le devolvió el temblor de las manos.

—¿Viejo? Viejos son los caminos reales...

Fue sin querer como lo dijo. Y después de dicho, quedaba en pie la insinuación inevitable.

Los ojos de él se animaron con un brillo cálido e inusitado. Y toda la cara se le llenó de una alegría candorosa. Por un momento, a los ojos de la mujer desaparecieron aquellos profundos canjilones de las mejillas, las arrugas de los ojos y los negros puntos de las espinillas que le cubrían toda la piel. Se le perfiló so-

lemnemente la nariz, que le caía como un moco de pavo sobre la boca grande. Hasta el mismo pelo, reteñido de amarillo, como los dedos, cerotudos de aceite y tiempo, parecía cobrar lustre.

—Usted, Débora... Usted, Débora, ¿sería capaz de casarse entonces con un hombre como yo?

Nunca, en sus 46 años, Débora Alvarez había oído proposición semejante. Cerró los ojos, trémula, arrebatada de dulcísima lasitud.

—¿Es capaz, Débora? ¿Se casaría usted conmigo?

Una mano áspera, sudada, ávida, caliente, le agarró la suya, temblorosa, fría, y, lo que era más raro, ásperamente callosa. Siguieron cayéndole las palabras vehementes en el oído.

—Dígame que sí, Débora... Dígame que sí.

—No, no, Pacheco —y casi la ahogaba la emoción—. Tendría que pensarlo con tiempo... Usted me ha cogido de sopetón casi. ¿Qué diría la gente del pueblo si nosotros resultáramos casándonos de la noche a la mañana? ¿Qué diría de mí la gente? Se burlarían de nosotros... ¡Quién sabe cuántas cosas serían capaces de decir!...

—¿Por qué, Débora? ¿Por qué? ¿No es usted una mujer libre? ¿No soy yo un hombre libre? Todavía estamos a tiempo... ¡No me diga que usted creyó ese cuento de camino de mi... esposa! ¿Qué pueden decir de nosotros?

Mientras la mano izquierda de él acariciaba la de ella, la otra trató de escurrírsele sinuosa y ágil, entre ahogos de respiración jadeante, forzando la botoneadura, bajo la cota de cretona estampada, y allí resbalaba, sin que en nada pudiera detenerse, como no fuera la gruesa costura del túnico y la perceptible dureza de las costillas. La sala se llenaba de acezidos.

Ella sentía que su cuerpo se rendía a la caricia turbia de las manos. El repugnante mal olor del cigarro le llegó a la nariz, mientras la quijada dura y áspera de pelos canosos se le apretaba contra el hombro y la saliva, gruesa como nata, le mojaba las mejillas.

—No, no, Pacheco. No haga eso. Deme tiempo para pensarlo.

La mano trepadora le mordió la blanduzca y apagada forma del pecho. Y ella tuvo miedo entonces del avance de aquella caricia porque sabía, desde las trastiendas de largas noches torturadas, de lo que era capaz de moldear una mano enardecida. Se sacudió, violenta:

—Eso si que no, Pacheco. Eso sí que no.

El platero, casi doblado sobre sus piernas temblequeantes, la vió abandonar la sala, con un aire de dignidad ofendida, presurosa, la cabeza levantada, taconeando fuerte. El último sol de la tarde caía sobre los cogollos de los árboles de la plaza y moldeaba los troncos rugosos. Por entre los balaustres de la ventana divisó un techo de paja, una pared amarilla y un burro, con una enorme matadura en el lomo, que pastaba, tranquilamente, junto a una alta cruz de madera, con las orejas también llenas de la desmayada luz del crepúsculo.

II

Débora Alvarez se debate en su cama, mientras la luz de la lamparilla de aceite va sacando de la pared, con chisporroteos intermitentes, del marco dorado mismo, la sanguínea faz de un Jesús de litografía. Sube el resplandor, gradualmente, y aviva en el dorso de la mano la roja herida del clavo y, al extremo de los dedos, como sostenido por ellos, un corazón que arde en fuegos violetas, ceñido de una corona de rosas. El oro de la cañuela tiembla y parece estirarse. Ella ve, sobre las puntas de sus pies, el reflejo de la llama en el vidrio del cuadro, y se le antojan las dos luces oscilantes el inmenso brasero del purgatorio. Si hasta siente que le lamen las uñas de los pies.

Culmina así una noche de pesadilla, estremecida de asqueantes náuseas donde naufraga la madura virtud de tantos años. Ha sido ésta un sólo dar vueltas y más vueltas en la cama, para seguir hallando, en cada

arruga de la sábana, algo del caliente resplandor de la lamparilla. Volteaba y volteaba la almohada. Y era el de la cabeza un dolor latente como de espinas que le taladraran las sienes. Y era la lágrima que le tostaba los ojos. Y era aquella sensación indefinible, vaga y patente a la vez, que le subía desde las corvas hasta la garganta y le rodeaba la cintura en rara mezcla de caricia suave y mordisco doloroso.

Para completar, una lechuza la había cogido por pasar una y otra vez por encima de la casa, haciendo aquel ruido que parecía el de tijeras presurosas rasgando una tela de mortaja. Pasaba y volvía a pasar el graznido sobre la casa, como si la tijera nunca acabara de encontrar la otra orilla de la tela.

—Riquirriquirriquirriqui...

—Riqui-riqui-riqui...

—Riqui...riqui...riquirriquirriqui...

Un perro aulló, medroso, en el medio de la calle. Y se hizo profundo el silencio.

—Riquirriqui...

Se sintieron ruidos en la cocina. Alguien sacó agua de la tina. Alguien se puso a enjuagarse la boca. Alguien hundió una totuma en el bongo del destilador. Ella sintió una brusca frescura, como si hubiera empezado a llover o fuera ráfaga de brisa la verde claridad del día que se colaba por la rendija de la puerta que daba al patio. Oyó, claramente, cuando la gota de agua se desprendió de la piedra del destilador y cayó, resbalando entre los helechos. Estaban bonitos, por cierto, y apretados de hojas. Cada retoño era como un gusano verde, retorcido, lleno de pelusa blanca. Todo el mundo tenía que hacer con ellos. También había un sabroso olor de diamelas. Debía ser que estaban abriendo los treinta botones que ella le contó ayer. En una sola rama había trece solamente. Estarían abriéndose, blancos como papel de carta y fríos, con blancura y frialdad de pared de cementerio. ¿Por qué la obsesionaban estos pensamientos? No iba a pensar más en nada. Sólo iba a dormir. Sólo iba a dormir. Sólo quería dormir y descansar.

Se despertó al cabo rato, como a las dos horas. El corredor de la casa estaba lleno de voces abismadas. Una, que al principio no supo de quién era, se llenaba la boca de cruces.

—¡Ave María Purísima! Se cuenta y no se cree. El pobre estaba en calzoncillos con todo el cuerpo fuera del moriche y el chorro de sangre salía a la calle. Por eso fue que supieron, porque si no ahí se pudre. Cuando la gente entró ya estaba tieso. Miren cómo se me ponen los pelos todavía.

Débora siente embotada la cabeza y está reacia a todo pensamiento concreto. Pero aún así puede medir el alcance de aquel hecho insólito donde —lo presiente con un repentino frío en el corazón— acaba de sellarse su horrez. Y como de alegría y pudor violentado hace apenas unas horas, ayer tarde, nada más, hoy el dolor le moja, con lágrimas amargamente saladas y angustiosas, los contornos de sus ojos afiebrados.

—Ya trajeron el agua, niña. El sol está alto y se le hace tarde para regar las matas.

Pero ella está sorda y ciega a cualquier otra voz que no sea la de su dolor; insensible al reclamo de su jardín, obra de sus manos, hechura de su ternura de mujer inconforme, suspirante y, una sola, una sola vez correspondida.

Tendida en la cama, como deslumbrada, los ojos cerrados, se complace en torturarse imaginando aquel momento de la caricia, aquel rostro suplicante, aquel contorno de la nuca, aquellos dedos amarillos, aquella nariz, aquella boca, aquellos ojos. A ratos, la importuna el recuerdo de las treinta flores de la mata de diamela.

Sintió pasar el entierro por la calle, crujiente la urna que debía ser larga y angosta, pegostosa todavía del charol fresco, cruzada de plateadas chapas que semejaban ramos de laurel, y una cruz con tres puntas redondas a la cabecera, oculta bajo el pequeño ramo de las treinta diamelas amarradas con larga cinta blanca que flotaría en el viento con tristeza de despedida. Fue lo único que hizo todo el día, aparte de llorar. Salir al

patio y cortar las flores de la diamela, amarrarlas con la cinta y encomendarle a Dominga el encargo de dejarlas sobre la tapa de la urna. Ya estarían marchitas, con ese color sucio que la muerte les deja a las flores, con ese oscuro color, cada vez más oscuro, cada vez más feo, que el silencio pone en los rostros y en las manos de los muertos. Así pasaría, ceñida de sombras, la cara de él, bajo la tapa, bajo las flores, bajo la cinta. Así pasarían sus manos, cruzadas sobre el pecho, tiesas como un palo, llenas también de muerte y del color de las diamelas marchitas, frías y vacías de vida, ciegas de caricias arbitrarias, pero todavía ungidas de una gran pasión desesperada y del recuerdo de aquel único gran amor de sus vidas. Adelante iría el cura, cerrado de paños negros, rezando frases en latín, recargado de encajes y de salmos, ignorante de que llevaba a enterrar el corazón de ella. Y él, en su urna de madera encharolada, pensando en ella, con la imagen de ella aprisionada en sus ojos cerrados, como en un espejo que nadie descubriría, con el corazón de ella entre sus manos, como una lámpara, y a la sombra de sus treinta diamelas. Nadie, más que ella, lo había querido en su vida, y ahora nadie lo iba a recordar en su ausencia porque él se llevaba consigo todo su pensamiento.

IV

La descubrieron tendida sobre los ladrillos, sin aliento y sin calor, colgada del techo la mirada vidriosa. La soledad cerraba una inmensa puerta de piedra sobre su pecho.

La recogieron del suelo y la acomodaron en las revueltas sábanas de la cama. Estaba livianita como una pluma.

Dominga, que era quien más se ocupaba de ella, la cogió por llorar, viéndola en ese estado.

Le sostuvieron la cabeza con almohadas y le hicieron beber de un agua donde habían echado catorce gotas de tintura de acónito, después de friccionarle el

cuerpo con una mezcla, del color de un vino, del que se desprendía un fuerte olor de jenjibre, clavoespecie, guayabilla, canela y ron.

Por un rato largo el rostro mantuvo su afilado perfil estático y la repulsiva mirada de vidrio roto. Después, los ojos adquirieron brillo y movimiento. Tembló la sábana en el lugar de las manos. Los labios, de descoloridas líneas lilas, se abrieron lentamente. Parecía que quería decir algo. Y no decía nada.

El pulso se hizo regular en los dedos rugosos, blanceos de jabón azul, de la desconsolada Dominga.

—¿Se siente mejor, niña Débora? ¿Qué es lo que tiene? Dígamelo a mí, niña; a mí solita...

Unos ojos duros, desmesuradamente abiertos, cercados por la lisa cabellera entrecana y apenas sostenidos en el aire por las negras ojeras, se levantaron de entre las almohadas. Las profundas comisuras de los labios apretados, extendidas a los propios lacrimales, parecían apuntalar aquella repentina luz áspera como lija. Las manos, entretanto, andaban bajo las sábanas con sigilo de arañas.

Seguía moviendo los labios en un balbuceo hecho de aire y grito apagado, sin voz, sin acento. Encogía el corazón verla.

Lo que quedaba de ella era la sola presencia alucinada: los ojos, que viraba en torno de su propio cuerpo. Primero los paseó por los rincones y la oscura masa del techo de viguetas. Lentamente los fue bajando hasta que dió con el altar, donde parpadeaba la luz de aceite, y allí se clavó, casi con miedo, cubriendo la mano traspasada, el corazón hirviente, la barba lisa y limpia, los labios dulces, los ojos donde la fe había puesto tanta bondad.

Después de absorber toda la tinta de la antigua litografía, la mirada se hizo pestañas y párpados cerrados.

El sueño entró a elaborar livianas arquitecturas: borró el rictus agrio de la boca, alisó la ancha superficie de la frente, redujo los alargados planos de las mejillas ya marchitas.

—Es mejor que duerma.

La luz se quebró en la boca de Dominga y se hizo la sombra en el cuarto.

V

Bien avanzada la mañana la vieron salir, el pelo suelto, flotante, al caminar la aneha bata blanca, y pcrderse entre las matas del patio, vaga como un ánima.

Y la vieron llegar, después, a la puerta de la cocina, entrar sin decir nada, y tomar un machete del rincón.

—¿Qué va a hacer, niña Débora? —le preguntaron.

La vista se le volvía ceniza.

Otra vez la escondieron las ramas. Se miraron una a otra. A poco, oyeron golpes. Trataron de mirar por las claraboyas de la cocina y no veían sino los pesados gajos de las berberías, el profuso color violcnto de las trinitarias, los blancos mazos de amapolas en el tope de las varas, la fina fragancia de los alhelíes, las rosadas rosas de Alejandría, las carrubias rosas mineras, las enredaderas de coronillas, los bosquecillos verdiblancos de azahar de novia, los macizos de reseda, las ramas retorcidas de las diamelas, y, esterando el suelo, las siemprevivas, las cuarentadías, los lirios. Cubriendo la empalizada estaban los gajos de blancos jazmines de arabia, grandes como estrellas de papel dorado, y, al fondo una frondosa mata de cautaro, toda amarilla de flores hasta la copa, alta, de verdes guías rectas.

Al pie de él estaba, tratando dc derribarlo a golpes de machete. El filo iba y venía abriendo anchas cicatrices en la corteza.

—¿Qué va a hacer, niña Débora?

La mano, armada del machete, tajaba el tronco.

—Por más que usted se mate no va a podcr, niña —insistía Dominga—. ¿No ve lo duro que es? Yo le voy a llamar a Ramón. ¿Se lo llamo? Él, sí. Él cstá ahí mismo y viene en un momentico. ¡Ah, Ramón! Que vengas acá, te dice la niña Débora.

Apartando las ramas llegaron unos gruesos brazos

morenos, una franela blanca y una cara redonda de indio.

—Es para que le tumbes este cautaro a la niña Débora —con los ojos, la mujer le hacía señas al peón. Y él pareció entenderlas, cuando dijo, respetuoso y decidido:

—Deme acá el machete, señorita.

Una mano pálida se apartó para hacer sitio al brazo moreno, y entonces si se estremcció el árbol, mientras el maehete abría surcos cada vez más hondos en la corteza, haciendo volar las astillas. Y cayó, sobre la empalizada, entre una lluvia de flores y hojas, y un estrépito de ramas quebradas.

—Ahí lo tiene, pues. ¿Se lo desramo como los otros? El filo volvió a hendir el tronco. Con el mismo machete, engarzándolas por la horqueta, el hombre apartaba las ramas.

—¿Y ahora? —apenas la miró con el rabo del ojo.

Con un movimiento de la cabeza, la mujer señaló la casa. El peón correspondió al gesto echándose el tronco al hombro y siguiendo tras la mirada imperiosa. Se enredaba en las ramas y no le quedaba entonces más rcmedio que rctroceder y seguir de nuevo, y aun así no podía evitar que el tronco se engarzara en algún bejuco y se lo llevara por delante.

Llegaron al corredor. El se detuvo, indeciso, hasta que otro movimicnto dc cabcza le mostró la puerta de la galería, contigua a la sala, de la cual lo único que sabían cra que se comunicaba con ésta por una puerta pequeña por donde apcnas podía pasar una persona.

El no se decidía a avanzar. La mujcr repitió el gesto imperioso por sobre su brazo extendido. No había para dónde coger.

Con cara de asombro, desde la cocina, las mujeres vieron al hombre dirigirse hacia la galería y, una vez enfrente de la puerta, dejar caer el tronco en el suclo y volverse, callado y silencioso. Vieron, cuando la niña Débora cntró a su cuarto, y cuando abrió la puerta de la galería y cuando arrastró cl tronco hacia adentro.

Y vieron, por último, cuando aquellas puertas pesadas, sobre cuya madera se hacían más pálidas las manos de la niña Débora, volvieron a cerrarse, con estrépito.

Y fue, entonces, aquel incesante golpetear tras las paredes, todo el santo día. En vano la llamaron desde el lado de afuera, a la hora del mediodía.

—¿Es que no piensa ni probar bocado de nada, niña Débora?

El martilleo —porque era como golpes de martillo— seguía, incesante, incesante, incesante. Martillazo tras martillazo.

Era muy tarde ya: las dos de la tarde. Insistieron frente al ojo de la llave. Nada. Dominga trató de empujar la puerta y tenía pasado el aldabón.

—Coma algo, niña, y después termine. Es que no puede seguir así, sin tomar siquiera café.

Y de adentro sólo llegaba el golpetear incesante.

Toda la noche lo estuvieron oyendo y entonces el silencio lo elevaba y le daba eco. Toda la mañana del otro día lo siguieron oyendo. Y la tarde del mismo día.

Al anochecer persistía, pero ya mediaba tiempo entre uno y otro golpe. Y a las nueve era débil, apagado, como a través de dos paredes seguidas. Casi ni se percibía, ni aun pegando la oreja de la puerta.

Dominga, seguida de la otra, fue en busca del peón.

—Nadie me quita de la cabeza que algo le está pasando a la niña Débora. Vamos a forzar la puerta. Yo no me perdonaría nunca si, por nuestra culpa, la dejamos cometer una locura. La niña Débora ha dado demostraciones muy raras estos últimos días— y se mostraba encalamocada.

Bastante trabajo costó hacer saltar los goznes. Lo consiguieron con la ayuda de una chicura y sólo después de agotantes esfuerzos. La niña Débora le había metido una tranca por detrás, además del aldabón, además de pasar la llave. Fue por eso por lo que apenas consiguieron hacer un estrecho boquete entre el marco y la hoja. El peón entró de primero, encogiendo el cuerpo.

—Esto aquí dentro está muy oscuro. Traigan acá una vela.

Tras la luz, que temblaba en la mano de Dominga, entró ésta, siempre seguida de la otra.

La niña Débora estaba tirada en el suelo, abrazada al largo tronco del cautaro, en cuyo extremo, reciamente tallado, emergía el rostro de un hombre con un enorme parecido al difunto platero. Las manos, hinchadas y sangrantes, lo iban llenando de lentas caricias y del viscoso color de que estaban sucias.

—¿Verdad, mi amor, que ya no te vas?— era un susurro la voz, gruesa y ronca, y la boca dolorosa inventaba besos apasionados—: Júrame, mi amor, que no te irás y me dejarás sola... ¿No comprendes que yo tenía que pensarlo?— y el cuerpo ceñía el tronco con ganas de muerte voluptuosa.

Las dos mujeres estaban clavadas en los ladrillos, sin poder comprender aquello.

—Júramelo, mi amor... Júrame que no me vas a dejar sola —y el cuerpo era como una culebra blanca que se enrollaba al palo.

El peón dio un paso hacia atrás y la luz abrió la pequeña puerta de la galería. Lo que tenían eran ganas de correr.

Y entraron, con el miedo hereje en el cuerpo, a la galería. Pero no dieron sino un paso. Toda la pared, por los cuatro lados, estaba llena de figuras colgadas por mecates de gruesos clavos enterrados en la lisa superficie encalada. Eran rostros de madera, nucas blancas, formas humanas duras, que flotaban en la penumbra como desasidas de sus cuerpos. Ojos, de negras pestañas inmóviles. Bocas pequeñas y sangrientas, como la herida de la mano del Cristo. Narices torcidas, curvas, redondas, perfiladas. Rosadas mejillas flacas y gordas. Quijadas puntiagudas, cuadradas, precisas o imprecisas. Gestos distintos. Bigotes anchos, caídos, espesos.

A algunos el pincel les había negado una pupila o una ceja, un pedazo de labio o un párpado. Otros ni siquiera estaban pintados, y eran del solo color de

la madera, blancuzcos o terrosos. Y había cabezas donde el cincel sólo había formado bien una nariz, bicn una boca, un ojo hondo o como volcado dc la órbita, bien una oreja, bicn las sienes.

Pero todos tenían los cráneos mondos, como esperando que la mano artista, aquclla paciente mano creadora de mujer les completara su atavío físico. Una sola escultura estaba completa, trajeada de morada hasta orlada de encajes de oro, calzada de peluca rizada, barba de pelo, las manos estiradas, como aguardando abrazo o cruz, los pies descalzos sobre peana verde. Y éste, aun bajo aquellos rasgos inconfundibles, tenía algo de la niña Débora.

Ahora les estaban encontrando parecidos. El rostro del rincón, bofo y abombado, bigotudo, era el de musiú Vicente. Lo único que le faltaba era cl cajón de quincallas. El de la dcrecha era el padre González. Lo sacaron por la nariz fruncida, como fruta de merey. El de más acá era el del viejo Ramos, que puso una escuelita en la casa al lado del mercado, hacía casi vcinte años, o quizás más. Y esta manera de arrugar la boca era del pulpero que vivía en la casa de tejas de la esquina de la plaza, que ya se cayó, dcbido a los aguaceros. Y este otro era el barbero, aquel hombrecito chiquito y nervioso, a quien mató la hematuria. Era de él la mirada resbalosa. Y el de más allá, boquineto con aire abobado. Valerio, el viejo cargador de agua. Habían más. Pero eran facciones que se comió la tierra o la ausencia. Nombres ya extintos y olvidados.

Las mismas caras del peón y de las dos mujeres parecían de madera. De madera dura y amarilla. Las expresiones suyas, de verdadero pánico, eran las únicas de que carecía aquel espectacular cementerio desentcrrado, por la luz, en la vasta galería de la señorita Débora Alvarcz.

OSWALDO TREJO

Oswaldo Trejo *nació en Egido en* 1928. *En los primeros libros de cuentos que comenzó a publicar en 1948* (Los cuatro pies) *y 1949* (Escuchando al idiota) *demostró la raigambre surrealista de su literatura, y esa creación de atmósferas distorsionadas que recuerdan a Kafka. En 1952 dio a conocer sus* Cuentos de la primera esquina, *y luego otros dos volúmenes cuentísticos:* Aspasia tiene nombre de corneta (1953) *y* Depósito de seres (1966). *Entre estos últimos dos títulos, una novela* —También los hombres son ciudades, 1964— *donde desarrolló el mundo recreado en sus otras estructuras narrativas.*

Las nuevas edificaciones rodean la casa. Era una más, cuando a derecha e izquierda, todas viajaban hacia las zonas vegetales. En sucesión de zócalos, aleros y muros encalados. La casa conserva todas sus ventanas y la puerta ancha, que será abierta.

En muchísimos años, jamás volvieron a pintarle los muros, a quitarle el polvo a los muebles, a limpiar de malezas el patio. De este verano son los pájaros e insectos, los sapos arrugados con ojos de mayor asombro, y las plantas secas, huella de los pasados verdes y de las horas tiernas dentro de estos muros, ignoradas.

...Y, sin embargo, todo permanece alrededor de ellas en la casa. Murieron los pájaros. Ni siquiera han sido retirados de las jaulas. Está borroso el negro y dejará de serlo, como el amarillo y el blanco de este pájaro adornado de colores. El gris de este otro es como el de un pájaro de polvo.

Se modifica mi recuerdo, intacto hasta el momento de mi entrada. Ya no tiene el azul de los pájaros azules ni el ocre de los pájaros nacidos como de corteza de árbol. Serían los primeros en morir, distantes como estaban de nuestra hacienda y de sus bosques. Ninguna de estas vidas podía ser tan prolongada como los numerosos años que han rondado a las dos mujeres de la casa. Ni tan breves como sus nombres: Marta y Tulia.

Una es mi madre. Desde su silla con ruedas, reza como antes. Por obediencia a un día lejano, se adormece e improvisa algunos sueños. Detrás tiene a Marta, como a esta hora lo estuvo hace tantísimos años, un lunes en que se cerraron a las amistades. Jamás persona alguna ha vuelto a visitarlas. Era un día cualquiera, sin oficios religiosos en la iglesia. Como en ellas no se produjo aquel día ningún gesto de caridad, de perdón ni

de arrepentimiento, tampoco la misa y la comunión entraron más en sus prácticas cristianas.

Tulia ha hecho postizo el dolor que terminó en aquellos días. Ahora es pura simulación, copiando el verdadero. A intervalos, su tañido repite momentos del lunes no borrado. Marta la auxilia, le aplica masajes e igualmente aparenta su preocupación. En el comienzo, Tulia ofreció promesas a cambio de recuperarse. Después dio gracias por la ausencia del milagro. La vida, puesta en atender una cadera fracturada, quedó renovada por cl dolor para el cual no quiso alivio. Tal vez lo desee para no añorarlo con muecas necesarias y quejidos semejantes a hipos del recuerdo.

Tan deforme es el cuerpo de Tulia, que la cadera casi está bajo el sobaco. Se parece a una cartera, abultada con algo de mi origen y mucho de un hombre que estuvo junto a Tulia. Lo llaman Martín Rosas y mi único contacto con él se limitó a llevarle una corona.

Al desaparecer Martín, cualquicr hecho ajeno a mí se convirtió para Tulia en prcsencia del tiempo que llegaba: Aquel mismo día —un lunes veinte de diciembre— ocurrió la muerte del canario. Me prohibió recogerlo por la tardc, a mi regreso de la casa de Martín. Como a éste, quería verlo en una caja y enterrarlo en el pequeño hueco curioseado por las aves del corral. En los días sucesivos, disecado por el sol, el cuerpo del canario debió hacerse más liviano para la travesía sobre hormigas hacia el follaje del patio. Ese mismo día, por la noche, me echaron de la casa por ser mi crecimiento el mayor indicio del tiempo que las asustaba. Fue así como desearon mi ausencia y lejanía. Es ásperamente inolvidable una fecha cuando a uno lo echan de la casa, cuando en todas las calles está la Navidad y un niño busca cualquier puerta para entrar.

Para estos pájaros muertos las jaulas permanecieron cerradas. Otros elementos y yo, con el espacio por delante, pudimos escapar. Algunos se quedaron dentro de la casa. Son los grillos, las aves, las cucarachas, los avisperos. Las arañas se mueven sobre el tejido de

sus telas. En época de lluvias la vegetación será, como antes, múltiple, como para que se confundan las flores con los pájaros.

Es verano. Es el año de 1942. Es la mañana de un 5 de agosto.

—¿Quiere el desayuno, Tulia?

—Leche, solamente. Marta...es una pregunta que bien podría ahorrarse.

—Para qué, si es la de ayer..., la misma de mañana.

Después de ocultarse, detrás de la celosía, de los transeúntes que pudieran detenerse para verla, Marta abre el portón para continuar, desde la calle, la limpieza a una de las cuatro ventanas: la de siempre. Es la primera de las dos únicas salidas a la calle. La otra es para comprar los alimentos. En breve la ventana, para alojar a las dos hermanas, esperará la tarde. Todos los días aguardan que Martín Rosas pase dentro de la caja. Al estar frente a la ventana, Marta pregunta siempre si en la urna va mi padre.

—¡Cuánto tiempo sin limpiarla! ¡Mi Dios, cómo has puesto en estos balaustres tantas telarañas!

No basta la diaria ceremonia para que Marta finja ver las telarañas y se lamente de que se le enreden en los dedos.

—Tiiiiiiiche, ¡qué cantidad de polvo! Auuuuuiiicheeece.

Estornuda, también, por el polvo no existente. Lo hallaría en abundancia si en lugar de ésa, limpiara las demás ventanas. Despierta la curiosidad de los vecinos. No justifican un hábito así de prolongado. Aquel lunes olvidado para ellos, a esta misma hora, Marta la limpiaba. Otros muchachos le ofrecen ayuda y, como enviados especiales, los perros acuden a rodear la mesa donde se halla encaramada. A los trapazos contra la madera gastada por el diario tratamiento, responden con latidos agresivos. Saltan a la falda en intento de rompérsela. No ha dejado de usarla a ras de los tobillos. Si los perros alcanzaran la crineja, vería a Marta hacer

un recorrido horizontal sobre la acera. No lo impediría su excesiva delgadez ni su cabeza pequeñísima con cabellos tan prensados. Se pondría más pálida, más brillante. Y los ojos de terror lucharían contra los párpados caídos.

—Estoy de regreso, Tulia.

La afirmación es segura y de contento. Como antiguamente, se acerca la hora en que el sol comienza a trepar, de estos cuatro corredores, la pared izquierda donde están las puertas de sus dormitorios.

—Habría mucho polvo. ¡Con tantos años, sin abrirla ni limpiarla!

—Había muchas telarañas, Tulia. Y polvo. ¿No me escuchaste estornudar?

—Pues no, Marta. A no ser que latieras como perro.

—Estuve rodeada de perros, sí. Me latieron. Y de muchachos... Manuel, el de Casimira; Luis, el de los Parra. Y de otros que me ayudaron a subirme a la mesa. ¡Tan gentiles, como siempre, me pasaron los trapos y la escoba!

Los muchachos que nombra Marta eran de mi edad. ¿Estarán en este pueblo o se habrán ido? Tulia le sacude el cabello de las imaginarias telarañas. Le teje la crineja. Le anuda unas tiras en la punta. La pañoleta de Marta tiene tantos huecos como días desde aquel lunes han pasado.

De aquel lunes son los gestos, las conversaciones y los senderos establecidos por ellas para desplazarse. Acaso fue un día significativo para ellas. Si al margen de él las pusiera a vivir, el terror las paralizaría. Si ocurriese ahora, Tulia y Marta dejarían de hablar, de moverse. Esperarían, inmóviles, la vuelta de sus hábitos, el retorno a lo que son, una fecha, una costumbre. Sin estas cosas, caerían en el piso como dos niños en trance de aprender a caminar. Por renunciar a las no pronunciadas en aquel lunes, también son incambiables sus palabras. Ni siquiera pueden darles un orden distinto dentro de sus frases. Si para resucitarlas quisiera enseñarles las palabras olvidadas, Marta y Tulia no acepta-

rían un abecedario, una pizarra, unos lápices. Y mucho menos un idioma. Inventaría cualquiera para escucharlas decir, por una vez, “hijo” o “sobrino”, como dádiva.

Nada las perturba dentro de la casa. Acaso sean felices sin diferenciar dónde está la vida o la muerte. Sólo ellas podrían aclarármelo. La muerte o la vida en ellas o en nosotros, tal vez sea un hábito cualquiera, variado para unos, sin renovación y limitado para otros. Para Tulia es el de exterminar el tiempo que ha pretendido meterse en un lunes tan de ella. Para Marta, es el dc ayudarla a repetirlo. Mi presencia aquí es tan ignorada como la de estos animales. Para unirse a las manadas de palomas avanzan los patos, las gallitas, los pollitos. Ninguna percibe los múltiples tamaños y colores. Se confunden, también, los olores de los árboles frutales, atajo para el canto de los gallos, con los descompuestos de otros elementos.

—¿Cómo desea los huevos, Tulia?

—¿De qué otra manera que como siempre?

Abundan los nidos debajo de las camas, en las poltronas y entre las malezas del patio y del solar; se aglomeran cada vez en mayor cantidad las formas redondas y las rotas de las cáscaras. Son seis los huevos que Marta recoge cada día. Invariablemente, como en aquel lunes, se los muestra a Tulia, luego de ofrecérselos. En cada mano lleva tres huevos. Son eomo seis dedos blancamente gordos que acaban de aparecerle.

La amenaza de hervir dentro de las ollas o de ser exhibidos en los mercados está borrada para los frutos y las aves, los huevos y las ramas. Les brota una fe, una manera de estar agradecidas. Todas las cosas, desde su mirar unánime y asombrado, bendicen aquel lunes en quc algo distinto, como a mí, pudo haberles ocurrido. Solamente el ticmpo, como un alambre, ensarta y destruye los verdes del invierno, los objetos, los colores y las frutas que se pudren.

—¿Quicre el almuerzo, Tulia?

—Las verduras solamente... Y un poco de carne.

—¿Asada, Tulia?

—Es otra pregunta, Marta, que bien podría ahorrarse.

Retira la vianda y vuelve junto a Tulia. El claroscuro del cuarto las envuelve. Me las muestra como si estuvieran en los negativos de una serie de instantáneas fotográficas.

—¡Si van a ser las cuatro, llévame a la ventana!

—No es la hora todavía de que pase.

El verano acabó con las flores. Sin embargo, las miran y las nombran, como el día en que hicieron la corona. Se divierten en señalarse lo que ellas solamente ven, aparte de las vigas, de las manchas en el techo y las paredes. Sin estar sucias, Marta se separa del sillón para quitarle cl polvo a las sábanas y almohadas de la cama de Tulia. No es polvo sino plumas las que saltan. Con igual precisión, apura el gesto de santiguarse frente al crucifijo, de encender la lámpara encendida que, a esta misma hora, se apagara hace tantos años en aquel lunes.

Tulia sacude a Marta por el brazo. Soñolienta vuelve el rostro para indagar lo que sucede.

—Empecemos nuestro trabajo, Marta. Busca la armazón. Llovió anoche y encontrarán humedad en el jardín.

En verano, la humedad de aquel lunes se mete, desde entonces, en cualquiera de los días. Tulia desaprueba hacer la corona con algunos objetos y adornos de la sala que Marta quiere ver desocupada para alquilarla.

—Sacando todo lo que tiene, puede establecerse en la sala algún sastre. El lugar de las ventanas servirá para las puertas. En la sala cada objeto tiene más riqueza que una flor. ¿No es cierto, Tulia?

—Marta: estará deshecha la armazón. ¿Y el musgo?

—El musgo seco lo cubrirá la lámpara del techo, las lamparitas de las mesas. En la corona serán transparentes girasoles, margaritas, azucenas. A los paños bordados les daremos formas de rosas y de hojas.

Lo discuten, como aquella vez. Marta pretende agregarle a la corona los bailes, las voces de personas que asistieron a sus fiestas de épocas pasadas.

—Muchos de los gestos están en los espejos, Tulia. Los haremos tan dóciles como las cintas, las voces, las miradas. En la tarjeta con nuestro pésame, estarán los daguerrotipos, guirnaldas, cofres y postales.

—¿Bailes sin música? No podría evitar la risa.

—Bailaré, Tulia. Naturalmente que con la músiea de la pianola. Pero deberás concederme a Martín para danzar.

Tulia se niega a ir antes de las cuatro a la ventana. De su falda saltan flores solamente visibles para ella, que Marta acaba de traerle del jardín achicharrado por el verano.

Marta sale de la cocina. Corre detrás de la armazón que rueda en dirección al dormitorio. Es el tercero en dirección a la sala donde las espera la ventana. A pesar del mal estado de los techos, Tulia no abandonará ese refugio. De caerse los techos, su decisión es la de permanecer a la intemperie, de cara a la luna. O bajo el sol, hasta volverse como los pájaros disecados en sus jaulas.

—Lista como está, que el niño lleve la corona.

—¡Niegue que es su padre, si se lo preguntan! No lo es. Es un amigo nuestro, que luego llevarán al cementerio. ¡Si su padre no volvió no fue por falta de deseos!

Acercándose la hora, Tulia no permite que Marta se aparte de su lado.

—Si van a ser las cuatro, llévame a la ventana.

—Ahora sí, Tulia..., vamos a la ventana.

Comienza a moverse la ancha falda de Marta. Su mano empuja la silla que rueda apresuradamente hacia la sala.

—No lo veo regresar.

—El niño debe venir en el cortejo.

Todas las tardes, a esta misma hora, me reeuerdan. Como aquella vez en que regresé de llevar la eorona,

vuelven a ofrecerme pan con mermelada. Y se encie-rran para tomar una decisión.

Hace muchos años de ello me echaron de la casa. Fue aquel lunes, día de la muerte del canario, del en-tierro de Martín Rosas.

Descansan. Cuando aparezca el sol las hallará en sus sueños. Exactamente iguales a los de ayer, a los de mañana. De quedarme, tampoco me verían en los días venideros.

Es la madrugada y debo irme, como llegué: Con la misma discreción con que entra y sale de esta casa el viento, la luz, las horas y la noche.

SALVADOR GARMENDIA

Salvador Garmendia, *nacido en 1928, ha sido el aporte más valioso a la actual generación de escritores latinoamericanos. Una tenaz visión de la ciudad logró dar en* Los pequeños seres (1958, 2a. edición Arca, Montevideo, 1967), *y luego en* Los habitantes (1963) *y* Días de ceniza (1965), *otras dos de sus novelas, y en un libro de cuentos:* Doble fondo (1966). *Se anuncia la publicación de una nueva novela* —La mala vida— *en este mismo sello editorial.*

Existe una relación absolutamente personal entre mis frecuentes crecciones y el olor del incienso. En este instante en que mis dedos, desde el interior del bolsillo, amasan la pequeña criatura que se abomba lenta y dulcemente, ese aroma se apodera del aire y yo lo aspiro hasta saturar mis pulmones. Allí, contra el muro grasiento se alinean los ventorrillos de imágenes, yerbas y amuletos, y en cada uno un pequeño brasero quema los granos aromáticos.

"Muñecas de Placer", he ahí el título que hoy he elegido entre los muchos que ya conozco y otros que aún me faltan por leer y que iré adquiriendo poco a poco. (Este es también el lugar donde tienen sus puestos callejeros los vendedores de libros dedicados al amor y las artes mágicas). No es que el dibujo de la portada diga mucho, pues no pasa de representar a una mujer desnuda, sentada sobre almohadones frente a la columna de humo que despide un pebetero; sin embargo, el título me atrae, y ahora que lo abro al azar advierto que no me he equivocado en mi elección; ¡he visto un párrafo que me parece deliciosamente prometedor!

Pero aún debo esperar un poco. Vago, pues, un rato por la plaza que siempre está llena de desocupados y de mujercitas sucias y gritonas, hasta que dan las doce y los edificios comienzan a vaciarse como pellejos agujereados. En este momento entro en acción: me instalo convenientemente frente a la puerta de un banco y observo a los empleados que bajan las gradas de mármol y se esparcen luego en la calle. Como de costumbre, los hombres vienen de primeros; bajan a saltos, las chaquetas colgadas a las espaldas y antes de disolverse en la multitud se cambian bromas y carcajadas. Luego aparecen ellas formando un alegre rebaño.

Dos cuerpos maduros y carnosos se detienen al alcance de mis manos para despedirse y luego la más alta de las dos pasa muy cerca de mí y me ofrece la espalda. Sus nalgas son una rosa entreabierta. ¡Ahora vienen todas en grupo!... y sé que me rodearán por un instante y se deslizarán a mis flancos como si fuese yo el eje de un motor centrífugo que las atrae y luego con el mismo impulso las despide, proyectándolas fuera del torbellino, de modo que debo elegir una ahora mismo.

Me decido en el acto por una rubia pequeñita de senos abundantes y temblorosos y me apresto a seguirla. Es una criatura un poco tosca, sana y repleta de sangre hasta las orejas, que arremete en línea recta contra la multitud, sacudiendo como un plumero sus gruesas caderas. La marea humana se cierra detrás de ella dificultándome el avance; la persecución me fatiga y, para colmo, dos cuadras más allá todo se viene abajo; a la puerta de una confitería la aguarda un individuo pulcro, bien vestido, extranjero sin duda. Me detengo, aparentando mirar a la vitrina, aunque en realidad los observo de soslayo con la esperanza de escucharles siquiera una palabra, pero sus voces se silencian en el gran zumbullido callejero, y pronto ellos mismos, como si los absorbiera un viento repentino, salen del ángulo brumoso donde los enfoco. Al levantar la vista me encuentro con el rostro agrio y empolvado de la vieja dependienta.

La incesante y revuelta marea arrastra cientos, miles de ellas que brotan y desaparecen vertiginosamente. Pienso en bellos trozos de carne suavemente húmedos. A veces me doy vuelta y corro en persecución de algo que ya no existe o que es sólo un imposible. De pronto me encuentro aislado con grandes claros a mi alrededor. La carrera ha terminado; sólo algunos despojos tristes vagan por ahí a la deriva.

Finalmente los deseos se aquietan, se apagan dulcemente en mi interior una vez que penetro a la entrada del templo. Aquí los ruidos se agrandan y desmenuzan

bajo las cúpulas podridas. Piso blandamente en una capa de humus, un estiércol antiguo de donde se desprende el olor de incienso, de suciedad humana, de esperma y aceite quemados.

Por sucrte, la cripta lateral donde me refugio con frecuencia está ahora desierta. Hay allí un pequeño altar de maderas doradas, algunos bancos, una gran imagen de la Dolorosa con su manto morado en forma de cono y el corazón al aire como una manzana abrillantada traspasada de dardos y rayos de hojalata. Junto a ella me siento y de una vez comienzo la lectura. Me entusiasman sobremanera estos libros, donde todos los agujeros del cuerpo se hallan en continua palpitación, y sus personajes corren por todas partes a pegarse unos con otros como ventosas. A poco, su pesado almíbar nos halaga, el bulbo comienza a crecer llenándose de aroma y de fuerza y parece que todas las corrientes de la vida fluyeran hacia él; pronto somos absorbidos, succionados por esa extremidad imantada cuyo verdadero tamaño es inalcanzable, hasta que con un poco de piadosa ayuda logra arrojar su carga, y así muere durante largo tiempo.

Ahora sí que estoy seguro de no haberme equivocado: tras unos cuantos párrafos de introducción más o menos sosos comienza la faena; tenemos ya en acción a un Príncipe calavera, Eduardo, y a su corrompido ayuda de cámara y ex-presidiario, Blanchón. A la siguiente página ya aparece la amante, la insaciable Elena que acaba de tomar un baño opulento y está en su lecho, como es natural, totalmente desnuda. ¡Todo hace presentir un gran suceso!: "Elena no tardó en darse cuenta de que su nueva criada, que con tanta insistencia lc había sido recomendada por la Marquesa, era toda una experta en los más sutiles secretos del amor prohibido. Alentada por la complaciente pasividad de su ama, y completamente trastornada por la visión de aquel espléndido manjar, la ardiente mulata se empleó a fondo. Ella, incapaz ya de substraerse a la curiosidad y al deseo, se dejó hacer por aquellas manos

que, como pequeñas llamaradas, recorrían su maravilloso cuerpo de estatua pagana. —Eduardo, Eduardo... gimió entrecortada en el último instante, pero ya era demasiado tarde. Sus fuerzas se rindieron inexorablemente ante aquel cuerpo de fuego que se anudaba al suyo... y cerró los ojos, al par que sus muslos se abrían para recibir aquella lengua de dulzura y tormento"...

Una anciana diminuta ora de pie frente a la imagen sagrada. Arriba, se ahoga la voz grumosa de un altoparlante: "Los hombres por la puerta derecha; las mujeres por la izquierda". La vieja no tarda en desaparecer y yo regreso a la lectura, ¡pero ya el daño está hecho!... ¡Y ya estoy de pie frente a la imagen! Pongo mi mano sobre el empeine desnudo cercado de pólipos de esperma y lo acaricio como a un cachetico de niño. Luego comienzo a bucear bajo el manto de terciopelo y tropiezo en la fría pasta modelada, subiendo hasta la rodilla y más allá todavía, a través de los muslos suavemente aceitosos hasta llegar al lugar deseado donde repaso un territorio muerto, y allí me demoro arañando en la zona sensible que ha sido rellenada y pulida sin dejar la más pequeña grieta. Como la imagen es bastante grande, ya tengo todo mi brazo izquierdo hundido hasta el hombro bajo el manto, mientras mi mano derecha cumple su función.

....

Los bancos de la nave central son un buen sitio para reposar después de todo. Allí permanezco una hora o más, hasta que la actividad normal vuelve a las calles.

Pesadamente me levanto y veo aparecer ante mí a un cura estevado que me pone la mano en el hombro.

—Hijo mío —me dice—, si necesitas un consuelo...

—No, Padre.

HERNANDO TRACK

Hernando Track *nació en 1930 y hasta el presente ha explorado los tres géneros del cuento* (Cuente usted taita, 1960), *la poesía* (Hora clínica, 1963) *y la prosa ensayística* (Tiempo de callar, 1967). *Track es uno de los buenos exponentes de la literatura venezolana, que intenta apresar la elusiva experiencia de lo real.*

Y dijeros el uno al otro: he aquí viene el soñador;
Ahora, pues, venid, y matémosle y echémosle en una cisterna, y diremos: alguna mala bestia le devoró: y veremos qué serán sus sueños.

GENESIS 37, 19-20

Esos días de noviembre llegaron por fin, nostalgiosos y ojudos, como la cara de un hermano que uno no ha visto desde hace tiempo; con el primer frío, con las primeras tardes que apuraban la noche en el cielo, lo que todavía quedaba sin polvo en la casa, el moho de los días inmarchitos, se volvió igual al rostro de todos nosotros, un espacio gris entre las orejas, la escalera por debajo subía nuestra ceniza, la manera de asustarnos del viento o de recordarnos mientras el sueño se nos iba por entre la llovizna. Entre tanto, mientras nosotros nos volvíamos así, el pueblo también descuidó sus paredes: después de la lluvia una lepra verde asomó por las calles. Y comenzamos a sentirnos sobrevivientes.

Todos estos recuerdos se me han convertido en unos sollozos que siempre andan detrás de mí, lo mismo que unas tías que me tuvieron cariño. Sobre todo recuerdo esa luz a deshoras, una luz gris, sin ninguna consideración con nosotros, porque nos ponía más endebles, como si todos odiáramos al hermano menor pensando que tendría la suerte de morirse más tarde.

Pasaron esos días que olían a humedad y a medicamentos perdidos, como si faltaran nuevos estragos, aunque ya los palos del patio que de año en año mi madre hacía florecer, habían parado en rastrojo (la luna doméstica de una lámpara, la casa en paz, como si fuéramos los monjes de una cartuja increíble, mi padre el abad más añoso, mi madre la superiora de la toca más jazminada, mis hermanos los frailes de menos ceniza en

los ojos, mis hermanas las sores de piernas más blancas), un rastrojo por donde toda brisa pasaba de largo, como si no fuera el patio que había cuidado mi madre, con esos ojos desacomodados por la costura, sino un semillero de llagas desaromadas, secando en el viento.

El destrozo llegó con La Pescuezuda, que empezó a levantarse tarde, cuando desde hacía rato la llovizna picoteaba en el techo, esa llovizna de que hablo yo, que venía desde la mañana para ver si teníamos la tristeza completa. A ese gran griterío de sus sueños, que en la primera tarde atontaba los pájaros, nosotros contestábamos en silencio, un silencio que se prendía de ella lo mismo que un musgo viscoso a una silla vieja. Fea como era, ningún hombre pensó en el hisopo del cura para desamargarle sus noches, y por eso días empezó a coleccionar mariposas. Eso no era el colmo de la felicidad, porque hay el colmo del llanto, no de la felicidad, pero al menos era otra cosa, una cosa distinta de la llovizna y de mi hermano mayor, el hermano mayor que decía:

"Esta agua es llorada... es este ruido de tantas tardes caídas,... no sé... soy yo"...

siempre con ese olor de humedad, cejijunto y rugoso, semejante al excremento de los palomares. Yo lo miraba como el palomar de más años, con las tablas a medio caer.

Así fue como La Pezcuezuda se acostumbró a coleccionar mariposas: las veía despabilar en el viento y corría con la red, pero ninguno sabía que con esas bisagras iba cerrando su puerta, porque desde entonces no salió más: se mantiene encerrada en su alcoba. Para nosotros es lo que ya ha dejado de ser. Es tan imperceptible que si un día desapareciera quizá ni lo notaríamos. A mí me parece que ya la confundimos con su recuerdo. Creo que a mi madre también. Ahora mi padre ha endulzado los dedos para cerrar las ventanas, y todos hacemos menos ruido que de costumbre. Mi padre camina como sobre un musgo sonánbulo. Yo lo

miro y pienso que tiene años de muerto y que ya se volvió su retrato.

A veces La Pescuezuda sale a buscar mariposas y vuelve con los vestidos mojados, como si todos nosotros hubiéramos llorado encima de ella.

Lo demás es el pueblo, el agua debajo del puente que de pronto joroba la calle donde nosotros vivimos, un puente que se llama El Topón. Lo demás es la llaga verde que ya empieza a humedecer las paredes, aquel cristo en un rincón del Humilladero, quizá la neblina en Cariongo, como si el mes comenzara a evaporar las ovejas.

....

De entre todos esos rostros el que ha caído más hondo es el de mi hermano mayor. Yo no sé por qué cuando pienso en él me acuerdo de un aljibe que estaba al pie de un naranjo. Yo recuerdo esas tardes, la gran calma que bajaba por las tapias del seminario, cuando el crepúsculo, rengueante, babeaba sobre las torres de Santo Domingo, ensalivando el aire y el cielo, y acabo pensando en mi hermano.

Entre tanto, seguía ese invierno que casi nos hizo perder la razón, la llovizna en medio de todos nosotros, y esa falta de paz en los techos que me ponía a preguntar cómo nos cabía tanto estrago, hasta que descubrí que las goteras las teníamos nosotros.

A veces supuse que mi hermano había nacido en aquel aljibe, ese aljibe donde toda hoja de naranjo que derrumbaba el invierno venía a podrir, entre esa agua verde, con un musgo igual a la cresta de un gallo viscoso, y que, de tarde en tarde, con un balde que nunca estaba en el mismo rincón, mi madre le hacía bajar sus recuerdos. Cuando se volvía más grande la silla donde él ya no estaba, yo pensaba que dormía en el aljibe.

Por las noches de ese noviembre, cuando por casualidad, digo yo, dejaba de agujerearnos el cielo, creía que el viento había desentonado a todos los curas y colgado en el techo los hábitos enlutados. Las tardes eran

distintas: grises o ahumadas, me hacían pensar en las orejas de un asno, y mientras la pelambre invadía las calles sentía que el reloj caminaba por toda la casa.

Recuerdo una mesa que tenía ese olor que a mi padre le salía por los codos; también una silla de balancín, con un parche grisoso en el espaldar, donde mi madre pasaba sus ratos perdidos, que eran los más; y después un armario de ropa vieja, todo lo que había envejecido mucho antes que todos nosotros. De esos muebles yo no sé cuáles nos sobrevivirán. Lo digo, sobre todo, por mi hermano mayor, que tanto se les parece. De todos modos, hay en esos palos cierta contrariedad. A veces pienso que sus polillas somos nosotros.

Una vez mi hermano desapareció por más semanas que de costumbre. Había emprendido un negocio: la compra de unas tierras por donde iban a tender las carrileras de un tren. Como el sitio estaba lleno de esas amapolas que yo no podía ver sin pensar en La Pescuezuda, semanas después tuve un sueño intranquilo, cuando una carta de mi hermano nos describía el lugar: vi caras desendulzadas, la de un cristo que pateaba entre dos frailes que trataban de crucificarlo. Yo siempre le he tenido desconfianza a los sueños, pero ese del cristo me desazonó todas las coyunturas, porque después los dos frailes, desilusionados del cristo que les había harapado los hábitos y enterrado las uñas, resolvieron que yo fuera el crucificado. Uno de ellos me arrastró de una mano, me arrastró de una mano y me mostró a La Pescuezuda, desnuda, con los brazos abiertos, como esos palos que ponen para indicar los caminos. Hacía viento y el fraile me dijo:

"... que le parece la cruz.

Yo contesté:

"...Dios mío, qué blanca...

...me pareció que era de noche y que todos dormían, todos excepto mi madre, que seguía pegada al rincón donde el polvo endulzaba la silla más vieja. Iba a decir que yo era el hermano de La Pescuezuda, pero el fraile volvió a preguntarme

"...qué le parece la cruz.

"¿Tendré que soportar los clavos?

El fraile volvió a reir.

"No, los clavos no...

"...entonces sí.

Y desperté cuando me sentía hundir entrc una saliva muy blanda.

Durante aquella temporada mi padre estuvo lleno de animación; a esa lámpara en dcsuso que era él la cnluzaban las cartas de mi hermano mayor. Aquí está, en lo poco que he salvado de entre esa mala distribución de recuerdos (un reparto que a mí me encomendó la parte peor), la carta donde nos describía el terreno: "... los mediodías son muy largos, por todas partes huele a durazno podrido y el sueño, él también, pudre como otro durazno y de pronto se estrella encima de los ojos de uno. Este sería el lugar indicado para edificar un convento: hay árboles que parecen hechos para dar sombra a los frailes, para ir tumbándoles sobre las caras estas hojas que desbarata el vicnto más fino. Además, hay amapolas por todas partes, grandes, carnosas, lo mismo que unos rotos de candela entre cl viento; al mediodía uno casi las oye gritar; en cambio en la noche..."

El derrumbe empezó cuando no volvieron sus cartas. Mi padre decía que habían equivocado la dirección; otras veces insultaba al cartero. Después él mismo fue a los correos, visitó dependencias; alguna vez lc escuché hablando amargamente del corazón de mi hermano; hasta inventó un viaje que siempre aplazaba, que aplazaba, por las razones más tristes.

Tiempo después mi hermano regresó con el calzón más caído. No sé cuanto tiempo después.

Si uno puede hablar de los días de una pcrsona mirándole los zapatos, a mi hermano ya no le quedan muchos años entre las suelas. Esa noche, la primera dc su regreso, le descubrí un modo de sonreír que me pareció una manera de llorar al revés. Habló de dificultades. Viéndole enfrente de la pantalla (lo poco que

aún queda en pie) me pareció una mula cansada, con las orejas a medio caer, una mula que había entrado por equivocación a la casa y nos miraba con mucho cariño.

Ahora, de tarde en tarde, mi padre visita el terreno. El excremento de los pájaros tiene el mismo color en este invierno, gris o blancuzco. Pero nadie comenta nada. Caminamos de un lado a otro y poco a poco el tacón se nos va llenando de duraznos a medio podrir. A mí el olor me produce sueño. Y mientras caminamos por entre tanto excremento, le miro la cara a mi padre y sé lo que sueña: una tapia por donde estalla un poco de capuchino y un convento con la única puerta a medio entreabrir... Después de todo es mi padre.

....

Si yo pienso en esa casa donde nos movíamos nosotros, cerca de ese puente de El Topón, aquel espinazo de piedra que unía dos calles nublosas, imagino un viejo caserón de correos adonde iban a parar las cartas sobrecargadas de malas noticias. Porque era así: quizá los estragos que nos llegaron estaban destinados a la casa vecina y apenas por un error, o porque la tristeza se equivoca de dirección, pararon en nuestra casa.

Recuerdo aquellas semanas de invierno. Por toda la casa pasaban rebaños, rebaños de ovejas mugrosas, con un vellón que me hacía pensar en esa cofia que usaba mi madre. Falta aún que yo hable de esa llovizna que terminó por parecerme igual a mi hermana. Todavía hoy, por estos días, cuando una hierba babosa va adueñándose de mis letreros y volviéndolos simples escrituras arrojadas en el rastrojo, no puedo separar ese mes de noviembre, hambriento y mohoso, de esa hermana que, poco a poco, iba tomando el aire, los utensilios, el rostro a medio sollozo de una tía sin noticias. Me parece que ya no estaba en la casa, sino que colgaba de un armario como un ajuar viejo. Puede ser también que seamos un injerto triste y monstruoso. Pero todavía me sombrea su tórax. Vista por entre los años me parece

un claustro irreconocible, mirado a través de una lluvia tupida.

La Pescuezuda había seguido en su oficio, aquella costumbre de las mariposas que sobrevivían en noviembre; la atraían como si sus tardes se le llenaran de ojos haciéndole guiños. De nada valió que anduviéramos como si calzáramos suelas de viento, como si mi padre durmiera o un enfermo terrible estuviera en la casa, en una alcoba agrietada por los insomnios. No hubo manera de recuperarla para lo que había sido, el mendrugo de sol que nos había caído desde el tiempo menos marchito.

Había en el pueblo un idiota. De tarde en tarde le entraba el sueño de que era un espantapájaros, y entonces se iba por esos rincones que llamaban Cariongo y se ponía en medio del pasto, entre esas flores parecidas al solideo del obispo, que mi madre llamaba coquetas, en medio de la llovizna, con los brazos abiertos, mientras el agua le escurría del sombrero.

Quizá fue así, seguramente en Cariongo, durante uno de sus sueños de espantapájaros, como lo encontró La Pescuezuda, aquella tarde del fin de noviembre, cuando había salido para buscar mariposas y quizá debió quedarse mucho rato acostada, hasta que la hierba se le hincó en las espaldas, con una luna a medio crecer, encima de las costillas.

Eso nos contó cuando regresó con la red llena de mariposas. Yo la escuché y me pareció que me caía por las orejas, y que ella se había vuelto una calle muy larga, por donde yo andaba sin parar de llorar.

Ese día nos acostamos muy tarde, pero mi padre vió la luz en mi cuarto, con la cara entreabrió la puerta y me dijo

"...a mí la paz ya no me andará en el sombrero.

Después me pareció que el cuarto estaba vacío y que de pronto fueron apareciendo las cosas, primero una silla, después una mesa, después un pedazo de ventana en el cielo. Cuando salí vi a La Pescuezuda recostada a un palo que estaba en medio del patio y le dije,

"Hermana, ¿qué hace aquí?
Se puso a reír. Le pregunté de qué reía.

"Por nada, yo me volví al revés de la gente que llora por nada."

"Pescuezuda, nosotros como que estamos en sueños..."

De pronto me olió a remedios y el patio se quedó solo.

Ahora la Pescuezuda no ha vuelto a Cariongo. Yo no voy a su cuarto. Mi padre sí, y dice que ya le escasean las mariposas, y siempre que sale los ojos le despabilan más rápido, lo mismo que unas mariposas deshechas, de esas que tienen las alas desboquetadas y las mueven más rápido, para que el viento no les equivoque el camino. Después la casa se queda sin pasos.

....

A ratos pienso en mi padre. Me parecía un súbdito que hubiera perdido el favor del rey, arrastrándose por entre las escaleras despeldañadas. Sus enemigos, aquella tierra que había comprado mi hermano, librada al estiércol y a la supuración de los duraznos podridos, le destituyeron de toda paz.

Fue por esos días, durante la secreción verdinegra de ese fin de noviembre, deshabitado como la parada de un pueblo, cuando mi padre comenzó a hablar de un empleo increíble: en ausencia del juez, en aquel despacho que no parecía conocer sino un día de año en año, él sería su reemplazo. Yo conocí alguna vez aquel caserón; de grieta en grieta algún geranio sangraba entre las paredes; la escalera que conducía a la segunda planta tenía los peldaños maltrechos, y unas polillas voraces, infatigables, cernían las horas desde las vigas; por entre una y otra gotera asomaban las ratas, grises y atentas, las flores lanudas de ese invierno sin fondo.

A veces llovía de tal suerte que, para despachar sus asuntos, mi padre instaló su escritorio debajo de un inmenso paraguas. Así me parecía un gorrión viejo, empollado por un zamuro.

Algunas tardes, cuando el sol aparecía entre el barranco de dos nubes ventrudas, mi padre se paseaba por los aledaños de su despacho, un patio donde pudrían todos los desperdicios, santos de greda que mostraban por entre las piernas enclenques un fémur de alambre, lámparas centenarias, todavía a medio endulzar, detritus de sábanas seculares. Se paseaba por un corredor de muros deshechos, con el rostro de un viajero llegado en retardo a alguna estación por donde, desde hacía años, no se estriaba la cresta ahumada de un tren.

Yo le visitaba a esa hora en que la tarde se vuelve más húmeda y le encontraba perdido en un trasmundo de gravedad, renqueando como una araña de dos patas por entre los códigos, un poco perplejo. Quizá los expedientes, que él ordenaba cuidadosamente, comenzaron a hundirlo en las calmas boreales de sus primeros insomnios. Porque durante muchas noches sentíamos sus pasos, los adivinábamos por el quejido de las maderas, y cuando mi madre entreabría su puerta le encontraba en plena meditación, delante de su ventana. Yo me pregunto si ella no sería ya una nodriza llegada a deshoras, frente a aquel recién nacido cuyo tiempo trascurría al revés. Pienso que, con esa facultad que tenían sus anteojos para reflejar un mundo distinto, llegó un momento en el que se convenció de que en verdad era el juez.

Poco a poco adquirió la majestad de un sultán administrando justicia. Pero ocurrió también que el juzgado se arruinó en un terrible descrédito, porque, o bien las causas eran sobreseídas o todas las sentencias resultaban absolutorias. Lo que primero nos alarmó fue el llanto de mi padre cuando leía los expedientes. Y después sus procedimientos: no aceptaba sino a los testigos que acudían en descargo; a los demás los despedía enojado y a muchos los cargaba de insultos.

Cuando yo recuerdo estas cosas me salta por las costillas un sacudón que me desgaja el cariño. Son cosas que no tienen por qué entristecer a nadie: esa callejuela que llamaban Cariongo, eso que ya no era una callejuela, sino una cuesta que poco a poco se iba sa-

liendo del pueblo, con las orillas llenas de unas flores pequeñitas y blancas; los zapatos que siempre le vi a mi madre y que me ponían a pensar que por las suelas también se le iban desgastando los días.

Finalmente se produjo la destitución de mi padre. En cierto sentido fue una destitución de todos nosotros. Desde ese día el liquen más testarudo le encogió el entrecejo. Jamás vi un silencio igual en la casa; en ninguna parte fueron demolidas con tanto furor las tiernas murallas, en ninguna parte como en ese rincón suyo, adonde él se retiraba para soportar, humillado y solemne, esa mezcla de gruñido de cerdo y cuchicheo de palomar a que habían quedado reducido sus sueños. Comenzó a sentirse de sobra. No sé por qué me parecía que se le ponía triste la boca cuando escuchaba el ruido de las cucharas. Contaba sueños extravagantes: por entre el boquete de un muro en ruinas había visto un cristo que hablaba con un barbero. El barbero decía:

"¿De manera que a usted la política no le interesa?
El señor guardaba silencio. El barbero estaba perplejo, quizá desilusionado.

"¿De modo que a usted no le interesan las elecciones?
Lo miraba como si fuera un animal extraño, cabeza de halcón, tronco de puercoespín, patas de salamandra.

"Esto es, entonces, lo que se llama un contrarrevolucionario."

Estos sueños constituían sus sobremesas. Otras veces él mismo era el cristo y estaba frente al Procurador. En sueños veía las parras asfixiadas por el verano, sonriendo sobre las espalderas o saltando sobre las tapias, amodorradas en la lejanía sin viento. El Procurador preguntaba:

"¿Y qué es la verdad?"
Mi padre se detenía en el relato y caminaba los ojos sobre todos nosotros. Después respondía con el desprecio de un monarca que mendigaba en la escalera de su palacio:

"Señor, una cosa: esa pregunta apenas pueden hacérsela los imbéciles..."

Hacía una pausa solemne

"Señor, otra cosa: esa respuesta apenas pueden dársela los imbéciles.

Oyéndole la narración de sus sueños las bombillas nos parecían más oscuras, como si un alba que apenas él percibía fuera destiñendo las lámparas...

....

Un día, a esa hora en que uno no sabe si es por la tarde o si va a llover, cuando empieza a evaporarse entre las iglesias el cuchicheo de las beatas, apareció por la casa mi tío Antoñote, el hermano menor de mi madre. Recuerdo que era un hombre con una tristeza en los ojos que hacía que toda la gente le hablara como si le tuviera cariño. Tenía las piernas muy largas; además, ese aire polvoso de las aldeas extintas. Años antes había desaparecido sin dejar ni siquiera el olor. Ahora regresaba con una voz que sonaba como si siempre estuviera hablando en el cuarto del lado.

Porque fue así, como un pajarraco de patas callosas, desplumado, como vi llegar a mi tío Antoñote; en vez de sentarse en aquella silla hubiera podido aparecer sobre la tapia más vieja, lanzando chillidos, y para mi hubiera sido lo mismo. Aquella noche le escuché hablar hasta la madrugada. Cuando me retiré ya cabeceaban las lámparas. Todavía escuchaba desde mi alcoba, a medio dormir, las pausas de su conversación; me sonaban como los golpes de pala de un desenterrador, encariñado con sus herramientas. Después una calma recién llegada se extendió por la casa; podía escuchar el reloj, como si el péndulo se balanceara de uno a otro rincón. Y poco a poco sentí que yo era un pequeño sollozo, en medio de una historia sin límites.

Días después entendí que mi tío Antoñote era una especie de refugiado: complicado en la muerte de un funcionario, había venido a recogerse en la casa. No sé

qué evidencias obrarían contra él. Nosotros jamás hemos creído en las evidencias. Y, ciertamente, mi tío nada tuvo que ver con el pequeño accidente de aquel funcionario.

Ahora no le quedaba sino desandar por la casa, con su figura de pajarraco, con esa costumbre de pasarse triste, con los ojos lejos de su persona. Esos días la casa estaba llena de paz; La Pescuezuda se había olvidado de las mariposas; solamente mi padre, de tarde en tarde, con una nostalgia que le ponía más grises en el juzgado, o nos decía simplemente:

"¿De qué le sirve al hombre ganar su alma si pierde el mundo?"

Quedaba tan poco de él que casi no notábamos su presencia; se nos había reducido a un ruido que a veces sonaba en las escaleras. Eso era todo lo que restaba de él. Pero lo cierto es que una calma particular había desamargado la casa.

Por unos días el invierno nos dio una tregua; entonces un sol apenas visible, aclaró el verdor de las tapias. Mi tío Antoñote recostaba un taburete al naranjo que había en el patio, sombreando el aljibe, y nos contaba su vida: había sido contrabandista; había instalado en un pueblo, un villorrio que se veía desde lejos, por entre el olor de las pomarrosas, una farmacia donde preparaba elíxires increíbles. Y en otro villorrio se había desempeñado de panadero: allí no podía soportar las tres de la tarde y mientras (acodado en una mesa donde las cuentas pudrían lo mismo que hojas de veinte siglos) pensaba en Eliphaz Temanita, los perros salían abanicando las colas, con las varas de pan entre los hocicos...

Al menos por una semana la llovizna había parado sus agujas de solterona. Hasta que un mediodía vinieron a buscar a mi tío. Lo sacaron ahí, por Cariongo. Quizá por eso la cara se le volvió lo mismo que una casa que se hubiera quedado sin sus ventanas. Yo caminaba detrás, y cuando llegaron a ese rincón que llaman La Cu-

chilla del Alto, lo amarraron a un tronco. Me vio y me dijo:

"Esto no tiene remedio, no mires"

Entonces sonaron los tiros: primero saltó como si lo hubieran halado desde arriba con una cuerda; después se vino al suelo; parecía que le habían sacado los huesos y la cabeza le cayó encima de la camisa. Recuerdo que estaba muy blanco, como si la camisa se le hubiera subido a la cara. Después se acercaron y le abrieron otro roto detrás de una oreja. Lo demás se comprende: unas sillas arrimadas a la pared y, de rato en rato, un viento que hacía despabilar las espermas, como para quitarle el sueño.

ADRIANO GONZALEZ LEON

Adriano González León *nació en 1931, y es el más valioso y promisorio de la reciente generación. Editó en Buenos Aires sus dos libros de cuentos a lo largo de una década:* Las hogueras más altas (1957) *y* Hombre que daba sed (1967), *y en Caracas un libro de textos y fotografía:* Asfalto-Infierno (1964). *Esa vocación por desentrañar la realidad de su país, la violencia como fenómeno cardinal, las atmósferas pesadillescas de la experiencia vital, sin duda se ha volcado en su reciente novela* País portátil, *con la cual ganara el concurso Biblioteca Breve, este año.*

RUIDO DE TABLAS

Comenzaron a caer sobre el pasto, de a tres, de a dos, algunos doblándose junto al tronco de un árbol, otro más allá, con el pecho reventado resbalando por las piedras, dando tumbos en el barranco, con gran chasquido de la maraña, de los ganchos secos, de a tres, de a dos, todos con los cascos volados y dando alaridos, mugrientos después de varios días de trocha por los huecos del cerro y ese ruido de tablas, de pedradas, ese rata...ta...ta...ta...ta...ta... que parecía no terminar nunca y que sólo acababa cuando ya la cabeza no podía moverse más entre el barro, la sangre y las hojas podridas.

Cinco semanas largas, con el cabo Fagúndez, sin que pasara nada. Es decir, sin que pasara nada contra ellos, pues todo había sido muy fácil desde la primera vez en que sorprendieron a los cuatro muchachos durmiendo. Allí mismo, porque no había que perder tiempo, los dejaron boca arriba, comidos por las balas y sin un solo grito. Los cuatro ni siquiera sabían de qué se trataba, parecían muy cansados y hasta dejaban sonar muy alto sus ronquidos. El que habían puesto de vigilante abrió los ojos, por última vez, cuando ya tenía los fogonazos del fusil en plena garganta. Los otros ni los abrieron. Se quedaron dormidos y los zamuros y los animales se encargaron de repartir su sueño por allí, en pedazos descompuestos lentamente bajo los aguaceros que cayeron por esos días.

Ya la otra vez fue más sencillo. Todos estaban en el campamento, echando cuentos y sacándose las garrapatas con aguardiente. El cabo Fagúndez decía insolencias y se rascaba debajo de las piernas con la punta de la bota. "¡Garrapatas de mierda! joden más que los cimarrones, que ni siquiera lo pican a uno".

Un guardia dijo: "Este es un asunto de hombres,

mi cabo. Esos son todos maricos que se la pasan cantando himnos en Caracas".

—¡Oigan! —Alertó el que estaba montado en el árbol... y se puso a mirar mientras se quitaba el sol de los ojos.

A lo lejos, por la cuesta pelada, venían subiendo. Daba vueltas, resbalaba, se agarraba de las ramas y volvía a comenzar. Se le veía el temblor en las piernas, las piernas rotas, la pata coja y la camisa desflecada, con marcas de barro y sudor. Andaba unos pasos y luego se iba hacia los lados y quería caminar monte adentro y regresaba para buscar el camino y volvía a resbalar. Después comenzó a arrastrarse, trataba de levantarse, de avanzar a cuatro patas y caía hasta quedarse quieto, con la boca y la nariz metida en el barrial.

—¿Lo sonamos? —preguntó uno alzando el fusil.

—No...no... déjalo que se acerque más —dijo una voz.

El otro volvía a arrastrarse entre el barro y las piedras, se le desprendían pedazos de la camisa. De nuevo estaba en pie y quería continuar y otra vez estaba en el barro, tendido, tronco seco, carne boba, sin saber dónde era atrás ni adelante, cansado, medio muerto bajo el escándalo de los loros que cruzaban el matorral. Por un rato estuvo tendido y después comenzó a caminar hacia abajo, desandando la cuesta, mirando a todos lados, con las manos en la cabeza para que no se le desprendiera, para que no se le fuera con el viento, hacia abajo, hasta tropezar, dar vueltas y comenzar otra vez a subir, a resbalarse, a dar manotazos contra el monte de la orilla para sujetarse y otra vez con todo el cuerpo sobre el camino pelado y la cabeza metida entre las manos.

—¿Lo sonamos? —repitió el guardia.

—¡Aguántate, animal! ¿No ves que van a oír el tiro? —dijo el cabo—. A lo mejor vienen otros.

Ahora estaba agarrado de la piedra grande, escupiendo o vomitando y había dejado el morral tirado en el barro. Se alzó y quiso recoger algo, pero parecía do-

lerle la espalda y continuó subiendo. Atrás, unas latas de sardinas regadas brillaban al sol y el vaso de lata se llenaba de agua en el pantano. Parecía sentirse un poco mejor, sin tanto peso y ya sólo llevaba encima sus ropas despedazadas y los pegotes de barro. Estaba más cerca, como a treinta metros, pero de nuevo se iba hacia el monte, atontado, metía la cabeza entre las matas y se restregaba la cara con las hojas, para refrescarse, para echarse agua, porque debía dolerle la cabeza, porque la cabeza se le partía y el camino se le ponía negro, un gran ruido, los árboles sonándole encima, los pájaros, el chasquido de la greda y de nuevo por el camino arriba, dando tumbos, con los zapatos rajados, a rastras, arañando las piedras, hasta caer más cerca y ya se le podía ver la boca más hinchada y un poco de sangre que le caía de las cejas. Estaba como a veinte metros.

—¿Lo sonamos? —volvió a decir el guardia.

—¡Espérate...! ¿Estás loco? — gritó el cabo.

Entonces les dijo a los cinco hombres, que dejaran de hablar. Les dijo que se levantaran con el fusil. Se pusieron a varios pasos de distancia, haciendo fila.

El que venía dando tumbos apareció delante del árbol. Trató de hablar algo, pero volvió a tropezar, quedó en cuclillas, hundiendo las uñas en el barro con los ojos clavados sobre las cinco manchas verdes de los guardias.

—¡Ahora! —ordenó en voz alta el cabo Fagúndez.

Y quedó allí, con balas hasta en las rodillas, con balas hasta donde no era necesario. Esta vez fue más sencillo.

Ese ruido como de tablas... ta...ta...rata...ta... Es bueno. Antes también era bueno. A Marcial siempre le había gustado estar golpeando sobre las tablas. Le gustaba darle con el dedo a las tablas, haciendo ruido como el telegrafista... ta...ta...tacarica...ta...ta... Por eso decían que era bobo. Por eso no más. Y porque se la pasaba todo el día rascándose el ombligo con una mano, mientras con la otra hacía ta...ta...tacarica... ta... sobre la tabla. Y no hacía nada, nada más. Y pen-

saba que eon eso no le haeía mal a nadie. Sólo paraba cuando pedía de comer y le traían un plato de lata y metía en él hasta los ojos. O euando se agachaba sobre la tina y bebía parecido a un sapo, tragaba agua hasta que la barriga se le hinchaba y volvía a sentarse en el corredor y haeía tacarica...ta...ta...como cl telegrafista...hasta que pareeía aburrirse y ya no trasmitía más. Entonccs eomenzaba a correr por el patio y quería hacer como los hombres que salían en el cine del pueblo. Chocaba dos tablas, una en cada mano, peleando espadas, ta...ta...ta...ta... como en la pelíeula y se ponía agitado y ya no cruzaba más las tablas, sino comenzaba a golpear por todos lados, a golpear sobre los cimientos, contra los horcones...ta...ta...ta...ta... ta... sobre los ladrillos, en las puertas...ta...ta...ta... ta...ta... Así estaba cuando llegó la comisión. Los muchachos se habían escondido en la caballeriza y le habían dicho que no hiciera ruido. Pero así estaba cuando llegaron ellos. Preguntaron algo en la pucrta y la vieja les dijo que no había visto a nadie. Pero oyeron el ruido. Oyeron el ta...ta...ta... "No hay nadie, —volvió a decir la vieja—, ese es Marcial poniendo un telegrama". —"¿Un qué? ¡No joda...! ¡Déjenos ver!". Y entraron. Comenzaron a busear por todas partes y Marcial seguía haciendo ta...ta...ta... "¡Aquí, mi cabo, aquí hay unas patas colgando!" Y allí mismo quedaron, entre el pasto, con las piernas colgadas y una chorrera de sangre sobre la porquería que habían dejado los caballos. Mareial seguía haciendo ta...ta... ta...ta...

Cinco semanas sin que pasara nada. Con los del grupo también fue sencillo. Se quedaron del otro lado del río, que arrastraba tremendas piedras porque estaba crecido. Allí los cercaron. Les montaron guardia. Con un día más tenían que reventar de hambre. Eso fue lo que los obligó a coger barranco arriba, hacia cualquier lado, buscando una salida. Pero sc metían más en el monte y eada vez se ponían más lejos del eampamento.

El río se fue aquietando y el cabo Fagúndez dijo que lo cruzaran. Al otro lado, en un claro, estaban abandonadas unas latas de leche en polvo, algunas cartucheras y tres metralletas.

—Los agarró la locura —dijo un guardia.

—Este mundo es duro —comentó el baquiano, sin dejar de revisar las latas vacías.

Hacia arriba, todo era monte tupido. Arboles negros, hojas negras, peñas rajadas por los aguaceros, quebrada honda a lo lejos, con muchas subidas y bajadas, ramas engarzadas, todo oliendo a feo, sonando a feo, muy oscuro, con grandes chorreras de tinieblas que bajaban del cielo y un sonido insistente que nunca se saben si son ánimas del monte preparándose para dar un gran alarido y agarrar a la gente y meterla en sus huecos. Por allí se habían ido, sin nada, sin cobijas, sin sacos. Y un montón de balas y trastos vacíos que dejaron detrás.

El cabo Fagúndez esperó la bajada de la noche y al rato mandó que los siguieran. Un día y una tarde estuvieron los guardias quitándose ramas de los ojos, matándose los mosquitos en la barriga, con insolencias y maldiciones, para ver por qué lugar estaba la hojarasca aplanada y si quedaba algún rastro donde no había hojas ni conchas secas y si había alguna huella de meaos, porque ellos deberían estarse meando de miedo, según decían, volviéndose mierda, mejor, aunque no han comido nada desde hace muchos días, más bien deben estar hundidos en algún pantano, con las bocas torcidas, medio muertos y esa cara de mariquitos que no la brinca un venado, para que no echen más vainas y se mueran así, sin que las tías les pongan los escapularios ni les soben el pecho, debajo de esas chorreras de sombra que caen sobre el monte. Desde la loma, mirando hacia un pelado que había entre las matas, se les podía distinguir. Dos estaban tendidos, como durmiendo, a poca distancia uno del otro. Más allá, sobre un tronco, doblado, con las manos metidas en el estómago, al tercero le salía una baba verde.

—¿Los sonamos?

—¿Qué coño vas a hacer? ¡Si ya están listos!

Los guardias se acercaron. Ninguno de los que estaban tendidos se movió siquiera. Tenían los ojos rojos, los ojos salidos y a todos les había crecido la barriga. A todos les caía una baba verde. El del tronco, todavía tenía algo apretado en la mano. Junto a la piedra, el montoncito de frutas moradas.

—Comieron corosas —dijo el baquiano.

Y el cabo Fagúndez agarró las frutas moradas y se puso a lanzarlas hacia arriba para agarrarlas de un golpe. "Vamos", dijo, y trataron de ganar la loma. Desde arriba, en lo pelado del monte, se veían los tres cuerpos hinchados, quietos, sin que les sobaran el pecho, con el sol de las cinco mareándoles apenas las espaldas, entre la baba y las frutas moradas. "Los agarró la locura".

Ta...ta...ratataa...ta...ratataa... En el pueblo le hacían con la boca. Le decían: "Marcial, me le pones uno al gobernador esta noche, pidiéndole cita". Y él no contestaba y agachaba la cabeza y se iba con un murmullo que apenas se oía. Otras veces se volteaba y escupía rabioso. "Marcial, dile a tu vieja: acompañándola en su sentimiento, dile, sentido pésame". Y Marcial daba talonazos sobre la acera. Más tarde volvía a entrar en el corredor, con sus tablas, haciendo ta...ta...tacaricatá... ta... con los dedos, luego chocando las dos tablas, como en la película, peleando espadas, rabioso, golpeando en todas partes...ta...ta... ta... Era bueno el ruido. Como ahora. También es bueno. Se parece a las tablas, es ruido, suena ratatatá... ta... ta... ratatatá... Y Marcial sigue aprendiendo, ya no es bobo, es loco, sigue apretando y haciendo ratatá... tatá...hasta más no poder...sigue apretando...como sonando sus tablas, trasmitiendo, igual que aquella vez cuando la vieja y don Diego llevaban una bolsa pesada. Les dijo que tenían que quedarse varios días allí, que se estuviera quieto, que no se dejara ver, ni hiciera ruido, ni trasmitiera, ni se

asomara a la puerta. Así estuvieron varios días arriba y la comisión pasó sin que se diera cuenta de nada, pero él se estaba aburriendo mucho, sin poderle dar a las tablas, sólo cazando arañas con un palo y matando moscas con una tira de goma, cuando llegó don Diego con un muchacho vestido de uniforme y una gorrita azul. Pasaron hasta el fondo sin decirle nada, apenas una seña de que no hiciera ruido y así pasaron otros tres días sin que volviera a ver la gorrita azul, sin que se le hubiera visto salir tampoco y sólo don Diego pasaba de vez en cuando para el fondo con unas vendas y él pensaba que el otro se había ido ya y podía comenzar otra vez el ta...ta...ta...ta... como ahora, que suena igual, por lo menos hace ratata... ratatá... ta... Fue así también esa vez cuando llegaron los guardias a la casa del cerro, porque habían venido siguiendo a don Diego y él les mostró todos los cuartos, la cocina, el excusado, sin que hallaran nada, ni rastros. Todo estaba muy callado y los guardias se iban a volver cuando él comenzó con su ta... ta...ta...ta... porque ya se había aburrido de no trasmitir, comenzó en la troja donde se había subido para que no lo oyeran, pero los guardias dijeron que querían subir, mientras a don Diego se le ponía la cara azul de miedo. No pudo decir ni una palabra cuando ellos lo descubrieron y allí mismo frente a los ojos grandotes de Marcial, que se había subido para sonar sus tablas, comenzaron ellos el ratatá...ta...ratatá... ta... y lo dejaron con el uniforme y la gorrita azul bañados en sangre... Era más fácil. Marcial vio con sus ojos grandotes cómo ellos hacían ratatatá...ta... con eso que era más grande que una pistola, más fácil que hacer con las tablas, igual que ahora, ratatatá...rata... ta...ta...

El cabo Fagúndez dijo que cuando llegaran al río se podían bañar. Eran cinco semanas largas sin que pasara nada; contra ellos, desde luego. Pero el barro y el sudor, el cansancio y el hambre les pesaba un poco. Había sido mucho más sencillo. Porque hasta la suerte

les ayudaba. Cuando no eran ellos, eran las frutas malas. "A quién se le ocurre". "A los otros se los deben haber comido las culebras". Fagúndez dijo que la tarea había sido buena y que estaba muy contento del comportamiento de todos.

—Tiren esas armas —gritó—. Aquí ya no hay pa' nadie.

Los guardias se sacaron las botas, se quitaron los uniformes mugrientos y se metieron en el río diciendo insolencias y cantando. Estuvieron largo rato tirándose bolas de arena, se agarraban el miembro y decían que era un fusil.

—A esos carajitos los ametrallo con esto —dijo a carcajadas un guardia de bigotes.

Los otros se rieron también y se zambulleron dando saltos, parecidos a sapos, mientras el cabo Fagúndez se llenaba la boca de aguardiente y ni siquiera parecía escuchar.

Después buscaron el camino hacia el pueblo y avanzaron, riéndose, cerdos recién mojados, relinchando.

La casa era de cinc y tablas, con un corredor de siete horcones. Apareció después de una curva, en medio de unos árboles, cuando nadie lo esperaba y el pueblo estaba todavía lejano. La puerta, trancada por fuera, con un lío de alambres y un pedazo de tubo atravesado en las argollas. Ni al cabo Fagúndez ni a sus hombres se les ocurrió quedarse allí. Todo estaba muy callado, no había ni un alma, ni animales, ni agua, ni donde dormir. Así pensaron. Por eso siguieron de largo y ya habían andado un buen trecho cuando oyeron aquello. Al principio no se entendía bien. Después, más cerca, el ta...ta...ta...tatatá...

Con la culata reventaron la puerta. El hombre y la mujer no tuvieron tiempo de llegar al corredor. Cuando trataron de esconderse les cayó el plomo por todas partes. Quedaron doblados, mientras los guardias se encargaban de registrar: "Tenían todo este parque", comentó uno. Y comenzaron a trasladar algunos fusiles, dos ametralladoras y unas cajas de municiones y

bombas caseras. El hombre y la mujer, mientras tanto, se desangraban sobre el piso de ladrillos.

Marcial sigue apretando, con los ojos salidos ratatá...ta...ta...ta...como dejaron a los muchachos en la caballeriza, sobre la porquería de los caballos y al de la gorrita azul que se quedo colgando en la troja... ratatá...ta...ta...lo mismo que hace un rato tendieron a don Diego y la vieja en el corredor, donde él había estado haciendo ta...ta...tacarica...ta...como el telegrafista...ta...ta...ta...golpeando rabioso... como ahora, que suena lo mismo, o quizás es más duro, hay que apretar más, así como hicieron los guardias, como él había visto ya muchas veces, sigue apretando hasta no terminar nunca...ratatatá...ta...ta...ta... hasta que comenzaron a caer sobre el pasto con los cascos alzados, cuando nunca esperaban ni sabían de dónde salía aquello, se doblaban, rodaban por el barranco dando alaridos, prendidos de la maraña, vueltos pedazos, llenos de balas bajo ese ruido de tablas, de pedradas, con los pechos reventados, el cabo Fagúndez y sus hombres, porque Marcial, como otras veces, está haciendo ratatá...ta...ta...

INDICE

Este volumen de la colección NARRATIVA LATINOAMERICANA finalizó de imprimirse en los talleres de Imprenta Letras S. A., La Paz 1825, en setiembre de 1968.

Comisión del Papel. Edición amparada en el artículo 79 de la ley 13.349.



NL 13

NARRATIVA LATINOAMERICANA

Tres generaciones literarias, desde los vanguardistas venezolanos del veinte hasta los dramáticos escritores de la época presente, componen este retrato interior de la vida venezolana en los últimos cuarenta años. El mágico Julio Garmendia, el sabio Arturo Uslar Pietri, los poéticos Guillermo Meneses, Antonio Márquez Salas, Gustavo Díaz Solís y Alfredo Armas Alfonso, los nuevos Oswaldo Trejo, Salvador Garmendia, Hernando Track y Adriano González León, muestran un proceso creativo pujante, múltiple y dramático, que Angel Rama define en su presentación como "los tratos, destratos, deterioros, disoluciones y reconstrucciones del realismo en un manejo esforzado de lo real que concluirá por dejar en manos de los escritores jirones sangrientos de una materia informe devenida alucinante y aterradora".